

LIBROS
DEL *Cielo*

reasonable
doubt

VOLUME
THREE

WHITNEY G.

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro.

También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta de la lectura!



Staff

Moderadora

CrisCras

Traductoras

Sandry
florbarbero
Issel
Alessandra Wilde
Val_17
Nikky
Snow Q

ElyCasdel
Mary Haynes
Juli
CrisCras
Jasiel Odair
Annie D
Jeyly Carstairs

christicki
Amélie.
Adriana Tate
Verito
Vanessa Farrow
Alyse Volkov
Janira

3

Correctoras

AriannysG
Val_17
Yani B
Sofía Belikov
Alessandra Wilde
Melii
Beatrix

Lucero Rangel
CrisCras
Key
Mary
Snow Q
florbarbero
Daniela Agrafojo

itxi
Laurita PI
LucindaMaddox
SammyD
Adriana Tate

Lectura final

CrisCras & Dey Kastély

Diseño

francatemartu



Índice

Sinopsis	
Prólogo	
Testimonio (s.):	
Angustia emocional (s.):	
Malversación (s.):	
Punto muerto (s.):	
Riesgos previsibles (s.):	
Denegar (v.):	
Impugnación (s.):	
Remedio (s.):	
Estancia (s.):	4
Acosar (v.):	
Suposición a priori (s.):	
Omisión (s.):	
Supresión de la evidencia (s.):	
Jurar (v.):	
Duda razonable (s.):	
Tolerar (v.):	
Suspender la sesión (v.):	
Epílogo	



Sinopsis

Le odio...

Odio que me enamoré de él, odio que él no me correspondiera, y odio el hecho de que acabo de tomar una decisión que cambiará mi vida solo para poder alejarme lo más posible de él.

Él siempre había dicho que era inmutable, sin corazón y frío...

En verdad debería haberle creído...



Prólogo

*Traducido por Sandry
Corregido por AriannysG*

Andrew

Hace varios meses...

Estaba todo allí en blanco y negro, en la parte delantera y en el centro, sin relleno.

Aunque los datos estaban asimétricos y *The New York Times* se había descuidado una vez más publicando mi foto, el daño a mi firma —Henderson & Hart, estaba hecho ahora. Y sabía exactamente lo que iba a ocurrir, paso a paso.

Lo había visto suceder en esta ciudad muchas veces.

En primer lugar, los mejores clientes que juraron permanecer siempre a mi lado llamarían para decir que "de repente" encontraron una nueva representación. Luego, los empleados podrían presentar cartas de reasignación —el saber que tendrían una firma contaminada en sus expedientes obstaculizaría sus carreras. Después, los inversores llamarían —pretendiendo simpatizar mientras me denunciarían públicamente en los medios de comunicación y de inmediato retirarían toda la financiación.

Por último, y para más desgracia, estaba seguro de que me convertiría en otro abogado pez gordo que arruinó su carrera incluso antes de que pudiera comenzar.

—¿Cuánto tiempo crees que serás capaz de salirte con la tuya acechando a Emma? —El investigador privado que contraté pasó a mi lado.

—Es mi jodida hija. No voy a acosarla.

—Ciento cincuenta y dos metros. —Encendió un cigarrillo—. Eso es lo lejos que se supone que debes estar.

—¿La están tratando bien durante la semana?

Suspiró y me entregó una pila de fotos.



—Preescolar privado, clases tempranas de claqué, y fines de semana en el parque, como puedes ver claramente, está bien.

— ¿Aún llora por la noche?

— A veces.

— ¿Todavía ruega verme? ¿Ella...?

Dejé de hablar una vez que los ojos azules de Emma se encontraron con los míos en los columpios. Chillando, saltó de su asiento y corrió hacia mí.

— ¡Papiiii! ¡Paapii! —gritó, pero fue recogida antes de que se acercara más. Se la llevaron y la pusieron dentro de un auto justo cuando se puso a llorar.

Joder...

Inmediatamente me senté en la cama, dándome cuenta de que no estaba en Central Park en Nueva York. Me encontraba en Durham, Carolina del Norte, y estaba teniendo otra pesadilla.

Echando un vistazo al reloj de la pared, vi que era un poco más de la una. El calendario que colgaba directamente sobre él solo confirmó que había estado viviendo aquí durante demasiado tiempo.

Toda la investigación que había hecho hace seis años —sopesar los pros y los contras, el control de los registros de todas las empresas principales y el aguantar las mentiras de los perfiles de las mujeres en Date-Match, era ahora aparentemente nulo: el condominio que compré era un mero remanente de lo que se había anunciado, solo había una empresa digna de mi tiempo, y la piscina de mujeres dignas para follar disminuía día a día.

Hace apenas unas horas, había ido a una cita con una mujer que me dijo que era maestra de jardín de infancia con una inclinación por el color rojo y por los libros de historia. En realidad, era del doble de mi edad, daltónica, y solo quería "recordar cómo se sentía una buena polla".

Frustrado, me deslicé de la cama y caminé por el pasillo —enderezando los marcos "E" y "H" que colgaban en la pared, tratando de no parecer demasiado duro.

Iba a necesitar algo más que uno de mis pocos tragos habituales para soportar esta noche, y empezaba a cabrearme mucho por no haberme follado a alguien en lo que parecían siglos.

Me serví dos tragos de whisky y me los tomé consecutivamente. Antes de que pudiera verter otro, mi teléfono vibró. Un correo electrónico.

Alyssa.

Asunto: Calidad del Desempeño.



Estimado Thoreau,

Estoy segura de que en este momento estás en medio de otra jodida conquista, y a pocos segundos de darle tu infame línea de "Una cena. Una noche. Sin repeticiones", pero estaba pensando en algo y TENÍA que enviártelo por correo electrónico...

Si te gusta el sexo tanto como dices, ¿por qué solo insistes en una noche?

¿Por qué no una estricta relación de amigos con beneficios y así no tendrías que tener tantos períodos de sequía? (Me refiero, ¿este es el trigésimo día de la "Operación: Todavía sin Coño" para ti, no?)

De hecho, estoy empezando a preguntarme si la única razón por la que das una noche es porque ya sabes que tu rendimiento no será el suficiente para prometer otra buena...

Tener una polla mediocre no es el fin del mundo.

—Alyssa.

Negué y escribí una respuesta.

Asunto: Re: Calidad del Desempeño.

Estimada Alyssa,

Por desgracia, no estoy en medio de otra jodida conquista. En vez de eso, estoy ocupado escribiéndote una respuesta a tu último ridículo correo electrónico.

Este es, de hecho, el trigésimo día de tu apropiado nombre de "Operación: Todavía Sin Coño", pero desde que te follé por teléfono e hice que te corrieras, no ha sido un completo fracaso...

Disfruto del sexo, mi polla tiene un apetito insaciable por él, pero ya te he dicho una infinidad de veces que no estoy en relaciones. Jamás.

Me niego a abordar siquiera tu último párrafo, ya que nunca he recibido ni una sola queja sobre mi "rendimiento" y mi polla está *lejos* de ser mediocre.

No obstante, tienes toda la razón en tu discurso de clausura: tener una polla realmente infame no es el fin del mundo.

Tener un coño no follado sí que lo es.

—Thoreau.

Mi teléfono sonó inmediatamente.

—¿En serio? —espetó Alyssa cuando le contesté—. ¿Tu mensaje en realidad dice lo que yo creo que dice?



—¿De repente olvidaste cómo leer?

—¡Eres *ridículo!* —Se echó a reír—. ¿Qué pasó con tu cita de esta noche?

—Era otra mentirosa de mierda...

—Ayy. Pobre Thoreau. Realmente esperaba que el trigésimo día fuera el definitivo.

Puse los ojos en blanco y me preparé otra bebida.

—¿Vivir vicariamente en mi vida sexual es tu afición recién descubierta?

—Por supuesto que no. —Su risa flotó a través la línea, y pude escuchar el sonido de papeles mezclándose en el fondo—. He querido preguntarte, ¿de dónde eres?

—¿Qué quieres decir con, *de donde soy?*

—Exactamente lo que te pregunté —dijo—. No puedes ser del sur. No arrastras las palabras, y ni siquiera tienes una pizca de acento en tu voz.

Dudé.

—Soy de la ciudad de Nueva York.

—¿Nueva York? —Su voz se elevó una octava—. ¿Por qué saliste de allí para venir a Durham?

—Es personal.

—No puedo imaginarme algún día queriendo irme de Nueva York. Parece tan perfecto. Y hay algo en cuanto a las luces y las vidas de las personas que se alojan allí, la forma en que todos deben tener esos grandes sueños y...

Desconecté y me bebí mi trago. Su alabo poético sobre ese desolado lugar tenía que ser detenido. Rápidamente.

—¿Y los bufetes de abogados en Nueva York no son mucho más atractivos que los de aquí? —Seguía hablando—. Como uno de mis favoritos...

—¿Cuál es el nombre de ese ballet para el que vas a hacer un casting este año? —la corté.

—*El Lago de los Cisnes*. —Siempre dejaba el tema si yo decía algo sobre el ballet—. ¿Por qué?

—Solo preguntaba. ¿Cuándo es la audición?

—Dentro de unos meses a partir de ahora. Me estoy esforzando tanto como puedo para equilibrar mis clases. —Se aclaró la garganta—. Quiero decir, me estoy esforzando mucho para equilibrar mis casos con mi tiempo de prácticas.



—¿Por qué no le preguntas a tu jefe si puedes trabajar los fines de semana a cambio de un par de días a la semana libres?

—Estoy bastante segura de que no va a funcionar.

—Por supuesto que va a funcionar —dije—. Hay un abogado en mi empresa que trabaja de sábados a miércoles para poder dedicarse a la música. Si la empresa para la que trabajas merece malditamente la pena, van a ser flexibles contigo.

—Sí, bueno, supongo que tendré que investigar eso...

Silencio.

—¿En qué empresa trabajas? —pregunté.

—No puedo decirte eso.

—¿Cuáles son los nombres de los socios?

—Tampoco puedo decírtelo.

—¿Pero si me puedes decir lo profundo que quieres que mi polla se entierre dentro de ti más tarde esta noche?

Contuvo una corta respiración, un sonido atractivo que me volvía loco cuanto más lo oía.

—¿Cuánto tiempo crees que voy a aguantar solo hablando contigo por teléfono, Alyssa?

—Durante el tiempo que quiera que aguantes. —Su voz sonaba más segura ahora.

—¿Crees que voy a hablar contigo dentro de un mes sin poder follarte? ¿Sin ser capaz de verte en persona?

—Creo que me has hablado durante varios meses sin follarme. De hecho, creo que me has hablado durante *años* sin follar conmigo porque soy tu amiga, y los amigos...

—Si no te follo en el próximo o próximos dos meses, no vamos a ser *amigos* nunca más.

—¿Quieres apostar?

—No tengo que hacerlo. —Colgué y cogí mi ordenador portátil, dispuesto a darle otro intento a Date-Match. En el segundo que hice clic en la mujer más bonita de la página, un correo electrónico de Alyssa apareció en mi pantalla.

Asunto: Confía en mí.

Tú y yo todavía seremos amigos en unos meses desde ahora, y te parecerá completamente bien el no ver mi cara.



Ya verás.

—Alyssa.

Asunto: Re: Confía en mí.

Tú y yo vamos a *follar* en unos meses desde ahora, y la única razón por la que me parecerá bien el no ver tu cara, será porque vas a estar montando mi polla mientras inclino tu culo sobre la mesa.

Ya verás.

—Thoreau.



Testimonio (s.):

Evidencia oral o declaración dada por los testigos bajo juramento en respuesta a las preguntas formuladas por los abogados en un juicio.

Traducido por florbarbero

Corregido por Val_17

Andrew

—Señorita Everhart, ahora puede intervenir y cuestionar al señor Hamilton —dijo el señor Greenwood desde el otro lado de la sala.

Era el último día del mes, lo que significaba que finalmente usaríamos la sala de audiencias del millón de dólares que se encontraba en el piso superior de GBH. La sala no era necesaria, pero ya que la firma tenía demasiado dinero y no sabía qué hacer con él, utilizaban el espacio para los simulacros de casos de los internos.

El “juicio” de hoy era sobre algún idiota que estafó a los empleados de su propia empresa, dejándolos sin seguro médico, y por desgracia, yo interpretaba al acusado.

De pie frente a la mesa de la defensa, Aubrey agarró su cuaderno y tomó la palabra. No hablábamos desde que la eché de mi apartamento hace dos semanas, pero por lo que pude ver, parecía imperturbable.

Sonreía con bastante frecuencia, era muy agradable, y cada vez que me entregaba mi café, lo hacía con una sonrisa, diciendo: “Realmente espero que disfrute de este café, señor Hamilton”.

Había estado deteniéndome en la cafetería que se encontraba calle abajo desde entonces...

—Señor Hamilton —dijo, alisando su ajustado vestido azul—, ¿es verdad que usted engañó previamente a su esposa?

—*Nunca* la engañé.

—Mantén el personaje, Andrew —susurró el señor Bach desde el asiento del juez.

Rodé los ojos. —Sí. Engañé a mi esposa por un tiempo.

—¿Por qué?

—¡Objeción! —vociferó uno de los internos—. Su Señoría, ¿realmente necesitamos conocer los detalles sobre la vida amorosa de mi cliente? Este simulacro de juicio es sobre su participación en una conspiración.

—Si me lo permite, su Señoría —intervino Aubrey antes de que el “juez” pudiera decir algo—. Creo que la valoración de cómo se comporta el señor Hamilton en sus asuntos es una buena forma de evaluar su carácter. Si tratáramos con un cliente que abandonó a su compañía por incompetencia, no estaría fuera de lugar que le pregunte acerca de sus relaciones personales anteriores, sobre todo si nuestro cliente falso es de alto perfil.

—Denegado.

Aubrey sonrió y miró su cuaderno. —¿Tiene problemas con el compromiso, señor Hamilton?

—¿Cómo puedo tener un problema con algo en lo que no creo?

—Así que, ¿cree en tener solo relaciones de una noche durante el resto de su vida?

—*Su Señoría...* —El interno que representaba a la defensa se puso de pie, pero levanté la mano.

—No es necesario —dije, estrechando mis ojos en dirección a Aubrey—. Responderé al inapropiado interrogatorio de la señorita Everhart... Creo en vivir mi vida como me dé la gana y en tratar con mujeres sólo cuando quiera hacerlo. No estoy seguro de por qué esto tiene algo que ver en este simulacro de caso de conspiración, pero ya que estamos hablando de mi vida sexual, debe saber que estoy feliz y satisfecho. De hecho, tengo una cita esta noche. ¿Quiere que les informe de los detalles a usted y al jurado mañana?

Los internos que conformaban el jurado rieron cuando la sonrisa de Aubrey se desvaneció. Incluso cuando se obligó a sonreír de nuevo, pude ver un atisbo de dolor en sus ojos.

—Así que... —Respiró hondo—. En relación con el caso...

—Qué bueno que finalmente llegue al tema.

Los miembros del jurado rieron de nuevo.

—¿Cree en la moral, señor Hamilton? —preguntó.

—Sí.



—¿Cree que usted posea una?

—Creo que todo el mundo lo hace hasta cierto punto.

—¿Permiso para acercarme al testigo? —Miró al señor Bach y él asintió.

—Señor Hamilton, ¿puede leer la parte resaltada de este documento, por favor? —Colocó una hoja de papel delante de mí, y noté una pequeña nota escrita a mano en la parte superior de la página:

Jodidamente te odio y desearía no haberte conocido nunca.

—Sí —dije, tomando una pluma de mi bolsillo—. Dice que mi empresa no estaba al tanto de los cambios en la política de seguros.

Cuando ella le entregó una copia del documento al jurado, escribí una respuesta a su nota:

Lamento que te arrepientas de nuestros encuentros, ya que no me arrepiento de conocerte, sólo me arrepiento de follarte más de una vez.

Me pidió que leyera otra sección para el tribunal, y entonces tomó el papel, mirándome una vez que leyó mis palabras.

Traté de apartar la mirada para centrarme en otra cosa, pero la forma en que me miraba lo impidió. Su cabello no se encontraba recogido en un moño, sino que caía sobre sus hombros en largos rizos que descansaban sobre sus pechos. El vestido que llevaba era altamente inadecuado, demasiado ajustado en sus muslos, por lo que se levantaba un centímetro cada vez que daba un paso.

—Tengo tres preguntas más para el señor Hamilton, su Señoría —dijo.

—No tiene un límite, señorita Everhart. —Él sonrió.

—Correcto... —Dio un paso adelante y me miró a los ojos—. Señor Hamilton, usted y su compañía le hicieron creer a sus empleados que se preocupaban por ellos, que cuidaban de sus intereses, y que literalmente les comunicarían los cambios que harían antes de que sucedieran. ¿No están esas promesas en el manual de su empresa?

—Lo están.

—Entonces, ¿cree que merece ser multado o sancionado por dar a sus empleados falsas esperanzas? ¿Arrastrándolos a una situación que usted supo todo el tiempo cómo acabaría?

—Creo que hice lo que era mejor para el interés de mi *compañía* —dije, ignorando el hecho de que mi corazón latía con fuerza contra mi pecho—. Y en el futuro, cuando esos *empleados* se desplacen a nuevos lugares, tal vez se den cuenta de que mi empresa no era la mejor opción para ellos, de todos modos.



—¿No cree que les debe una simple disculpa? ¿No cree que al menos debería darles eso?

—Una disculpa implica que hice algo *mal*. —Apreté los dientes—. Sólo porque no están de acuerdo con lo que hice, no significa que no hice lo correcto.

—¿Cree en la duda razonable, señor Hamilton?

—Dijo que sólo tenía tres preguntas que ya me ha hecho. ¿Las matemáticas elementales han cambiado recientemente?

—¿Cree en la duda razonable, *señor Hamilton*? —Su rostro enrojeció—. ¿Sí o no?

—*Sí*. —Apreté la mandíbula—. *Sí*, creo que eso es una disposición común para todos los abogados en este país.

—Así que, dado el caso actual que estamos discutiendo... ¿cree que alguien como usted, alguien que trataba a sus empleados tan terriblemente, jamás podría cambiar en el futuro ahora que sabe el daño que le ha hecho a los demás?

—La duda razonable no se trata de *sentimientos*, señorita Everhart, y sugiero que consulte el diccionario jurídico más cercano que pueda encontrar, porque estoy bastante seguro de que hemos tenido esta discusión una vez antes...

—No recuerdo eso, señor Hamilton, pero...

—Citando sus propias desafortunadas pero correctas palabras, ¿no me dijo una vez, en su primera entrevista aquí en GBH, que ciertas mentiras son dichas y ciertas verdades son retenidas? ¿Y que la condena final depende de quién pueda discernir cuál es cuál? —La miré de arriba abajo—. ¿No es la definición exacta que proporcionó para la duda razonable?

Me miró fijamente con la misma mirada de dolor que tenía cuando la eché de mi casa.

—No hay más preguntas, su Señoría —murmuró.

El señor Greenwood aplaudió ruidosamente desde el fondo de la sala. El señor Bach y los otros internos siguieron el ejemplo.

—¡Muy buen trabajo, señorita Everhart! —gritó el señor Bach—. Esa fue una línea muy directa, pero aun así convincente, de preguntas.

—Gracias, señor. —Evitó mirarme.

—Oficialmente es la primera interna que consiguió irritar a Andrew. —Sonrió, aparentemente impresionado—. Definitivamente necesitamos mantenerla alrededor. Infiernos, podemos llamarla cuando necesitemos que nos recuerden que él es capaz de mostrar alguna emoción.



Más risas.

—¡Gran trabajo, todo el mundo! —Se echó hacia atrás en la silla del juez—. Vamos a repasar sus presentaciones finales esta semana y les enviaremos por correo electrónico los resultados el próximo jueves. —Golpeó su mazo—. La Corte queda en receso.

Los internos salieron de la habitación y Aubrey me miró por encima del hombro por última vez, lanzándome una mirada enojada.

También le dediqué una mirada furiosa, agradecido de tener una cita por la noche para poder sacarla a ella y a sus preguntas estúpidas de mi mente.

Las siete no podían llegar lo suficientemente pronto...

Esperé unos minutos antes de dirigirme al ascensor y traté de recordar mi calendario para el resto del día. Esta tarde tenía dos consultas con los propietarios de pequeñas empresas, y tenía que hacer una carrera a Starbucks antes de que Aubrey me trajera mi próxima taza de café.

Abrí la puerta de mi oficina y encendí las luces, preparándome para llamar a Jessica, pero Ava estaba de pie delante de mi biblioteca.

—¿El refugio para desamparados no se encontraba abierto? —pregunté.

—Vine aquí para darte finalmente lo que pediste.

—Es demasiado temprano para saltar de un puente.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también. —Pasé junto a ella y envié rápidamente un mensaje de texto en mi teléfono—. Si saltas antes del mediodía, el equipo de noticias no será capaz de relatar la historia durante el horario estelar.

Se puso delante de mi escritorio y dejó una carpeta. —No voy a arrastrar más tu nombre por tribunales, no presentaré más peticiones o requerimientos judiciales, y no haré afirmaciones falsas acerca de tu carácter... he terminado de mentir.

—Estoy seguro. —Recogí los papeles—. En otras palabras, hay algún tipo nuevo al que estás ansiosa por follarte. ¿Sabe cómo eres realmente?

—¿En serio? Estás consiguiendo tu ansiado divorcio. ¿Por qué te importa?



—No lo sé. —Me puse las gafas de lectura y miré por encima de los documentos—. ¿No hay solicitudes de pensión alimenticia, reclamos de abuso, o demandas de propiedad? ¿Me estoy perdiendo alguna página?

—Te lo dije. Ya terminé de mentir.

No la creí ni por un segundo, pero tomé mi teléfono y llamé al notario, diciéndole que era una emergencia.

—Sabes... —Ava se apoyó en mi escritorio—. Recuerdo el pastel que me compraste para nuestro aniversario de boda. Era blanco y azul claro, y tenía todos estos muy pequeños adornos de Nueva York. También tenía capas de diferentes sabores. Uno por cada año que estuvimos juntos. ¿Te acuerdas de eso?

—Te recuerdo follando a mi mejor amigo.

—¿No podemos tener un momento agradable antes de terminar las cosas bien?

—Tú y yo terminamos hace mucho tiempo, Ava. —Traté de mantener mi voz plana, monótona—. Cuando algo ha terminado, las palabras finales, buenas o malas, no hacen ni una puta diferencia.

Suspiró y me di cuenta de lo terrible que se veía. Tenía los ojos inyectados en sangre, su pelo rizado y atado en una cola de caballo, y aunque el vestido azul que llevaba se le ajustaba perfectamente, no había intentado plancharlo.

—¿De qué se trata este llamado de emergencia, señor Hamilton? —La notaria entró en la sala, sonriente—. ¿Está solicitando que compremos otra cafetera de mil dólares? —Ella dejó de hablar una vez que vio a Ava.

—Señorita Kannan, esta es Ava Sanchez, mi futura ex-esposa. Necesito que atestigüe la firma de los papeles del divorcio, haga tres copias, y selle una de ellas para que sea enviada.

Asintió y sacó un sello de su bolsillo.

—¿Te diste cuenta de que te di voluntariamente nuestro apartamento en West End? —preguntó Ava.

—¿El apartamento que *yo* compré? —Firmé con mi nombre—. Qué generoso.

—Tenemos un montón de recuerdos en esa casa.

—Firmar los documentos no requiere conversación —dije.

Tomó la pluma y puso su firma encima de la mía, tomándose tiempo extra para añadir un doble remolino hasta en la última letra.



—Estaré de vuelta con sus copias. —La señorita Kannan evitó mirarnos cuando salió de la habitación.

—Por lo tanto, eso es todo, supongo —dijo Ava—. Estoy oficialmente fuera de tu vida.

—No. —Negué con la cabeza—. Desafortunadamente, todavía estás en mi vista.

—¿Te mataría desearme lo mejor? ¿Al menos desearme buena suerte?

—Viendo que vas a volver a prisión, supongo que sería apropiado. —Me encogí de hombros—. Buena suerte. Las autoridades están fuera esperando por ti, así que tómate todo el tiempo que necesites. Incluso hay una máquina expendedora en el pasillo si quieres probar la libertad por última vez... aunque, ya que vas a estar encerrada con un montón de mujeres, estoy seguro de que comer coño después de que las luces se apaguen te sabrá igual de bien.

—¿Jodidamente me delataste? —Su rostro se puso blanco cuando levanté mi teléfono, mostrándole el mensaje que envié al segundo en que la vi en mi oficina—. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

—¿Cómo podría *no* hacerlo?

—¿De verdad te lastimé tanto, Liam? Yo...

—Nunca me vuelvas a llamar así, joder.

—¿Te he lastimado tanto? —repitió, sacudiendo la cabeza.

No le respondí.

—Esto es... esto es acerca de *Emma*, ¿no? —siseó—. ¿Eso por eso? ¿Todavía sostienes esa mierda sobre mi cabeza?

—Lárgate de aquí. *Ahora*.

—Han pasado seis años, Liam. Seis. Jodidos. Años. Necesitas dejarlo ir. —Abrió la puerta y una astuta sonrisa se extendió por su cara—. Ese tipo de cosas sucede todo el tiempo... aunque fue lamentable, te ayudó a ser el hombre que eres hoy, ¿no?

Tomó todo lo que había en mí permanecer sentado y no lanzarme tras ella.

Furioso, esperé a que saliera y me acerqué a mi ventana, mirando cuando salió al estacionamiento levantando las manos en el aire mientras los oficiales le gritaban.

Entonces, al igual que hace seis años, sonrió cuando le colocaron las esposas y se rio cuando la arrojaron a la parte trasera del auto.

Finalmente se alejaron, y una familiar punzada golpeó mi pecho.



Agarrando mis llaves, corrí al estacionamiento y me metí en el auto, mi subconsciente me decía que fuera a casa, pero conscientemente conduje hacia la playa más cercana.

Puse mi teléfono en silencio cuando salí a la carretera, y los segundos se disolvieron en horas, mientras la ciudad desaparecía en el espejo retrovisor. Los edificios parecían más y más lejanos, y, finalmente, la única cosa que veía fuera de mi ventana eran árboles y arena.

Cuando por fin llegué a una bahía aislada, estacioné mi auto delante de una roca. Abrí la guantera y saqué la carpeta roja que Aubrey una vez intentó abrir. Entonces salí y me senté en el banco más cercano.

Tomando una respiración profunda, saqué las fotos y me prometí a mí mismo que esta sería la última vez que las miraría: yo y mi hija caminando por la orilla de la playa de Nueva Jersey bajo la puesta de sol. Su sonrisa mientras levantaba una concha marina y la sostenía contra su oído. Llevándola sobre mis hombros y apuntando a un estrellado cielo nocturno.

A pesar de que sabía que hacer esto inevitablemente me traería sudores fríos y pesadillas, continué pasando las fotos.

Incluso en las que yo no salía; en las que ella se veía triste y solitaria en el parque, con la mirada perdida en la distancia, en algo o *alguien*, que no estaba allí.

Emma...

Mi corazón se encogió con la foto final. Era ella jugueteando con su paraguas, llorando. Estaba molesta porque la obligaron a entrar, porque no entendían que aunque le gustaba estar en el parque a plena luz del sol, prefería jugar afuera en la lluvia.



Angustia emocional (s.):

Una reacción emocional negativa, la cual puede incluir temor, ira, ansiedad y sufrimiento, por la cual se pueden adjudicar daños monetarios.

Traducido por Issel

Corregido por Yani B

Aubrey

Lucía terrible. Absolutamente terrible.

Hoy era el primer ensayo completo con todos los trajes para *El Lago de los Cisnes* y no lucía para nada apropiada para el rol. Mis ojos estaban hinchados, arruinados por llorar por Andrew, mis labios estaban secos y quebrados, y mi piel estaba tan pálida que el señor Petrova se acercó y preguntó—: ¿Vas a representar a un cisne blanco o a un *fantasma blanco*?

Tanto como trataba de forzarme a sonreír a través de mi dolor de cabeza, lloraba a cada momento en que me encontraba sola, comiendo una exorbitante cantidad de helado y chocolate cada noche, y no podía dormir para nada.

Aún no podía creer que Andrew me echara a patadas de su condominio tan cruelmente. Un minuto me sostenía contra su pecho y me besaba, y al siguiente me decía que él y yo ya habíamos follado suficiente, que no me quería más, y que iba a follar a alguien más.

Lo que fue peor, fue que cuando regresamos al trabajo ese lunes siguiente, se había mostrado dos veces más rudo conmigo. Me reasignó a un caso que me tomaría meses arreglar, me regañó enfrente de todo el mundo por llegar diez minutos tarde, y luego tuvo la audacia de quejarse porque estaba sonriendo mientras le llevaba su café diario.

Al menos escupí en este...

—¿Estás llorando ahora? —La asistente de maquillaje inclinó mi barbilla hacia arriba—. ¿Sabes lo costosa que es esta máscara de escenario?

20



—Lo siento. —Congelé mis globos oculares en sus cuencas y contuve las lágrimas.

—No veo el nombre de tus padres en la lista de invitados para esta noche. ¿Vienen a la segunda presentación el sábado?

—No.

—Supongo que solo quieren ver el espectáculo completo sin paradas entonces, ¿huh? —Se rio ella—. Mis padres son iguales. Les comenté sobre el número de ensayos que tenemos que hacer y dijeron que lo verían cuando estuviera terminado. Son todo sobre la perfección.

—Desafortunadamente, me puedo identificar...

Ella se rio y habló y habló tontamente, haciéndome contar silenciosamente los segundos hasta que terminó.

Cuando presionó mi cara con la última nube de polvo, me giró para que viera el espejo que había al otro lado de la habitación.

—Guau... —susurré—. En serio, guau...

No parecía que hubiera estado llorando para nada. Aunque mis párpados estaban cubiertos de sombra oscura, y ella había aplicado delicadamente el falso camino de una lágrima pasando mi ojo derecho; lucía como si fuera la mujer más feliz en la Tierra.

—¿Señorita Everhart? —preguntó el señor Petrova, parándose detrás de mí—. ¿Puedo tomarla prestada por un segundo?

—Sí, señor. —Lo seguí a través de las puertas de atrás del escenario hacia el exterior, al área vacía de estiramiento.

—Siéntese en la banca, señorita Everhart. —Sacó un cigarro de su bolsillo y lo encendió.

El humo se desplegó en espirales entre nosotros y me miró de arriba abajo. Por alguna extraña razón, parecía más molesto de lo usual, como si estuviese a punto de gritarme.

—Señor Petrova... —dije suavemente—. ¿Hice algo malo?

—No. —Negó con su cabeza—. La traje aquí a solas porque quiero que sepa que lucía gorda durante la práctica de ayer. *Demasiado gorda.*

—¿Qué?

—Aunque bailó la parte del cisne negro hermosamente, capturando el correcto grado de enojo y tristeza, falló, *falló jodidamente*, con el cisne blanco. —Tosió—. Parecía como si su mente estuviese en otra parte. Como si la estuviera matando ser feliz durante cinco minutos, y para completar esto, ha engordado.



Rodé los ojos y los aparté, enfocándome en los autos que pasaban zumbando por la calle. Ya no me perturbada por sus insultos. Que me llamara gorda no era nada comparado con las cosas que me había dicho la semana pasada.

—¿Señorita Everhart? —Su voz me sacó de mis pensamientos.

—¿Sí?

—Necesito que abra eso más tarde —dijo, palmeándome en el hombro—. Es muy importante.

—¿Abrir qué?

—¿No ve el sobre que acabo de colocar en su regazo? —Sacó su cigarrillo—. ¿Tengo decirle a su suplente que necesita prepararse para bailar?

—No. —Tomé el sobre, pasando mis dedos a lo largo del pliegue—. No necesita hacer eso, señor.

—Bien. —Caminó hacia el edificio y sostuvo la puerta abierta—. Ahora, hágame creer que escogí a la chica adecuada para que fuera mi cisne.

22

—Los Walters vendrán a cenar el próximo domingo a las seis y necesitamos que hagas una aparición —me dijo mi madre por teléfono esa noche—. Creo que van a hacernos un muy buen cheque para la campaña.

—Que emocionante.

—Es emocionante, ¿no es así? —Prácticamente chilló—. Todo está sucediendo tan rápido y cayendo en su lugar tan perfectamente. Estamos recogiendo fondos, planeando la publicidad, y...

Coloqué mi teléfono en la mesa y me preparé un balde con agua helada, haciendo una mueca con cada paso que daba. Estaba segura de que tendría un nuevo grupo de ampollas al final de esta semana, pero después de la forma en que bailé en el ensayo de hoy, valdrían la pena.

Completé cada salto con facilidad, me acoplé a mis compañeros paso por paso, y al final, cuando el número final pedía diez pirouettes, hice quince. Todos en la audiencia me dieron una ovación de pie, pero el señor Petrova estaba sentado silenciosamente frotándose la barbilla.

Me miró, inclinó la cabeza a un lado, y simplemente dijo—: La práctica de hoy terminó. —Ese fue el mayor cumplido que nunca había dado.



Sonriendo ante el recuerdo, llevé el balde de hielo hasta el mueble y lo bajé. Deslicé mis pies en el interior y sostuve el teléfono contra mi oído de nuevo.

—Oh, y los Yarboroughs... —Mi madre todavía estaba hablando—. Están considerando hacer una pequeña fiesta en honor a tu padre el próximo mes en el club de campo. Necesitarás estar presente para eso y no será algo casual, por lo que en verdad preferiría que llevaras el cabello con rizos, por favor. Habrá un fotógrafo de un periódico local ahí.

—¿Vas a preguntar cómo fue mi día?

—En un minuto. ¿Recibiste el vestido que envié ayer?

Miré la bolsa de plástico colgada sobre mi puerta. —Hubo un duro ensayo de *El Lago de los Cisnes* ayer. Fue para que los diseñadores de los trajes vieran si todo lucía correcto bajo las nuevas luces. Fue el mejor ensayo que hemos tenido hasta ahora.

—¿Ya te probaste el vestido? ¿Piensas que serás capaz de hacerlo esta noche?

—Mamá...

—Debo tenerlo adaptado para la noche del domingo tan pronto como sea posible si este no te queda bien.

—¿Podrías simplemente decir “honestamente me importa una mierda tu vida, Aubrey”? —gruñí mientras los dedos de mis pies finalmente sentían el efecto del hielo—. Eso me haría sentir diez veces mejor en este momento.

—*Aubrey Nicole Everhart*... —enunció cada sílaba de mi nombre—. ¿Has perdido la cabeza?

—No, pero estoy comenzando a perder mi tolerancia por hablar contigo por teléfono. ¿Por qué molestarte en llamar si solo quieres escucharte a ti misma hablar?

No tuvo oportunidad de responder.

Había una llamada en mi otra línea, así que presioné terminar sin mencionarlo.

—¿Hola? —respondí.

—¿Es Aubrey Everhart? —Era una voz masculina.

—Sí, soy yo.

—¡Genial! Soy Greg Houston. ¡Soy el presidente de inscripción estudiantil, y solo llamaba para dejarle saber que su retiro de la universidad ha sido aprobado! Será oficial una vez venga y firme personalmente los



formularios. Personalmente pienso que es genial que se tome tiempo fuera para ayudar con la campaña de su padre.

—¿¡QUÉ?!

—Fue muy desinteresado de su parte, señorita Everhart —dijo él—. Estoy seguro de que cuando decida regresar, el comité académico le ofrecerá créditos por su experiencia del mudo real. De cualquier manera, me di cuenta de que rellenó las solicitudes electrónicas, pero ya que vive dentro de un radio de ochenta kilómetros de la escuela, es política que tenga que firmarlos también manualmente. Además, dados los créditos que ha ganado en la universidad hasta ahora...

Todo a mi alrededor se puso negro.

No podía creer esta mierda.

Quería colgar y gritarle a mi madre, preguntar cómo se atrevieron ella y mi padre a sacarme de la universidad sin siquiera decírmelo, pero no podía. Simplemente colgué y me senté quieta, con la cara como una piedra y perdida.

Había lágrimas cayendo por mi cara, pero no podía sentir las. No podía sentir una maldita cosa.

Presioné el botón de apagar en mi teléfono para prevenir que nadie más llamara y saqué el sobre que me dio más temprano el señor Petrova. Asumí que esta era una larga lista de insultos, o una nueva dieta, pero era una carta:

Señorita Everhart,

Acabo de recibir la noticia de que dejará la universidad al final de este periodo. Aunque estoy decepcionado de su fracaso al alertarme de esta noticia por anticipado, estoy impresionado con el crecimiento que ha mostrado mientras ha estado en mi programa.

Aún es una bailarina promedio, pero considerando el hecho de que sus compañeros son todos bailarines terribles, creo que puede de alguna manera estar orgullosa de ese prestigio.

Detrás de esta carta hay una recomendación para la Compañía de Ballet de la ciudad de Nueva York. Debido a unas pocas circunstancias desafortunadas, muchos puestos han sido abiertos para su clase actual. Esto no sucede con frecuencia, y sería algo estúpida si no hiciera una audición.

De cualquier manera, si hace una audición y no es aceptada, esto solo significará que no bailó de la mejor forma que podía. (O que ganó otro desafortunado kilo).

—Petrova.

Giré la página adjunta y me di cuenta de que la fecha tope para la audición era en tres semanas, que si audicionaba y era aceptada, estaría dejando mi actual rol principal atrás y tendría que comenzar todo de nuevo.



Bailar para la Compañía de Ballet de NYC había sido una vez mi sueño, pero después de que me rompí el pie a los dieciséis, reajusté mi versión de una carrera soñada; la competencia en un lugar como ese sería demasiado fiera para alguien que estuvo sentada durante un año completo, completamente recuperada o no.

No obstante, no podía imaginar ir a Nueva York, no sola, de cualquier manera. No pensaba que pudiera dejar a Andrew sin al menos obtener una muy merecida disculpa.

Suspirando, encendí mi portátil y me conecté al correo electrónico, impresionada de ver su nombre justo al inicio de mi bandeja de entrada.

Asunto: Simulacros de juicios.

Señorita Everhart,

Por tercera vez en esta semana, ha aludido a nuestra antigua aventura en el cuarto de la corte. Aunque no estoy sorprendido por esto, me siento algo decepcionado.

Puede arrepentirse de las secuelas de follar conmigo, pero sé jodidamente bien que amó cada simple segundo que mi polla estuvo en su interior. (Y antes de que mienta y diga que no lo hizo, piense en las numerosas veces que gritó mi nombre mientras mi boca devoraba su coño).

Quizás si pensara sobre esas cosas en vez de sus incontrolables y erráticos "sentimientos", sus defensas en la corte no serían tan cómicas.

— Andrew.

Borré el correo y leí de nuevo la carta de Petrova.

Necesitaba buscar las audiciones del Ballet de Nueva York *esta noche*.



Malversación (s.):

Hacer intencionalmente algo ilegal o moralmente incorrecto que no se tiene derecho a hacer.

Traducido por Alessandra Wilde & Val_17

Corregido por Sofía Belikov

Andrew

Abrí el cajón a mi izquierda en busca de un frasco de aspirinas. No había dormido bien en más de una semana, y estaba seguro de que en su mayoría tenía que ver con los informes a medias que los internos me entregaban. Eso, o Aubrey envenenaba mi almuerzo.

Leí su informe más reciente y gemí mientras leía sus comentarios escritos a mano: *“Me parece muy irónico que pueda darnos una asignación sobre la importancia de la confianza y las relaciones cuando no tiene ni idea de lo que cualquiera de esas palabras significan. PD —No “devoraste” mi coño.”*

Arranqué la nota y la tiré a la basura, leyendo la siguiente: *“¿Un caso que se trata de un jefe tirándose a su empleada? Al menos este jefe tuvo las pelotas para revelar su mentira y admitir que a él realmente le gustaba la chica, en lugar de echarla como si fuera basura. PD —Ayer el ingrediente extra en su café fueron copos de súper pegamento derretido. Espero que le hayan gustado.”*

—¿Señor Hamilton? —Jessica entró en mi oficina.

—¿Sí?

—¿Quiere que envíe su traje Armani a otra empresa de limpieza en seco? —preguntó—. Esta es la tercera vez que le ha enviado esos pantalones. No creo que esa mancha marrón vaya a salir.

—No, gracias. —Suspiré—. Sólo ordena unos nuevos, por favor.

—¡Lo haré! —Batió sus pestañas cuando se fue, y le envié inmediatamente un correo electrónico Aubrey.

Asunto: Súper Pegamento.



Ya no bebo tu puto café, pero desde que has demostrado una vez más que eres novata en lo que respecta a la ley, voy a guardar tu nota escrita a mano por lo que mis amigos sabrán a quién culpar por mi asesinato.

Madura.

—Andrew

Asunto: Re: Súper Pegamento.

No tienes amigos. Yo era la única. Y no me importa si guardas mi nota escrita a mano porque he guardado todos tus correos electrónicos — especialmente los que dicen: “Ven a mi oficina para que pueda comer tu coño en mi hora del almuerzo”, o “me encanta la forma en que tu boca se ve cuando la envuelves alrededor de mi pene”.

Tu primero.

—Aubrey.

Empecé a responderle, sin estar dispuesto a entregarle la última palabra, pero oí a Jessica aclarándose la garganta.

—¿Hay alguna otra cosa en la que pueda ayudarte? —Levanté la mirada—. Podría jurar que acabas de salir de mi oficina.

—Se rumorea por la firma que hoy es su cumpleaños.

—Hoy *no* es mi cumpleaños.

—Eso no es lo que me dijeron en recursos humanos.

—Recursos humanos está lleno de mierda. —Miré la taza de café en el borde de mi escritorio, notando que el café no era ni siquiera marrón. Era de color naranja—. Pero hablando de recursos humanos, ¿podría hacer que le prohíban a la señorita Everhart tocar las máquinas de café?

—Lo dudo. —Se acercó aún más—. Entre usted y yo, le vamos a dar una fiesta sorpresa en la sala de descanso. Como, en este momento. Hemos estado esperando que usted se tome un descanso, pero no lo ha hecho, así que... ¿Puede salir por un segundo?

—¿Acaba de negarme mi petición con respecto a la máquina de café?

—Me encargaré de ello, después de que vaya a su fiesta. —Sonrió y tomó mi mano, pero me puse de pie por mi cuenta.

—Le he dicho a su abuelo en múltiples ocasiones que no aprecio sus fiestas de cumpleaños de los empleados.



Se encogió de hombros y me llevó por el pasillo. —Asegúrese de lucir sorprendido. Puse mucho trabajo en esto... siempre hago un esfuerzo extra por usted.

No hice caso de la forma en que se lamía los labios.

Abrió la puerta, y todo el personal lanzó confeti al aire y gritó—: ¡Feliz cumpleaños, señor Hamilton! —Entonces comenzaron a cantar la canción de cumpleaños, fuera de tono y terriblemente desafinados.

Me acerqué a las ventanas donde se había colocado un pequeño pastel blanco con velas de color azul, y las apagué antes de que terminara la canción.

—¡Feliz cumpleaños, Andrew! —El señor Greenwood me entregó un sobre azul—. ¿Cuántos cumpleaños hoy?

—Ya que hoy no es mi cumpleaños, tengo la misma edad que ayer.

Él se rio, todavía incapaz de entender que hablaba en serio. Sosteniendo su estómago, hizo un gesto a uno de los internos para que nos tomara una foto.

Mientras la cámara destellaba, vi a Aubrey de pie en una esquina con los brazos cruzados. Sacudía la cabeza hacia todo el mundo, y cuando sus ojos se encontraron con los míos finalmente, frunció el ceño.

—Tengo algo para usted... —Jessica presionó una pequeña caja negra en mi mano—. Pero creo que necesita abrirlo en un lugar privado, cuando esté solo y pensando en mí. —Se sonrojó, alejándose.

Hice una nota mental para tirar lo que sea que fuera a la basura. Y en vez de dejar inmediatamente la fiesta, caminé por la habitación y les di las gracias a todos, recordándole a cada interno que "cumpleaños" o no, las asignaciones todavía tenían que ser entregadas al final del día.

Me acerqué a Aubrey con la mano extendida, pero retrocedió y se dirigió a la antesala contigua.

—¿En serio es tan inmadura, señorita Everhart? —La seguí, haciéndola girar hacia mí cuando la puerta se cerró.

—¿En serio eres tan cruel? —Me miró—. Me diste más trabajo que a nadie esta mañana solo para poderme reprender delante de ellos más tarde, simplemente porque crees que te avergoncé ante el tribunal de nuevo.

—En realidad, tendrías que saber qué diablos hacías si querías avergonzarme ante el tribunal. —Involuntariamente agarré sus manos, frotando mis dedos contra su piel—. Y te di más trabajo para que no tuvieses tiempo de hacer mi café, el que hasta esta mañana, *asumí* que estaba envenenando.

—¿Desde cuándo un "escupitajo" es considerado como veneno?



—Me debes otro puto traje... —Bajé la voz—. ¿Tienes alguna idea de lo mucho...?

—No —me interrumpió—. ¿Tienes alguna idea de lo mucho que has cambiado? De hecho, echo de menos el tiempo en que yo era Alyssa y tú eras Thoreau.

—¿Antes, cuando eras una *jodida mentirosa*?

—Antes, cuando me tratabas mejor... —Me miró a los ojos, dedicándome una mirada de anhelo, y mis manos fueron alrededor de su cintura, atrayéndola hacia mí.

Tuve mi boca sobre la de ella en cuestión de segundos, besándonos como si no nos hubiésemos visto en años, luchando por el control. Arrastré los dedos contra la cremallera de la parte posterior de su vestido, sintiendo mi polla endureciéndose contra su muslo.

Se presionó contra mi pecho y me dejó deslizar mi lengua profundamente en su boca, pero finalmente se apartó, empujándome.

Luciendo absolutamente indignada, se dio media vuelta y salió de la habitación.

Me enderecé la corbata antes de seguirla hacia la sala de la fiesta, pero ella ya no estaba allí.

—¿Vas a cortar el pastel, Andrew? —dijo el señor Bach—. ¿O quieres que Jessica lo haga por otro año consecutivo?

Jessica levantó el cuchillo y me guiñó un ojo.

—Jessica puede cortarlo —le dije—. Regresaré enseguida. —Salí y me dirigí a las oficinas de los pasantes, caminado en línea recta hacia el cubículo de Aubrey.

Tenía la cara roja como un tomate y metía unas carpetas en su bolso.

—No te di permiso para salir temprano. —Di un paso delante de ella.

—No te di permiso para tratarme como a una mierda, pero has hecho un infierno de mi trabajo, ¿no?

—Acabas de decir que no te trataba así cuando pensaba que tu nombre era *Alyssa*, cuando pensaba que eras una maldita abogada.

—¿Eso hace que tu trato hacia mí sea aceptable?

—Eso hace que sea *justificable*.

Silencio.

—No puedo seguir con esto, Andrew... —Sacudió la cabeza.



—¿Eso significa que dejarás de actuar como una niña en la corte?
¿Que...?

—Toma. —Me interrumpió y presionó una caja plateada contra mi pecho—. Compré esto para ti hace unas semanas, en la época en la que Jessica planeaba tu fiesta de cumpleaños.

—¿Escupiste en ella?

—Debería haberlo hecho. —Tomó su bolso y pasó junto a mí, en dirección a la salida.

Una parte de mí en realidad quería ir tras ella y hacerla explicar qué demonios quiso decir con eso de "no puedo seguir con esto", pero sabía que hacerlo no tendría sentido. Hablar con ella por menos de tres minutos me encendía, y tenía que recordar por qué terminé esa "relación" en primer lugar.

Volví a la sala de descanso y les di las gracias a los últimos internos, mirando la foto que recursos humanos había clavado en la pared. Era un collage de mis fotos profesionales con unas pegatinas de sombreros de cumpleaños unidos a mi cabeza. Y habían escrito "¡Feliz cumpleaños, Andrew! ¡GBH te quiere!" en azul brillante.

En realidad, mi cumpleaños era dentro de meses, en diciembre, un día que no había celebrado en mucho tiempo. Y aunque nunca lo admitiría públicamente, como que me gustaba un poco el hecho de que la gente de GBH estuviera dispuesta a celebrar mi cumpleaños —fuera real o no.

—¿Cuántas rebanadas de pastel le gustaría que envuelva para usted, señor Hamilton? —Jessica me tocó el hombro.

—Tres —dije—. Y también voy a tomar un vaso de limonada.

—No se va a quedar para el juego: "¿Quién conoce mejor al señor Hamilton?"

—Ninguno de ustedes me conoce. —Regresé a mi oficina y cerré la puerta, estableciendo los nuevos regalos de cumpleaños en la parte superior de mi biblioteca.

El sobre del señor Greenwood contenía una nota que decía que apreciaba mi duro trabajo y mi dedicación a la empresa. Bajo sus palabras escritas había una tarjeta de regalo para otra entidad multimillonaria de su familia: un campo de golf.

Los regalos de los internos eran todas tarjetas de centro comercial, en las cuales rogaban por tiempo extra en sus asignaciones. Las puse todas en mi trituradora.

La caja negra de Jessica fue la siguiente, y por mucho que quería tirarla a la basura y nunca pensar en ella de nuevo, no pude resistirme a saber lo que me



compró. Saqué la cubierta y quité el papel, sacando un pedazo suave de seda y una nota:

Escuché que te gusta mantener estas en tu bolsillo... Estas son las mías. PD — Me las quité en el baño hace cinco minutos :-)

Jesús...

Enterré sus bragas en la parte inferior de mi bote de basura y rompí esa nota.

Me quedé mirando la caja plateada de Aubrey durante un rato, preguntándome si debería esperar hasta más tarde para desenvolverla, pero no pude evitar rasgar el papel.

Dentro de la caja había un pequeño marco de fotos negro. Era artesanal —bordeado con imágenes de zapatillas de punta y escalas de derecho presionadas en hierro, y las palabras "Alyssa" y "Thoreau" en letras blancas lisas.

La imagen era de nosotros, una de ella yaciendo sobre mi pecho en la cama y sonriendo a la cámara. Tenía las mejillas encendidas de color rojo — como siempre lo estaban después de tener sexo, y vestía una de mis camisetas.

La recordé obligándome a tomar esa foto —insistiendo en que "no la compartiría con nadie" y que sólo la quería para sí misma. Incluso me obligó a sonreír...

Puse el marco boca abajo y saqué el otro objeto que había en la caja —un reloj de plata brillante con una inscripción adherida en la parte trasera:

Asunto: Tú.

Me gustabas como "Thoreau," pero te amo como Andrew.

—Aubrey (Alyssa).

Mi copa de vino permanecía sin tocar en el restaurante Arbors, y las velas en la pieza central derramaban cera sobre la mesa.

Esperaba que mi cita llegara de un momento a otro, pero no podía dejar de mirar el reloj que Aubrey me dio. Claramente había pensado acerca de todas y cada una de las partes del diseño; ningún elemento era erróneo.

Noté dos As en la esquina de su pantalla, y antes, a la luz del sol, me di cuenta de que mi nombre estaba grabado en el borde de su marco.



—¿Eres Thoreau? —interrumpió mis pensamientos una voz de mujer, haciéndome levantar la mirada.

—Sí.

Me sonrió y se sentó frente a mí. —Espero que no te importe, pero vengo aquí con regularidad y la camarera me preguntó si ordenaría lo de costumbre cuando llegué. Le dije que sí.

—No me importa en absoluto. —Un pequeño sentimiento de culpa fluyó dentro de mi pecho, pero no fue suficiente para distraerme de conseguir lo que necesitaba esta noche: un coño. Cuanto antes.

La camarera colocó dos platos al vapor delante de nosotros, y miré la hora. Sólo le daría a esta mujer una hora.

—Entonces, ¿qué tipo de casos manejas normalmente? —preguntó.

—Corporativos en su mayoría, pero también he hecho gubernamentales y de impuestos.

—Interesante. ¿Por cuánto tiempo has vivido en Durham?

—Por demasiado tiempo.

—¿Y así es como operas con normalidad? —Se echó hacia atrás en su silla, arrastrando las uñas contra su blusa transparente—. ¿Rollo de una noche?

—¿Es un problema para ti?

—Nunca lo es.

Alcé una ceja y la miré. En realidad, era bastante atractiva —cabello largo y rubio, figura curvilínea y pechos turgentes.

Dejando los atributos físicos a un lado, parecía que teníamos mucho en común. Era una abogada de bienes en el condado contiguo, leyó la mayor parte de los mismos libros, y por lo que me dijo por teléfono, compartíamos un apetito sexual comparable.

Nuestros platos vinieron y se fueron, la conversación continuó, pero el reloj de Aubrey todavía tenía una parte de mi atención.

—¿Te molesta algo? —Mi cita agitó la mano delante de mi cara—. Recuerdo que eras mucho más hablador por teléfono.

—Estoy bien. —Le hice señas al camarero para que me trajera la cuenta—. Sólo cansado.

—¿Demasiado cansado para follar?

—*Nunca* estoy demasiado cansado para follar.

Sonrojándose, cruzó las piernas y se inclinó sobre la mesa. —He estado esperando esto toda la semana.



No respondí. Simplemente firmé el cheque y me levanté, tendiéndole la mano.

Caminamos por el vestíbulo del hotel, directamente hacia los ascensores.

Al segundo en que las puertas se cerraron, presionó sus labios contra los míos y entrelazó sus dedos en mi cabello.

—Joder... —gemí cuando una de sus manos se coló por mi cinturón.

Movió su boca por mi cuello mientras subíamos hasta el último piso, rozando sus dientes contra mi piel. Gimiendo, jadeó cuando la agarré de la cintura y le devolví el beso —controlando su lengua con la mía.

Tiré la banda de su cola de caballo y la arrojé al suelo. Cerré los ojos y profundicé nuestro beso —mordiéndolo tortuosamente su labio mientras ella trataba de alejarse.

Deslizándolo su rodilla entre mis piernas, desabrochó el cinturón y bajó mi cremallera. —¿Cuánto tiempo vamos a follar esta noche?

—Tanto tiempo como quieras. —Palmeé sus pechos a través de su camiseta, deslizando una mano por debajo de su sujetador.

—Ahhhh... —murmuró mientras acariciaba su pezón.

Las puertas del ascensor se abrieron rápidamente, pero nuestros cuerpos permanecieron entrelazados mientras encontrábamos el camino hasta la habitación. Sus labios se pegaron a los míos una vez más mientras tropezábamos por la habitación —chocando con lámparas y muebles.

Ella gemía más fuerte ahora, apenas controlándose cuando desabroché su vestido y su sujetador.

Sentí sus manos en mi cintura, empujando mis pantalones hasta el suelo, y cuando mi espalda golpeó la pared, me di cuenta de que se encontraba de rodillas frente a mí.

Inclinándose, pasó las manos de arriba abajo por mi polla, pidiéndome que le dijera lo mucho que deseaba su boca sobre mí.

—No... —Negué con la cabeza cuando me di cuenta de que había estado fantaseando con Aubrey todo el tiempo.

—¿Ni siquiera vas a rogar por ello? —Sonrió, acercando la cabeza.

—Detente. —La agarré por el pelo, apartándola suavemente.

—¿Pasa algo, Thoreau? ¿Acaso quieres hacérmelo primero? ¿Debería ponerme en la cama o en la silla?

No pude entender el resto de sus preguntas; imágenes de Aubrey nublaban mi cerebro, invadiendo todos mis sentidos. Y cuanto más miraba a



esta mujer, una mujer que no era para nada tan hermosa como Aubrey, más sentía que mi polla se ablandaba.

Mierda...

Me puse los pantalones y subí la cremallera. —Ya no tengo ganas de follarte. Puedes irte.

—¿*Disculpa?* —Contuvo la respiración y se cruzó de brazos—. ¿Qué acabas de decir?

—Dije que ya no tengo ganas de follar contigo —hablé lentamente—. Y que puedes irte. Disfruta el resto de tu noche.

—¿Vas a echarme? ¿Sólo así?

—¿Te gustaría que reservara otra habitación para ti?

—¿Qué pasó con el hombre que conocí online? —Se puso de pie—. ¿Fue todo una fachada? ¿Es algún tipo de juego donde invitas a salir a mujeres, les dices cosas sexys que probablemente has leído en internet, luego haces que se desnuden sabiendo malditamente bien que no sabes cómo follar?

—Definitivamente sé cómo follar. —Entrecerré los ojos en dirección a ella—. Simplemente no tengo ganas de follar *contigo*.

—No puedo... no puedo creer... —Su mandíbula cayó—. ¡Eres un jodido imbécil!

—¿Imbécil? Sí. ¿Jodido? Desafortunadamente, no. ¿Puedes asegurarte de que la puerta esté completamente cerrada cuando salgas?

Se puso el vestido y recogió su bolso. —Voy a poner un indicador al lado de tu perfil en Date-Match. ¿Y sabes qué más? También voy a dejar un comentario sobre nuestro encuentro. Voy a asegurarme...

—¿Normalmente hablas cuando te vistes? —la interrumpí y me senté en la cama—. Estoy bastante seguro de que es algo que no requiere conversación.

Furiosa, se puso los zapatos y salió corriendo de la habitación, cerrando la puerta de golpe detrás de ella.

Esperé hasta que escuché el sonido del ascensor y me acosté sobre el colchón. Hice mi mejor esfuerzo para pensar en algo o alguien que no fuera Aubrey, pero ella era todo lo que se me venía a la mente.

¿Qué demonios está pasando?

Me quedé mirando el techo durante otra hora, sin poder dejar de pensar en cómo se sintió su boca contra la mía en la oficina esta mañana. Incluso si fue sólo por unos segundos.



Necesitando llegar al fondo de esto; saqué el teléfono de mi bolsillo y la llamé.

—¿Hola? —contestó al segundo timbre—. ¿Hola?

—¿Por qué me compraste ese reloj, Aubrey?

—¿Por qué te importa?

—No lo hace, pero leí la inscripción del reverso.

Silencio.

—Necesito preguntarte algo —dije.

—Sólo si puedo preguntarte un par de cosas primero...

—Adelante.

—¿Cómo puede ser posible que seas tan inflexible acerca de la honestidad cuando no has sido completamente honesto conmigo?

—*He sido completamente honesto contigo.*

—Estoy empezando a creer que tu nombre no es realmente Andrew Hamilton...

—Así que, ¿sigues acechándome y buscando mi pasado en internet? ¿No tienes algún otro pasatiempo?

—¿Quién es *EH*? —Su voz se quebró—. ¿Por qué esas dos letras cuelgan por todas tus paredes? ¿Por qué están grabadas en todos tus gemelos para camisas?

—*Aubrey...*

—¿Qué está pasando contigo y Ava? La vi salir de tu oficina la semana pasada y me sonrió.

—¿Es un mal momento para hablar?

—*Sí.* —Respiraba con dificultad—. Es un muy mal momento. ¿Por qué no cuelgas simplemente y vas al Marriott para que puedas follar a otra persona?

—*Estoy* en el Marriott, y en realidad estaba a punto de follar a alguien más.

Se quedó en silencio durante varios segundos. —No... no quiero saber de ti nunca más, Andrew.

—¿Qué acabas de decir?

—Dije que no quiero saber de ti nunca más. Nunca me llames jodidamente de nuevo. —Colgó.



Punto muerto (s.):

La incapacidad de dos partes para llegar a un acuerdo negociado.

*Traducido por Val_17 & Nikky
Corregido por Alessandra Wilde*

Aubrey

Pocos días después...

Me seguía doliendo el corazón —tambaleándose, y aunque le había dicho a Andrew que nunca me volviera a llamar y que no quería saber nada de él, no podía seguir adelante hasta recibir una disculpa.

Lo necesitaba...

Me sentí mal del estómago después de darle ese reloj, y tontamente esperaba que llamara y digiera, "yo también te amo" pero actuó como si eso no significara nada.

Sin llamar, abrí la puerta de su oficina y la cerré detrás de mí.

Alzó una ceja mientras me acercaba a su mesa, pero no colgó el teléfono.

—Sí, eso estará bien —habló en el auricular.

—Necesito hablar contigo —solté—. *Ahora.*

Hizo un gesto para que tomara asiento, pero siguió hablando. —Sí. Eso funcionará también.

Me senté y cruce los brazos, intentando no mirarlo demasiado duro. Era la perfección absoluta hoy —luciendo más follable que de costumbre con un fresco corte de cabello y un nuevo traje gris de marca. Sus ojos me observaron intensamente como siempre, y me di cuenta de que en realidad estaba usando el reloj que le di. Incluso lo combinó con gemelos a juego.

Tal vez estoy exagerando después de todo...



—Correcto... —Se recostó en su asiento y escribió algunas cosas sobre su teclado—. Te veré a las ocho en punto de esta noche, Sandra. Habitación 225.

Mi estómago cayó.

—¿Algo con lo que la pueda ayudar, señorita Everhart? —Colgó el teléfono—. ¿Hay alguna razón por la cual irrumpió en mi oficina sin llamar?

—¿Te has follado a alguien ya?

—¿Es esa una pregunta seria?

—¿Te has follado a alguien ya? ¿Lo hiciste?

—¿Importaría eso?

—Sí, eso malditamente importaría... —Mi sangre hervía mientras me levantaba—. ¿Te has acostado con alguien más?

—Aún no. —Entrecerró los ojos y también se levantó, acercándose a mí—. Sin embargo, realmente no veo cómo eso es asunto tuyo.

Miré su muñeca. —¿Por qué llevas ese reloj si no sientes lo mismo que yo?

—Es el único reloj que combina con mis nuevos gemelos.

—¿En serio eres tan ciego? —Había lágrimas brotando de mis ojos—. ¿En serio...?

—Te dije hace mucho tiempo que no hago eso de los sentimientos, que si alguna vez fallábamos, ese sería el final de nosotros. —Colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja—. Sin embargo, me doy cuenta de que al cruzar la línea contigo, personal y profesionalmente, un porcentaje de la culpa es mía.

—¿Un porcentaje?

—¿Te gustaría que traiga al contador de la empresa? Estoy seguro de que él puede calcular la cifra exacta.

—Andrew... —Estaba a punto de perderlo.

—Ya que en realidad rompimos los límites, y éramos, de hecho, amigos antes, estoy dispuesto a volver a ese acuerdo.

Sacudí la cabeza cuando él levantó mi barbilla y me miró a los ojos.

—Todavía podemos hablar por teléfono por la noche —dijo—. Puedes hablarme acerca de tu ballet, tus padres, tu vida... Y, para ser considerado con tus sentimientos, voy a hablarte acerca de mi vida, pero voy a dejar fuera a mis ligues de una noche hasta que hayas superado por completo lo que sea que pienses que teníamos.

—Te dije que te que te amaba... —Las palabras se precipitaron de mi boca.



—Te dije que no deberías.

—Realmente no puedes ser una persona tan insensible y fría, Andrew...

—¿Qué quieres que te diga, Aubrey? —Su tono cambió—. ¿Que tu coño era tan mágico que me abrió los ojos y me hizo querer cambiar todas mis maneras de ser por ti? ¿Que no puedo vivir ni respirar sin saber que estás a mi lado? ¿Es eso lo que estás esperando que diga?

—No. —Intenté no llorar—. Una simple disculpa por...

—¿Echar tu curioso culo de mi apartamento? —Me miraba fijamente—. ¿Por tratar de evitar que te sientas como lo haces en este momento? *Bien*. Lo siento por no hacerlo antes.

Resistí el impulso de escupirle en la cara y di un paso atrás. Oficialmente lo despreciaba. —No eres para nada el hombre que pensé que eras.

—Bien, porque estoy seguro de que ese hombre es bastante patético. —Cerró los ojos brevemente y suspiró—. Mira, Aubrey...

—Es *señorita Everhart* —siseé mientras caminaba hacia la puerta—. Señorita. Jodidamente. Everhart. Pero no te preocupes, nunca tendrás que preocuparte por usarlo, ya que no me verás otra vez.

Cerré la puerta con tanta fuerza que tembló la ventana al otro lado del pasillo. Ignoré la sospechosa mirada de Jessica cuando irrumpí en el estacionamiento, y aceleré todo el camino hasta el banco.

Retiré cada dólar de mi cuenta de ahorros y llamé a la estación de autobuses del centro —preguntando cuál era la tarifa por un billete de ida a la ciudad de Nueva York.

—Eso sería setenta y nueve con ochenta y seis —dijo la operadora—. Es diez dólares más barato si compra un billete de ida y vuelta.

—No voy a necesitar un billete de ida y vuelta. —Dirigí mi coche hasta el estacionamiento de mi apartamento—. ¿Puede decirme cuándo sale el próximo autobús?

—Esta noche. ¿Le gustaría que reservara ese para usted ahora?

—Ese mismo. —Recité la información de mi tarjeta de crédito de memoria, y escuché mientras ella me contaba acerca de que tenía que dar un paseo por el puente Brooklyn cada vez que tuviera la oportunidad.

Al segundo en qué colgué, conseguí un taxi y le envié un mensaje de texto rápido a mi compañera de cuarto:

Algo ha surgido y tengo que irme lo más pronto posible... voy a dejarle mi mitad de la renta restante a nuestro casero y voy a encontrar una



forma de hacer que me envíen mis pertenencias. Dejo mis llaves bajo esa planta rosa que hay en el cuarto de lavado —Aubrey.

Agarrando dos grandes maletas de mi armario, las llené con todo lo que pude encontrar, y coloqué la carta de recomendación del señor Petrova en mi bolso.

Mientras me escribía un recordatorio a mí misma ("*Ese idiota aún tiene mis bragas... necesito comprar más.*"), llamó mi madre.

—¿Sí? —contesté.

—¿Disculpa, Aubrey? —dijo.

Rodé los ojos. —¿Hola?

—Mucho mejor. —Había una sonrisa en su voz—. ¿A qué hora deberíamos esperarte en The Grove esta noche?

—Ninguna. No voy.

—Ahórrame de tus berrinches, Aubrey. Hay un montón de dinero puesto en esta primera cena. ¿Te gustaría que tu padre y yo te recojamos?

—Dije que no voy. ¿No me oíste?

—Aubrey... —Bajó la voz—. He estado intentando reprimir las últimas semanas, pero ¿sabes qué? Estoy enferma y cansada de que seas tan desconsiderada y egoísta sobre las aspiraciones de tu padre. A ninguno de nosotros personalmente nos importa un comino tus pensamientos sobre la elección, pero ya que eres un miembro de esta familia, exijo que...

—Vete al demonio. —Colgué y continué empacando, incluso más rápido ahora.

Asunto: Taxi.

Señorita Aubrey Everhart,

Su taxi ha llegado a la dirección especificada. Esperará exactamente cinco minutos.

—Taxi Durham Co.

Corrí al baño y llené una bolsa de plástico con artículos de aseo, y luego los puse en mi maleta y me dirigí afuera.

—Estación de autobuses, ¿verdad? —El conductor del taxi, una mujer, sonrió mientras me acercaba.

—Sí, por favor.

Tomó mis maletas y las colocó en el maletero mientras me deslizaba en el asiento trasero. Sentí mi corazón dolorido con cada segundo que pasaba, y por



más que intenté bloquear los pensamientos sobre Andrew, imágenes de su rostro se infiltraron en mi cerebro de todos modos.

Estaba imaginando la última noche completa que pasamos juntos, la noche antes de que me echara de su apartamento, y sin importar lo duro que traté de darle sentido a lo que sucedió la noche siguiente, no pude. Todo lo que pude hacer fue llorar.

Mi teléfono vibró contra mi rodilla y lo volteé, esperando ver el nombre del señor Petrova, pero era Andrew.

— ¿Hola? —contesté.

— ¿Qué estás haciendo?

— Tengo practica de ballet los miércoles... ¿No deberías saber eso ya?

— Si estuvieras realmente en la práctica de ballet no contestarías tu teléfono.

Silencio.

— ¿Aubrey? — Sobaba preocupado—. ¿Estás llorando?

— No —mentí, subiendo el volumen de la radio de mi coche.

— ¿Qué está mal?

— Nada. Acabo de decir...

— Para jodidamente de mentirme, Aubrey —dijo—. ¿Qué está mal contigo?

— Me enviaron a casa de la práctica de hoy.

— Está bien. ¿Y?

— No hay un "Y" en esto... —Lágrimas brotaron de mis ojos—. Nunca he sido enviada a casa antes. Me hizo sentir como una mierda hoy. Incluso le dije a la suplente que se preparara para tomar mi lugar justo enfrente de mí, y luego me dijo que no volviera hasta la próxima semana...

— Te he dicho la razón por la cual él hace eso. ¿Por qué no me crees?

— Porque realmente estuve mal hoy —admití—. Mis pies están hinchados y no los vendé correctamente, por lo que estuve fuera por un octavo de la cuenta la mayor parte del día...

Suspiró. —Estoy seguro de que estuviste diez veces mejor que todos los demás. ¿No crees?

— No...

— Confía en mí. Estoy bastante seguro de que él solo...

— ¿Puedo ir esta noche? —le interrumpí, esperando un sí, pero todo lo que oí fue silencio. Sabía que empujé mi suerte el primer par de noches que pasamos juntos, pero no quería una cosa ocasional. Quería más.



— ¿Vas a darme una respuesta, Andrew?

— Sí — dijo —. Puedes venir. ¿Dónde estás?

— Afuera de tu puerta.

La abrió segundos después y me miró de arriba abajo, levantando su ceja. — Te habría pasado a buscar.

— Casi te pedí...

Agarró mi mano y me llevó dentro, manteniendo sus ojos fijos en los míos. A medida que la puerta se cerró, me tomó en sus brazos y sacudió su cabeza hacia mí.

— ¿Qué estás haciendo, Aubrey?

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Por qué sigues insistiendo en romper cada regla que tengo?

— ¿Por qué sigues dejándome?

Sin decir una palabra más, sus labios estuvieron sobre los míos y sus manos se deslizaron alrededor de mi cintura — desabrochando hábilmente mi falda, empujándola rápidamente hacia el suelo.

Sus manos rozaron mi trasero, buscando mis bragas, pero no había ninguna.

— Recuérdame devolvarte tu colección. — Se rio en voz baja y me llevó hasta el sofá.

Me soltó la mano y luego se sentó en el suelo, mirándome. Desabrochando su pantalón, sacó un condón y lentamente lo hizo rodar por su polla.

Empecé a inclinarme para poder sentarme a su lado, pero agarró mis muslos.

— Detente — dijo —. No quiero que te sientes en el suelo.

— Está bien. — Miré por encima de mi hombro —. ¿Quieres que me siente en la mesa de café?

— No... — Arrastró sus dedos por mis piernas —. En mi rostro.

— ¿Qué?

— Pon tu coño en mi rostro.

Me detuve, muda — incapaz de procesar lo que acababa de pedirme que hiciera.

Sonriendo, me acercó y me dio un golpecito en la pierna izquierda. — Levanta esta por encima del cojín que hay detrás de mí, me ordenó con los ojos, y lentamente levanté mi pie y lo puse en el cojín.

— Buena chica. — Pasó las manos a lo largo de la parte interna de mis muslos, colocando besos en mi piel —. Agarra mi cabello...



Mis manos encontraron el camino hasta su cabeza cuando deslizó dos dedos dentro de mí, mientras lentamente los movía dentro y fuera.

Lanzó su lengua contra mi clítoris y gemí. —¿De verdad vas a seguir mis instrucciones hoy?

—Sí...

—Necesito que estés lo más quieta posible. —Una de sus manos ahuecó mi culo, palmeándolo mientras continuaba estirando mi coño con sus dedos—. ¿Puedes hacer eso?

Asentí, dejando escapar un suave gemido de mi boca.

—¿Eso es un sí? —No me dio la oportunidad de responder. Recorrió mi hinchado clítoris con su boca, haciendo que mis rodillas se doblaran instantáneamente por debajo de mí.

Cerrando los ojos, grité mientras agarraba mis caderas y me mecí ligeramente contra su boca —lamiendo cada parte de mí con su lengua, lamiendo cada gota.

—Andrew... —Apenas podía escuchar mi propia voz—. Andrew...

Mi pierna derecha perdió su agarre del suelo y casi cayó hacia adelante, pero me agarró y me mantuvo quieta —sin alejar su boca.

Tiré de su cabello con fuerza, rogándole que redujera la velocidad, que me dejara intentar controlar el ritmo, pero fue inútil.

Siguió follándome con su boca, ignorando todos mis gritos.

Mientras mis caderas se sacudían y los temblores comenzaban a atravesar mi cuerpo, envolvió sus brazos alrededor de mis piernas y lentamente me movió, bajándome sobre su polla.

—Ahhhh... —Respiré mientras se enterraba centímetro a centímetro—. Yo... yo...

—Tú, ¿qué? —Me besó la frente una vez que estuvo completamente dentro de mí—. ¿No me quieres montar de esta manera? ¿Preferirías que me inclinara sobre ti?

Sacudí la cabeza, y él cubrió uno de mis pezones con la boca, girando la lengua alrededor hasta que se endureció.

Sin que me lo dijera, envolví mis brazos alrededor de su cuello y me moví de arriba abajo sobre su polla.

—Más fuerte... —Me mordió el cuello—. Quiero que me folles tan duro como yo te follo...

Sacudí mis caderas contra las suyas una y otra vez, tan fuerte como pude, pero me agarró y comenzó a empujar sus propias caderas hacia arriba desde el suelo.

—Andrew, voy a co... —grité cuando se hizo cargo por completo—. Voy a...



Golpeó mi culo cuando mi cuerpo finalmente cedió, mientras el suyo también lo hacía.

Sin aliento, me apoyé contra su pecho, pero no me dejó descansar mucho. Me sacó de su regazo y se levantó, alejándose para tirar el condón.

Cuando regresó a mí, me levantó en sus brazos y me llevó a su habitación, bajándome suavemente sobre las sábanas.

Rodé hacia el lado de la cama que prefería —el lado de la ventana, y esperé a que se acostara junto a mí, pero no lo hizo. Se sentó cerca del borde de la cama y puso mis pies en su regazo.

Estaba demasiado cansada para preguntarle qué hacía, y lo siguiente que sentí fue un cálido y relajante líquido goteando sobre mi piel. Entonces sentí sus manos extendiéndose lentamente alrededor de los lugares donde más me dolía la hinchazón.

Gemí cuando sus dedos masajearon mis talones, dije su nombre mientras sus dedos acariciaban cada punto sensible.

—Shhh —susurró, haciendo que me callara mientras seguía aliviándome.

Cada pocos minutos me miraba y preguntaba—: ¿Te gustaría que me detenga?

Meneé la cabeza y mantuve los ojos cerrados, disfrutando cada momento de esto.

Después de lo que se sintieron como horas de felicidad, después de que me había dado el mejor masaje de pies que jamás había tenido, se subió a la cama junto a mí y me tiró contra su pecho.

—Buenas noches, Aubrey —susurró—. Espero que te sientas mejor.

Eufórica, entrelacé los dedos por su cabello. —¿No vas a insistir en llevarme a casa esta noche?

—No, a menos que sigas hablando —gruñó—. Duérmete...

—Gracias por el masaje de pies... eso fue realmente...

—Deja de hablar, Aubrey. —Me puso encima de él—. Duérmete.

—Solo estaba diciendo gracias. ¿No puedo decir gracias?

—No. —Presionó sus labios contra los míos y me besó hasta que no pude respirar, diciendo—: No me hagas follarte hasta que te duermas—, en medio de respiraciones.

Intenté darme la vuelta, pero su agarre era demasiado fuerte.

Sonriendo, coloqué mi cabeza contra su corazón y susurré—: ¿Puedes oírme? ¿Estás durmiendo?

No hubo respuesta. Solo profundas y somnolientas respiraciones.

Dudé por unos segundos. —Te amo...



Riesgos previsibles (s.):

Un peligro que una persona sensata debería anticipar como el resultado de sus acciones.

Traducido por Snow Q

Corregido por Melii

Andrew

—¡Jessica! —Miré la taza de café que parecía ligeramente normal en mi escritorio.

—¿Sí, señor Hamilton?

—¿Podrías pedirle a la señorita Everhart que venga aquí, por favor? —Necesitaba ver su rostro.

Había estado evitándome toda la semana, y si todo lo que tenía que decir era “lo siento” —sin importar si de verdad lo sentía o no, valía la pena. Echaba de menos ver su boca seductora en las mañanas, recordar cómo se sentía presionada contra la mía.

—Lo haría —dijo Jessica—, pero teniendo en cuenta que entregó su carta de renuncia la semana pasada, estoy segura de que eso será imposible.

—¿Renunció?

¿Sin decírmelo?

Jessica arqueó las cejas. —Sí. También le di la carta que dejó. Era bastante interesante.

—Nunca recibí la carta.

Se acercó a mi escritorio y rebuscó en el desorden.

—Aquí está —dijo—. Le dejó dos cartas... ¿Algo más?

—No...

Ladeó la cabeza y tocó su labio como si quisiera decir algo, pero sonrió y abandonó la habitación.



Asegurando la puerta, abrí la primera carta con prisa y la leí.

Querido GBH,

Muchas gracias por contratarme como pasante. Obtuve mucha experiencia trabajando para ustedes y estoy honrada por todo lo que aprendí. Sin embargo, debido a razones personales, me retiraré a partir de hoy.

Me disculpo por la poca anticipación, y deseo que su firma continúe teniendo éxitos en sus proyectos futuros.

—Aubrey Everhart.

Suspiré y abrí la otra carta que iba dirigida directamente a mí.

Querido señor Hamilton,

JÓ.DE.TE.

—Aubrey.



Denegar (v.):

Rechazar la objeción de un abogado a una pregunta de un testigo de admisión de pruebas.

Traducido por ElyCasdel

Corregido por Beatrix

Aubrey

La ciudad de Nueva York era un universo completamente diferente. No era nada como lo esperaba, y a la vez todo lo que quería.

Las aceras se hallaban persistentemente abarrotadas de gente que iba apresurada a algún lado, las calles eran océanos de taxis, y la cacofonía de sonidos: los gritos de los vendedores de la calle, el retumbar del metro por debajo, las interminables conversaciones entre los ejecutivos, ocasionalmente se mezclaba en una melodía casi placentera.

De todas formas, no era como si tuviera demasiado tiempo para escucharlo.

Al segundo en que llegué a Nueva York la semana pasada, me registré en un hotel barato y me apresuré a registrarme en las audiciones del NYBC.

Cada día de la última semana, salía de la cama a las cuatro de la mañana y me dirigía al Lincoln Center para aprender la pieza de la audición requerida, la coreografía más difícil que había afrontado en mi vida.

Era más rápida, más variable, y los instructores se rehusaban a mostrarla más de dos veces al día. No había conversación más allá de los conteos del tiempo, tampoco se permitían preguntas. Encima de todo, el pianista de la compañía solo elegía tocar la música de acompañamiento en velocidad acelerada, nunca ralentizando para hacer el proceso de aprender más sencillo.

Había cientos de chicas rivalizando por un lugar en la compañía, y de lo que reuní de conversaciones aquí y allá, la mayoría ya eran profesionales.

Pero no dejé que eso me disuadiera.



Cuando las agotadoras prácticas terminaban, tomaba la oportunidad de encontrar un nuevo lugar en la ciudad para bailar sola: Una terraza con vistas al Times Square, una tienda histórica abandonada en la parte más alta del lado este, o frente a la ventana de la librería en West End.

A pesar de mi inmediato amor por esta ciudad, no era suficiente para distraerme de mi corazón roto. No era suficiente para distraerme del hecho de que hoy, el día de la audición oficial, iba tarde.

Sudando, salí del metro y corrí por la calle sesenta y seis —no prestando atención a mis pulmones ardientes.

Sigue adelante... Sigue adelante...

Un hombre a mi izquierda salió de un taxi e inmediatamente entré.

—¡A Lincoln Center, por favor! —grité.

—Está justo al final de la calle. —El conductor me miró por el retrovisor, confundido.

—¿Por favor? Ya voy tarde.

Se encogió de hombros y se alejó mientras intentaba establecer mi respiración.

Sin querer desperdiciar el tiempo, saqué mi tutú negro de mi bolsa y me lo puse sobre los muslos. Saqué mi maquillaje y lo apliqué lo mejor que pude, mientras nos acercábamos al bordillo, lancé un billete de diez dólares al conductor y salí del auto.

Apresurándome dentro del edificio, me dirigí directamente al teatro, aliviada al ver que uno de los directores seguía afuera.

—¿Sí? —Me miró de arriba abajo mientras me acercaba—. ¿Puedo ayudarla con algo?

—Estoy aquí para las audiciones.

—¿Para las audiciones de las *nueve en punto*? —Miró su reloj—. Son las nueve y cuarto.

—Lo siento... llamé hace una hora y dije...

—¿Su primer taxi se descompuso? ¿Era usted?

Asentí.

Me estudió otros segundos, frunciendo los labios. Luego abrió la puerta. —Puede cambiarse a sus blancos en los vestidores. Apresúrese.

La puerta se cerró detrás de mí antes de que pudiera preguntar a qué se refería con "(mis) blancos," pero mientras mis ojos estudiaban el escenario, me



di cuenta de que cada bailarina se encontraba vestida con leotardos blancos y tutú a juego.

Mierda...

Mis mejillas se calentaron mientras buscaba mi atuendo. No tenía ropa blanca en mi bolsa. Estaba en casa.

Acercándome al escenario, planté mi bolsa en una silla e intenté ignorar el pavor que se construía en el interior de mi pecho. Solo necesitaba enfocarme en darlo todo durante esta rutina. Eso era todo.

Encontré un lugar vacío en el escenario y estiré los brazos, notando las risas y murmullos que eran lanzados en mi dirección.

Impávida, sonreí a todos los que hacían contacto visual y seguí mi rutina.

—¿Puedo tener su atención, por favor? —La voz de un hombre llegó a través del altavoz—. ¿Pueden dejar todas de estirarse y caminar hasta el borde del escenario, por favor?

Bajé mi bolsa y seguí a la multitud, encontrando un lugar al final.

El hombre que se dirigía a nosotros era un hombre alto de cabello gris con gafas delgadas, y era la definición de la palabra “leyenda”: Su nombre era Arnold G. Ashcroft, y le seguí a él y su coreografía durante años. Era uno de los especialistas más buscados del mundo, pero cuando cayó en las clasificaciones, fue solo ante su rival: Paul Petrova.

—Estamos felices de ver un gran tumulto para esta sesión de audiciones —dijo—. Como saben, debido a una serie de desafortunados eventos, estamos renovando todo nuestro personal. Dicho eso, vamos a mantener la actual agenda de producción como está, lo que significa que estaremos llenando los roles de los bailarines principales, solistas y miembros del cuerpo dentro de los siguientes catorce días.

—Los ensayos van a ser largos y duros, de cuatro a diez, media noche de ser necesario, y no habrá espacio para excusas o... —Me miró de arriba abajo, frunciendo el ceño ante mi atuendo—. *Errores.*

—Esta es la primera de seis rondas. Serán informados de su estado una vez que la música termine, y si son enviados a casa, por favor, no duden en intentarlo de nuevo el próximo año. Veo un montón de fracasos del verano pasado, así que espero que hayan aprendido algo entre entonces y ahora...

—Para esta ronda, haremos una parte de la rutina Balachine en grupos de ocho. Pueden estirar unos minutos, luego comenzaremos.

Le ondeó la mano al hombre que tomaba asiento en el piano, y luego se giró y les dedicó un gesto de pulgares arriba a las tres personas que se hallaban



en los asientos de los jueces. Sonriendo, subió las escaleras del escenario y saludó algunos rostros familiares.

Caminé hacia él y toqué su hombro.

—¿Sí? —Se giró.

—Eh... —Me marchité ante su intensa mirada.

—Buenos días, señor Ashcroft. Mi nombre es Aubrey Everhart y yo...

—*Llegaste tarde.* —Me interrumpió—. También eres la única artista que no usa el blanco obligatorio.

—Sí, bueno... —balbuceé—. Es la razón por la que quería hablar con usted.

—¿Oh?

—Quiero saber si me permitiría ir a casa y cambiarme.

—¿Y por qué permitiría eso, señorita Everhart?

—Para que pueda hacer la audición con el grupo de la tarde y ser juzgada de forma justa. Solo creo que ya he...

—Alto. —Presionó una pluma contra mis labios—. Señoritas, ¿me prestan su atención?

Un silencio inmediato cayó en el teatro.

—Quiero que conozcan a *Aubrey Everhart*. —Sonrió— me acaba de informar de que debido al hecho de que llegó tarde y decidió utilizar el atuendo incorrecto para su audición de hoy, eso es una posibilidad de que se le juzgue injustamente.

La bailarina de enfrente cruzó los brazos.

—Ahora —dijo—. Ya que el mundo del ballet es justo y siempre ha sido sobre abastecer las necesidades de los *no preparados*, ¿hay alguien que tenga un problema si le permito a la señorita Everhart ir a casa, cambiarse y regresar a las audiciones de las seis?

Cada bailarina en el escenario levantó la mano en el aire.

—Eso pensé. —Su tono fue frío—. Si cree que un tutú de color incorrecto va a afectar a lo bien que actúa, debería irse ahora.

Tragué, deseando poder desaparecer.

—Puede bailar en el primer grupo. —Sacudió la cabeza hacia mí y se alejó.

Indiferente ante las suaves risas de las otras chicas, regresé a mi punto inicial en el escenario y estiré una vez más. Intenté bloquear todo lo que fue mal



esta mañana y pretendí que me encontraba en Durham de nuevo, bailando para uno de los mejores directores del mundo.

—¿Señorita Everhart? —Una mujer dijo mi nombre, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Va a tomar su lugar en el centro del escenario con todas las demás, o necesita más tiempo para encontrarlo?

Sonreí a la mesa de jueces y entré en la línea.

La mujer señaló al pianista y tocó la escala SI bemol antes de comenzar la pieza. Mientras sus dedos forzaban las notas, mis brazos se elevaron sobre mi cabeza y lentamente giré sobre los dedos de mis pies, haciendo una mueca cuando la punta de mi zapatilla derecha se rompió.

Ignoré el dolor y seguí la rutina. Terriblemente.

Cada vez que intentaba un salto, caía sin balance y me deslizaba un octavo más de la cuenta detrás de todas las demás. Mis vueltas eran raras, desesperadamente veloces, y mi trabajo de punta era tan agitado que choqué con la chica que había a mi lado.

Avergonzada, murmuré una disculpa y me giré, pero perdí el balance y caí del escenario. Con la cabeza por delante.

50

Ignoré el fuerte ataque de risas de las bailarinas de la audiencia y me levanté, intentando regresar a la rutina.

—¡Alto! —bramó el señor Ashcroft desde el lateral del escenario, haciendo terminar las notas.

Caminó frente a nuestra línea y se paró directamente delante de mí.

—Acabo de mirar su archivo, señorita Everhart. —No parecía impresionado—. ¿Estudió recientemente con el señor Petrova?

Asentí.

—Use sus palabras, por favor.

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Sí, lo hice.

—¿Y realmente escribió una carta de recomendación a su favor?

—Sí, señor.

Me miró con total incredulidad. Sorpresa. —¿Espera que crea eso cuando baila así de rígida? ¿Cuándo se retrasa en cada uno de todos los pasos?

—Sí... — Mi voz era un susurro.



—Bueno... Al menos puede decir siempre que estudió con uno de los más grandes coreógrafos de todos los tiempos. Puede dejar mi teatro ahora.

Mi corazón se hundió. —¿Qué?

—No creo que sea buena para nuestra compañía. Le enviaremos un correo electrónico esta tarde con un link para obtener descuento en entradas para los espectáculos de la temporada.

Una lágrima cayó por mi mejilla; como si pudiera ver que acababa de romperme el corazón, palmeó mi hombro.

—Puedo decir que ha estado entrenando —dijo—. Muy bien. Y puedo ver que tiene potencial, pero no estamos interesados en el *potencial* aquí. Para el resto de ustedes, ¡felicidades! Se ganaron un espacio en la siguiente ronda de audiciones. Ahora, por favor, vacíen el escenario para que nuestro siguiente grupo de bailarinas pueda actuar.

Un ruidoso aplauso surgió de las aspirantes de la audiencia, y sentí que veía mi vida partirse frente a mis ojos. Herida, seguí a las bailarinas a las escaleras laterales, insegura de qué hacer a continuación.

Agarrando mi bolsa, evité las miradas patéticas de las aspirantes y negué con la cabeza.

—Eso solo es para demostrarles —dijo el señor Ashcroft a los otros miembros del jurado, riendo—, que incluso Petrova elige trapos a veces.

Me giré.

Enfadada, recorrí los escalones hacia el escenario y tomé asiento en la línea blanca. Me desabroché mi zapatilla derecha y preparé otra, doblándola hacia atrás y hacia adelante hasta que se sintió bien.

—Puede cambiarse los zapatos en el baño, señorita Everhart —me reprendió el señor Ashcroft—. El escenario es para artistas reales. O ¿Petrova no le enseñó eso?

—Necesito otra oportunidad —dije—. Solo porque no hice bien la pieza Balanchine, no me hace una mala bailarina.

—Por supuesto que no, querida —se burló de mí—. Eso te hace una *bailarina fracasada*, que actualmente usa mi escenario y chupa tiempo de audiciones de esos que tal vez puedan entrar de verdad en mi compañía.

Caminé hacia el pianista. —*Tchaikovsky, El Lago de los Cisnes*. Segundo acto, escena catorce. ¿Conoce esa pieza?

—Eh... —Parecía confundido.

—¿La conoce o no?



—Sí, pero... —Señaló a otro juez, que ahora se hallaba parado de brazos cruzados.

—¿Podría tocarla, por favor? —Rogué con los ojos—. Solo son tres minutos.

Dejó salir un suspiro y se enderezó, rasgueando las teclas del piano. Sin cuenta regresiva, tocó las primeras notas del concierto y los suaves sonidos hicieron eco en las paredes del teatro.

—Señorita Everhart, está desperdiciando el tiempo de todos... —El rostro del señor Ashcroft se puso rojo mientras me colocaba en primera posición.

Podía escucharlo suspirar y chasquear, podía escuchar a los otros aspirantes murmurando, pero mientras giraba por el escenario y pasaba de un arabesque a un grand jete, sus charlas pararon.

Las notas se hicieron más largas, oscuras, mientras la canción progresaba, me aseguré de que cada movimiento de mis manos fuera suave y grácil. Mientras giraba por el escenario y completaba una serie de piruetas perfectas, pude ver al señor Ashcroft frotarse la barbilla.

Antes de saberlo, me encontraba en un trance y bailaba en medio de Times Square, debajo de las luces, y una estrella llenaba el cielo.

Seguí bailando después de la última nota, moviéndome en el último estribillo que la mayoría de los pianistas ignoraban, y terminé inclinándome hacia adelante sobre mi pierna izquierda, sosteniendo la derecha en el aire detrás de mí.

Los jueces me miraron. Sus rostros sin expresión.

—¿Terminó, señorita Everhart? —preguntó el señor Arshcroft.

—Sí...

—Bien. Ahora láguese de mi escenario.

Me puse derecha y me mordí el labio para evitar quebrarme frente a ellos.

—Muchas gracias por la oportunidad... —Agarré mi bolsa y salí del escenario, corriendo por el pasillo hasta el exterior del edificio.

Me detuve frente a un bote de basura y me incliné, esperando el inevitable vómito.

En el fondo sabía que era una buena bailarina, que acababa de bailar con el corazón, y honestamente sentía que merecía una segunda oportunidad.

La idea de fracasar nunca cruzó mi mente cuando me inscribí en esta audición, y la opción de regresar a Durham era demasiado dolorosa de afrontar.



Palpitante y entre lágrimas, sopesé mis opciones: 1) Ir a casa y volver a unirme al programa de baile del señor Petrova. 2) Regresar dentro y decirle al jurado que eran todos unos jodidos idiotas, o...

—¿Señorita Everhart? —Alguien palmeó mi hombro.

Me giré, encontrándome cara a cara con un estoico señor Ashcroft.

—¿Sí? —Me sequé la cara con la manga y meforcé a sonreír.

—Lo que acaba de hacer en el escenario fue grosero, no profesional, y *horrible*. Fue la peor cosa que he visto hacer a una futura bailarina y no lo apreció para nada... dicho eso, llegue a tiempo para la segunda ronda la próxima semana.

Mi mandíbula cayó y no tuve oportunidad de gritar o decir gracias.

Se había ido.

Saqué mi teléfono, ansiosa por contarle a alguien que logré llegar a la segunda ronda, pero no tenía nadie a quien llamar.

Todo lo que tenía eran mensajes enojados de mis padres, toneladas de llamadas perdidas, y sabía lo suficiente como para no buscarlos ahora. Realmente no les importaba un bledo.

Busqué el número de Petrova —esperando haberlo guardado, pero un correo electrónico de Andrew apareció en mi pantalla.

Asunto: Tu Renuncia.

Estuve tentada de abrirlo, pero mi corazón no me dejaría hacerlo. Él era la principal razón de que volara hasta aquí, no lo necesitaba entrometiéndose en mi nueva vida.

Borré su mensaje y decidí que no iba a pensar más en él. Todo lo que importaba ahora era el ballet.



Meses después...



Impugnación (s.):

Evidencia presentada para contrarrestar, refutar, o contradecir la evidencia o presunción de la oposición o del argumento legal correspondiente.

Traducido por Janira

Corregido por Lucero Rangel

Andrew

Meses después

El otoño llegó y se fue, llevándose los cambios de las hojas y el atardecer ámbar con él. Los nuevos internos llenaron las posiciones de GBH, nuevos casos y clientes abarrotaban las agendas, y mientras el invierno envolvía la ciudad, una cosa quedó clara: Durham se hallaba solo a un paso en la escala de mierda en comparación a la ciudad de Nueva York.

Por lo menos cuando se trataba del invierno, de todas formas.

Este era el invierno más frío que había experimentado la ciudad, y ya que era una ciudad sureña, no estaban preparados. En la sala del juzgado en la que me encontraba actualmente, se exhibían mantas contra las ventanas en vez del aislamiento adecuado, y de cada enchufe sobresalían calentadores de ambiente.

Había pocos camiones de sal disponibles para controlar las calles heladas, e incluso menos personas que sabían cómo conducir con ese tipo de clima, y por alguna razón, no había disponibles muchas mujeres apropiadas.

—¿Andrew? —El señor Bach me tocó el hombro—. La fiscalía ha acabado con la testigo... ¿Vas a redirigir el interrogatorio? Esa última frase podría haber influido en el jurado.

—Permiso para redirigir, Su Señoría. —Me levanté de la mesa.

La jueza asintió y miré a la mujer que había en el estrado. Estuvo mintiendo entre dientes desde que comenzó el juicio y yo ya había tenido suficiente.

55



—Señorita Everhart... —Me aclaré la garganta—. Quiero decir, *señorita Everly*, ¿cree usted que dejar a su marido en un momento de necesidad fue lo mejor para su empresa?

—Sí —dijo ella—. Y se lo dije durante nuestro primer encuentro.

—No. —Negué—. Me dijo que lo amaba y que su único motivo para dejarlo era que pensaba que no la ama. ¿No es cierto?

—Lo es, pero...

—Así que, debido a que él no dijo que la amaba bajo *sus términos*, porque le dijo que era realmente incapaz de amarla de esa manera, decidió dejarlo. ¿No es así?

—No... Lo dejé porque gastaba el dinero de la compañía en cosas innecesarias y me engañaba.

—¿Alguna vez pensó en *sus sentimientos*? —le pregunté—. ¿Pensó en preguntarse simplemente si su abandono lo afectaría, ya sea que estuvieran en buenos términos o no?

—Estaba... —Ella se estaba viniendo abajo—. Estaba engañándome...

—¿Lo estaba? ¿O simplemente usted quería más de lo que él estaba dispuesto a darle emocionalmente, señorita Everly?

—Por favor, pare...

—¿Es posible que usted pudiera haber inventado todo esto?

—No, nunca. Nunca haría...

—¿Es posible que sea una *jodida mentirosa*?

—¡Orden! ¡Orden! —La jueza golpeó con su mazo y el jurado jadeó.

—Abogado, a mí despacho. ¡AHORA!

Observé caer las lágrimas falsas por el rostro de la señorita Everly. Este caso se encontraba terminado.

Entré en el despacho de la jueza y cerré la puerta. —¿Sí, Su Señoría?

—¿Está jodidamente loco?

—¿Disculpe?

—Acaba de llamar a su propia testigo jodida mentirosa.

Miré por la ventana, viendo que el alguacil le entregaba una caja de Kleenex.

—¿Tiene una receta nueva? —preguntó—. ¿Está bebiendo? ¿Fumando algo más que puros?

—¿Debido a que tengo un mal día en la corte?



—Debido a que ha tenido varios días *malos* en la corte.

—No recuerdo llamar a ninguno de mis otros testigos jodidos mentirosos...

—Gritó objeción durante la lectura de un veredicto.

—Tal vez no me gustó cómo sonaba.

—Tal vez, pero nunca causó un lío en mi corte. —Hizo una pausa—. ¿Alguna vez...? Por favor, vaya a examinarse, señor Hamilton. Realmente odiaría ser la jueza que presida su primera derrota.

Hizo señas para que la siguiera fuera de su despacho. Se sentó en su silla y anunció que el juicio actual se posponía debido a una regla rara sacada a relucir por la defensa, y que seríamos reconvocados en dos semanas.

Aliviado, cerré mi maletín e ignoré el rostro enrojecido de la señorita Everly.

—Señor Bach —dijo ella, mirándome—, realmente me gustaría que ganemos este caso, así que podría, por favor...

—Ya está atendido —dijo, interrumpiéndola—. No se preocupe. —Le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le pidió al señor Greenwood que la acompañara a su coche. Luego se volvió y me miró.

—Andrew, Andrew, Andrew... —sSuspiró—. Creo que necesitas algo de descanso. Me ocuparé de este caso ¿Está bien? El señor Greenwood y yo estaremos en contacto con todos tus clientes que tengan casos en las próximas semanas.

—Exageras —dije—. Es un jodido caso.

—Un jodido caso que te encuentras a punto de perder.

—Yo *nunca* pierdo.

—Lo sé. —Me palmeó el hombro—. Ve a casa. Nunca te has tomado unas vacaciones, de todos modos. Quizá es lo que necesitas ahora.

—No —Agarré mi maletín—. Te veré en la asesoría Reber, mañana en la mañana.

Me llamó, pero lo ignoré. Volví rápido a GBH, preparado para sumergirme en más trabajo. Últimamente evitaba mi apartamento tanto como era posible; apenas podía soportar estar allí.

Condones sin abrir se alineaban en mi bar, un recordatorio de cuánto tiempo había pasado desde que tuve un coño, botellas de licor vacías ocupaban todos los marcos de mis ventanas, y mi colección de puros cubanos se había terminado hace tiempo.



—¿Se encuentra bien, señor Hamilton? —me preguntó la secretaria principal, mientras atravesaba las puertas de la firma.

La ignoré. Demasiadas personas me hacían esa pregunta últimamente y me encontraba cansado de oírla.

Me encerré en mi oficina y arranqué el cable del teléfono de la pared. No necesitaba ninguna distracción.

Por el resto de la mañana, revisé mis archivos en absoluto silencio, ni siquiera contesté los correos electrónicos de mis propios clientes.

—¡Jessica! —La llamé una vez que el reloj marcó el mediodía—. ¡Jessica!

—¿Sí, señor Hamilton? —entró inmediatamente.

—¿Hay alguna razón por la que decidiste repentinamente dejar de organizar los archivos de mis casos por fecha? —Deslicé una carpeta sobre el escritorio—. ¿Alguna razón por la que decidiste dejar de hacer tu maldito trabajo?

—¿Realmente cree que tengo tiempo para organizar todos los archivos de sus casos por fecha? ¿Sabe cuánto tiempo toma? —Alzó la ceja—. Eso fue idea de la *señorita Everhart*. Le dije que era una pérdida de tiempo, pero supongo que no. Si tengo algunas horas libres entre el caso Doherty la semana que viene trataré de hacerlo.

—Gracias. —Ignoré el hecho de que mi corazón dio un vuelco cuando dijo *señorita Everhart*—. Puedes salir de mi oficina ahora.

Saqué los papeles del archivo y comencé a reorganizarlos. Mientras juntaba todas las declaraciones de los testigos, Jessica se aclaró la garganta.

—La extraña ¿no? —preguntó.

—¿Disculpa? —Mi cabeza se levantó de golpe.

—Aubrey —dijo, sonriendo—. La extraña, ¿no?

No dije nada. Simplemente observé cómo caminaba hacia mí, levantando lentamente los lados de su falda para mostrar que no llevaba nada debajo.

Sonriendo, cogió mi taza de café y tomó un largo y dramático sorbo.

—*Jessica*... —gruñí.

—No tiene que admitirlo. —Dejó caer su culo desnudo sobre mi escritorio—. Pero está claro que no ha sido el mismo por bastante tiempo...

—¿Tus nalgas están tocando mi escritorio ahora mismo?

—Ni siquiera me insulta como solía hacerlo normalmente —dijo ella—. De hecho, extraño eso.

Saqué una caja de toallitas desinfectantes.



—Ya no se queda en su antiguo apartamento, ya sabe. Creo que se mudó.

—¿Qué te hace creer que me importa dónde vive una ex empleada?

—Porque la dirección que me dio para enviar el sobre y la caja roja era la de ella.

—Eso era para un viejo amigo.

—Sí, bueno... —Se bajó de mi escritorio—. Su viejo amigo debe compartir la dirección con Aubrey Everhart porque saqué su expediente de recursos humanos y definitivamente se alojaba allí.

Silencio.

—Eso pensé. —Sonrió—. Así que, como usted y yo somos tan cercanos...

—No somos cercanos.

—Es mi deber como amiga dejarle saber que está realmente descuidándose... —Realmente se veía triste—. No se afeita, viene a trabajar todas las mañanas apestando a alcohol, y apenas le grita a los internos... No he tenido un sueño erótico sobre usted en un tiempo muy largo.

Rodé los ojos y me levanté, limpiando la parte de mi escritorio donde había estado su culo.

—Pero, ya que ahora conozco su secreto sobre Aubrey, puede saber uno de los míos —dijo, bajando la voz—. Algunas veces, en las mañanas, cuando ella le traía el café y cerraba la puerta, me paraba fuera y escuchaba... —Sus ojos se iluminaron—. Y yo fingía que era...

—¿Qué fingías que eras?

—Aubrey —dijo—. Claramente era lo suficientemente buena para que rompieras la regla de “no follo a mis empleadas”. —Caminó hacia la puerta—. Supe en el segundo que empezó a trabajar aquí que te gustaba.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—Por supuesto que no. —Me miró por encima de su hombro—. Pero sé que desde el segundo en que renunció, usted ha sido una sobra de lo que solía ser. Ya tiene que darse cuenta de que ha usado el mismo traje azul durante dos semanas seguidas.

Tomé un gran trago de whisky de la botella, mirando aturdidamente las imágenes que aparecían en la pantalla de mi televisión. Una pequeña rubia



jugaba en la lluvia, pisoteando con sus botas color rojo cada charco que podía encontrar.

— Es hora de irse, Emma.

Hice un gesto de dolor al escuchar el sonido de mi vieja voz, pero continué mirando la escena.

— ¡Cinco minutos más! —rogó con una sonrisa.

— Ni siquiera sabes lo que significa eso. Simplemente me escucharte decir...

— ¡Cinco minutos más! —Riendo, saltó a otro charco—. ¡Cinco minutos más, papi!

— Va a llover toda la semana. ¿No quieres ir a casa y...?

— ¡No! —Pisoteó un charco, otra vez, salpicándome. Y luego sonrió inocentemente a la cámara antes de alejarse, pidiendo que la persiguiera.

No pude soportar ver más. Apagué la televisión y lancé el reproductor de DVD al suelo.

Joder...

Caminando por el pasillo, enderecé los marcos "E" y "H" que colgaban en la pared, esforzándome mucho para no mirar.

No necesitaba prepararme otra bebida esta noche. Necesitaba alguien con quien hablar.

Agarré el teléfono de la mesita de noche, desplazándome por mis contactos, buscando a la única persona que una vez mantuvo las pesadillas bajo control. Aubrey.

Sonó cuatro veces y fue al correo de voz.

— Hola. Te has comunicado con Aubrey Everhart —dijo—. No puedo tomar tu llamada en estos momentos, pero si dejas tu nombre y número, te devolveré la llamada tan rápido como pueda.

El segundo tono sonó y colgué. Luego volví a llamar, solo para escuchar ese pequeño fragmente de su voz. Me dije que no estaba siendo patético por llamarla cinco veces, sabiendo perfectamente bien que no se encontraba allí, pero cuando llamé por sexta vez, contestó.

— ¿Hola? —preguntó—. ¿Andrew?

— Hola, Aubrey...

— ¿Qué quieres? —Su voz era fría.

— ¿Cómo estás?



—¿Qué quieres, Andrew? —preguntó, incluso más fría—. Estoy ocupada.

—¿Entonces por qué contestaste?

—Fue un error. —Terminó la llamada.

Respiré bruscamente, sorprendido de que me colgara. Empecé a escribir un correo electrónico, castigándola por ser tan grosera, pero me di cuenta de que no había respondido a mis últimos tres correos en meses:

Asunto: Tu Renuncia.

Incluso aunque las últimas tres palabras de tu carta de renuncia eran ridículas y nada profesionales, me gustaría aceptar tu oferta para follarte.

Sólo di cuando.

—Andrew.

Asunto: Mi Traje.

Ya que todavía no has recogido tu último pago, ¿debo asumir que es tu forma de hacerme saber que me lo quede y reemplace el traje que arruinaste?

—Andrew.

Asunto: BALLET.

Pasé por tu salón de baile. No te encontrabas allí.

¿También dejaste eso?

—Andrew.

Decidí que tenía que reemplazarla. Rápido.

Agarré mi ordenador portátil de mi mesita de noche y me conecté al LawyerChat, buscando a otra del tipo de Alyssa.

Pasé toda la noche vagando por las salas del chat, contestando preguntas a diestra y siniestra, evaluando las personalidades de las interrogadoras, pero ninguna llamó mi atención. Sin embargo, una mujer que se encontraba registrada como una abogada de alto nivel, con diez años de experiencia parecía prometedora, así que hice clic en su ventana del chat.

—Si tienes diez años de experiencia, ¿por qué necesitas ayuda de este sitio? —Le escribí.

—Nunca se es demasiado viejo para aprender cosas nuevas... ¿Por qué estás aquí?

—Busco un remplazo.



—¿Buscas un empelado?

—No, sólo a alguien con quien pueda hablar y a quien hacer venirse ocasionalmente.

Me bloqueó.

Traté de hablar con algunas otras mujeres, dejando mis verdaderas palabras para mí, pero básicamente sólo querían utilizarme para obtener información. No estaban abiertas para conversar sobre nada más, y ya que LawyerChat había expandido su sitio recientemente, parecía que había una afluencia de estudiantes de derecho usándolo como un tablero de queja sobre sus profesores.

Cerré el portátil y tomé otro trago de mi botella, dándome cuenta de inmediato de que solo había una “del tipo de Alyssa”: Aubrey...

Quizá cometí un error...

Por el rabillo del ojo, divisé un sobre bajo la rendija de mi puerta. No se encontraba allí cuando llegué a casa, y no se encontraba allí hace un par de horas cuando pedí la cena.

Confundido, me acerqué y lo recogí.

Era una citación judicial oficial para atestiguar en una audiencia de Nueva York, pero no estaba dirigida a mi nuevo nombre. Estaba dirigida a Liam Henderson.



Remedio (s.):

Los medios para alcanzar la justicia en cualquier asunto en el que están implicados los derechos legales.

Traducido por Mary Haynes

Corregido por CrisCras

Aubrey

El pájaro de fuego.

Joyas.

El Lago de los Cisnes.

Escribí los roles para los que quería hacer audición en mi agenda, sonriendo mientras pasaba mis manos a través de mi carta de admisión por enésima vez. Tenía diez copias de ella, dos de ellas estaban enmarcadas, siete eran para tener inspiración cuando me sintiera deprimida y una fue para mis padres. (Simplemente no tuve ni el tiempo ni la energía para redactar una carta de “jodidamente te lo dije” para enviarla con ella).

Miré el reloj en mi pared y revisé mi teléfono, tratando de suprimir las mariposas que volaban por mi estómago.

El chico con el que salía ahora, Brian, un compañero de baile en la compañía, se suponía que me llamaría por algo importante de lo que quería hablar.

Desde que lo conocí, había hecho su mejor intento por enamorarme, llevándome a citas entre ensayos, uniéndose a mí cuando bailaba en azoteas y en frías bancas de parques. Era amable, dulce, gracioso y el perfecto ejemplo de lo que significaba ser caballeroso.

Era como el chico lindo en las películas del Viejo Hollywood, del tipo que sostiene tu mano sin ninguna razón aparente, del tipo que te acompaña hasta tu puerta y espera a que estés totalmente dentro antes de irse. Era del tipo



que te besa suave y tiernamente, susurrando que le gustan tus labios, pero sin llevar las cosas más lejos.

En otras palabras, no era nada parecido a Andrew.

Nada parecido.

Aunque sus besos nunca me dejaban jadeando y húmeda, y sus caricias nunca ponían mis nervios en llamas, nunca me hizo sentir como una mierda.

Mi teléfono vibró y miré la pantalla. Brian.

—¿Recibiste las rosas que te envié hoy?

Sonreí, mirando hacia los brotes rojos y blancos sobre mi chimenea.

—Sí. —Envié un mensaje de vuelta—. Muchas gracias. Las amo.

—También coloqué algo más en el jarrón para ti... deberías usarlo para relajarte esta noche. Voy a llamarte cuando salga del ensayo.

—Lo espero con ansias —Añadí una carita feliz al final de mi mensaje y caminé hacia el jarrón, levantando las flores por el tallo. Había un gran paquete de perlas para el baño y pétalos de rosas con una nota escrita a mano atravesando el frente.

La próxima vez que tomes un baño... piensa en mí...

—Brian.

Mi corazón revoloteó y no pude evitar el querer seguir inmediatamente su idea. Me quité la ropa y me dirigí al baño, lanzando las perlas debajo del torrente de agua.

Mientras me soltaba el cabello, subí el volumen del timbre de mi teléfono al máximo y antes de dejarlo, noté un nuevo correo electrónico. Andrew.

Mi corazón casi se salió de mi pecho. Como siempre lo hacía cuando uno de sus esporádicos correos o llamadas adornaban mi pantalla.

Todo en mí me decía que no debía abrirlo, que continuara ignorándolo y lo dejara sentir lo sola y poco apreciada que me sentí hace meses, pero no pude evitarlo.

Asunto: Thoreau & Alyssa.

Alguna vez dijiste que extrañabas cuando éramos Thoreau y Alyssa porque supuestamente te trataba mejor. No creo que te haya tratado diferente. Solo tenía muchas ganas de follarte. Pero cuando nos conocimos en persona, desafortunadamente quise follarte mucho más.

Personalmente nos prefiero como "Andrew y Audrey" porque en una noche como esta, cuando preferiría follarte contra mi balcón hasta que te



vinieras, por lo menos puedo visualizar cómo se siente tu coño y ya no tener que imaginármelo.

Contesta el teléfono...

—Andrew.

Sacudí la cabeza y dejé el teléfono, borrando mentalmente ese mensaje y entrando a la bañera.

Me recosté y dejé que el agua llegara hasta mi pecho, exhalando cuando calentó mi piel.

Se hacía cada vez más fácil evitar pensar en Andrew ahora que hablaba con Brian, pero era difícil tratar de forzarme a olvidar. Aun pensaba en él entrada la noche cuando me encontraba en mi cama, muchas veces deseando que estuviera dentro de mí.

Sin embargo, no iba a volver a él y sus estúpidas costumbres y nunca le permitiría volver conmigo.

Nunca.

Me lavé hasta quedar limpia con una esponja suave, haciendo mi mejor esfuerzo para ignorar el pulso intenso entre mis piernas que siempre venía cuando pensaba en Andrew. Llené una vasija con agua y la vertí sobre mi cabeza, incapaz de dejar de pensar en Andrew lavando mi cabello en la bañera, diciéndome que me colocase debajo del torrente de agua y me agarrase a la pared mientras me sujeta de la cintura y me follaba por detrás.

Mis dedos hicieron su camino hacia mi clítoris mientras lo recordaba inclinándose sobre mí encima del tocador de su baño, diciendo—: Necesito que jodidamente lo tomes... todo ello... —Mientras palmeaba mis pechos y hacia su camino hacia abajo besando mi columna.

Froté mi clítoris en círculos, cerrando los ojos mientras visualizaba sus labios sobre los míos, gimiendo mientras se hinchaba con cada caricia.

—Ahhhh... —Sentí que mis pezones se endurecían mientras el agua se enfriaba y estaba cerca, tan cerca de verme, pero mi teléfono sonó.

¿Andrew?

Inmediatamente me levanté y me envolví en una bata, corriendo a responder, diciéndome que podía tomar su llamada “solo esta vez”.

—¿Hola? —Sostuve el teléfono contra mi oído sin mirar la pantalla.

—*¿Aubrey?* —Era Brian.

—Hola... —Suspiré, tratando de enmascarar mi descontento. —¿Cómo estás?



- ¿Es un mal momento? Suenas un poco molesta.
—No estoy molesta. Solo estaba saliendo de la bañera.
—Oh, muy bien —dijo—. ¿Usaste el kit de relajación que te compré?
—Lo hice.
—¿También pensaste en mí?
—Si... —mentí, sintiéndome un poco culpable. ¿Cómo estuvo el ensayo?

Caminé hasta mi vestidor y me puse una camiseta, escuchándolo relatar las muchas maneras en las que en señor Ashcroft era el diablo personificado.

—Es peor que el señor Petrova. —Me recogí el cabello en una cola de caballo.

—¿Peor que Paul Petrova? —Se rio—. No te creo. He visto el documental de ese hombre, lo he visto hacer llorar a un hombre adulto.

—Bueno, tal vez hace algunos años. No me entiendas mal, aun es grosero y autoritario, pero tiene una capa de dulzura de la cual carece el señor Ashcroft.

—Voy a tomar tu palabra respecto a ello... —Se aclaró la garganta—. ¿Cómo de cansada estás en este momento?

—No tan cansada, asombrosamente.

—Bien... quise hablar contigo esta noche porque necesitaba saber si quisieras intentar algo nuevo en nuestra relación.

—Claro. —Me subí a la cama—. ¿Qué es?

—Sexo telefónico... —Su voz se volvió grave. —¿Alguna vez has hecho eso antes?

Contuve la risa y rápidamente me quité la camiseta, arrojándola al suelo.
—Sí.

—¿Quisieras hacerlo conmigo? ¿Como en este momento?

—Sí. —Agarré mi vibrador de una caja y me metí debajo de las sábanas, contenta de que ya no tuviera que pensar en Andrew para tener un orgasmo—. Sí, me gustaría mucho.

—Bien —dijo— Bueno...

Silencio.

—Bueno, ¿Qué? ¿Brian, estas ahí?

—Lo siento, me estaba quitando los pantalones cortos. —Titubeó—. Así que, ¿qué llevas puesto?

—Nada... estoy desnuda.



—¿Estas desnuda, Aubrey? —Sonaba como si no me creyera— ¿Estás segura de que has tenido sexo telefónico antes? Esta es la parte en la que se supone que me dices que tienes lencería puesta. Trabaja conmigo, por favor.

—Está bien... estoy usando un tanga negro y...

—No, negro no. No me gusta el negro. Intenta con azul, azul marino.

—Está bien, es un tanga azul marino y un sostén azul.

—Sí, eso me gusta más. Ahora, quítate el tanga con una mano.

Me quedé ahí sin hacer nada, sin estar segura de si debía encender mi vibrador o no.

—Ahora, imagínate... —gruñó—, imagínate empalándote con mi polla, tan profundo en tu interior, tan profundo...

Suspiré.

—¿Puedes visualizarlo? —Su voz se volvió ronca— Necesito que lo visualices... y toca tu vagina.

—¿Qué?

—Tu vagina. Tócala.

Me levante y me puse unos pantalones de pijama.

—¿Estás tocándola, nena?

—Ohhh sí... —Tiré un suéter sobre mi cabeza. —Estás rompiendo...

—Voy a acariciarte abajo muy bien con mi lengua, nena. Luego voy a embestirte con mi polla una y otra vez, sin detenerme ni siquiera si dices que no... No puedes decir que no...

Agarré una hoja de papel y la arrugue junto al teléfono. —Ya no puedo escucharte, Brian... la recepción en mi cuarto está fallando... —Colgué en medio de sus jadeos y me desplazé a través de mis correos antiguos, dándome por vencida y leyendo los viejos mensajes de Andrew, el único hombre que me ha hecho verme con palabras...

Sin importar si lo odiaba o no, necesitaba verme y sabía que esta era la única manera...



Estancia (s.):

Un retraso a corto plazo ordenado por el tribunal en los procesos judiciales

Traducido por Mary Haynes

Corregido por Key

Andrew

—¿Señor Hamilton? —La azafata le dio una palmadita a mi hombro—. Todos los otros pasajeros han dejado el avión, señor. Gracias por volar en primera clase y espero que disfrute de Nueva York.

—Lo intentaré. —Me paré y agarré mi portafolio del compartimiento superior.

Traté de evitar venir aquí durante semanas, pero fue en vano. En el segundo que reservé mi billete, cancelé todas mis consultorías y reuniones, pedí una extensión de tiempo en mi caso actual y empaqué una maleta. Solo una.

No necesitaba estar en esta ciudad más de un día y me rehusaba siquiera a testificar. Iba a presentarle un testimonio escrito al juez y a regresar inmediatamente a Durham.

Mientras caminaba por el aeropuerto, me di cuenta de que algunas cosas habían cambiado, pero no tanto como había esperado. La gente aún caminaba a un paso veloz, el aire todavía olía a fracaso y el periódico principal seguía siendo *The New York Times*.

Puse unos pocos dólares en la máquina de periódicos, girando la llave para poder sacar mi copia y luego pasé a la sección central donde se hallaban los artículos de justicia.

Allí estaba. Sección C. La historia que cubría toda la página:

Otra Audiencia en el Actual Juicio de Hart:

Henderson Testificará esta Semana



Le eché un vistazo al artículo, un poco impresionado de que el periodista estuviera escribiendo hechos esta vez y no manchando mi nombre por el placer de hacerlo.

También me di cuenta de que aún no había fotos mías.

Que sorpresa...

—¡Por aquí, señor Hamilton! —Una morena saludaba cuando me bajé de la escalera mecánica—. ¡Por aquí!

Me acerqué y me tendió su mano.

—Soy Rebecca Waters, abogada principal.

—Sé quién es. —Le ofrecí un firme apretón de manos—. ¿Qué tan rápido podemos llegar al despacho del juez?

—¿El despacho del juez? —Levantó una ceja—. Se supone que debo registrarlo en un hotel para que podamos discutir su testimonio... Se supone que usted debe quedarse durante un par de semanas.

—Mi vuelo de vuelta parte en quince horas.

Lucía estupefacta. —¿Solo quiere presentar un testimonio escrito? ¿Después de todo este tiempo?

—Encuentro algo impresionante que sepa cómo escuchar y comprender al mismo tiempo. —Miré mi reloj—. ¿Dónde está el coche con chofer?

Gimió y me condujo por la bulliciosa terminal a través de las puertas hasta el estacionamiento de los autos ejecutivos. Estaba balbuceando sobre lo "importante" que era este caso, cómo sería finalmente cerrar un capítulo en mi vida, pero yo no escuchaba.

Mi mente estaba contando, literalmente, los segundos para que dejara este lugar.

—Buenos días, señor. —El conductor agarró mi bolsa cuando nos acercamos al coche—. Espero que disfrute de su estancia en la ciudad de Nueva York.

Asentí y me metí en el asiento trasero, rodando mis ojos cuando Rebecca se sentó a mi lado.

—¿Podrías al menos quedarte una noche y pensar en esto, Liam?

—¿Cómo acabas de llamarme?

—Lo siento —dijo—, Andrew... quiero decir, señor Hamilton. ¿Podría al menos pensar en ello?

—Lo acabo de hacer.



—Bien. —Sacó su teléfono y miré por la ventana mientras el coche se deslizaba a través de la ciudad.

Me estremecí cuando pasamos una cartelera donde una vez mi antigua empresa mantuvo un anuncio, cerré los ojos cuando pasamos la tienda favorita de juguetes de Emma.

—Señor Hamilton... —Rebecca me tocó el hombro—. Como abogado, estoy segura de que usted sabe cuánto más convincente puede ser un testimonio oral que uno escrito. Le ruego que reconsidere esto.

—Y yo le pido que lo supere. —La miré directamente a los ojos—. Ava y él arruinaron mi vida y no gano ni una mierda por sentarme en una sala de tribunal llena de extraños y explicar el cómo. ¿Quiere un testimonio emocional? Contrate a un estúpido estudiante de teatro para que le lea mis palabras al jurado.

—Las cosas han cambiado. No es como era hace seis años.

—¿Es por eso que *The New York Times* todavía no imprime mi foto?

—No van a imprimir su foto porque piensan que es un idiota. —Se precipitó—. También ganó un enorme y costoso caso contra ellos hace años ¿o lo ha olvidado de repente? Tómese como un cumplido que lo estén mencionando con una luz positiva siquiera. —Arrojó el periódico de ayer en mi regazo—. Incluso publicaron ese artículo. Se ve bastante bien para mí.

Recogió el periódico y me lo acercó a la cara, y antes de que pudiera leer el artículo, dos palabras me llamaron la atención: Aubrey Everhart.

Su nombre estaba al final de la página, mezclado con otros varios, en un hermoso anuncio negro:

La Compañía de Ballet de la Ciudad de Nueva York Celebrará a los Nuevos Miembros del Reparto con una Noche de Gala.

Mañana...

—Yo solo... —Rebecca seguía hablando—. Creo que al menos debería quedarse por una noche, aclarar su cabeza y pensar en esto de verdad.

—Me quedaré hasta mañana.

—¿En serio? —Sus ojos se iluminaron.

—Sí. —Me quedé mirando el nombre de Aubrey de nuevo—. En serio.



Acosar (v.):

Llevar a cabo hostigamiento no deseado y molesto de manera sistemática y/o continua, que a menudo incluye amenazas y demandas.

Traducido por Juli & por CrisCras

Corregido por Mary

Andrew

La fiscal me sacudió la mano por encima del café y el té a la noche siguiente, pestañeando con sus ojos marrones claros.

—Muchas gracias por haber accedido a quedarte durante unas semanas, Andrew —dijo ella—. Vas a ser de gran ayuda en este caso.

—Estoy seguro... —Me puse de pie y me acerqué a la ventana, mirando las calles cubiertas de nieve.

—Tu antiguo compañero ha contratado a los mejores abogados que puede comprar el dinero, y ha pagado las multas y sanciones sufridas durante años, pero creo que podemos finalmente enviarlo a la cárcel con la nueva evidencia que tenemos. Eso, y tu testimonio, por supuesto.

No dije nada.

—No estoy segura de cómo te sentirías respecto a esto, pero... —Se detuvo, y segundos más tarde, se encontraba a mi lado—... ¿Te gustaría que nos pusiéramos al día con todo lo que nos hemos perdido desde que te fuiste?

—¿Disculpa?

Masajeó mi hombro. —Te fuiste de Nueva York y nunca miraste atrás. No llamaste a nadie ni te mantuviste en contacto... Éramos tan buenos amigos, y tú...

—Está bien —la interrumpí, y le agarré la mano para apartarla—. Primero, *no*, no quiero que nos pongamos al día con esta mierda. Me importa poco lo que me he perdido. —La miré de arriba abajo—. Pero teniendo en



cuenta el aspecto de las cosas, no ha sido mucho. Segundo, *sí, éramos* amigos. Tiempo pasado. No llamaste ni te mantuviste en contacto conmigo cuando todo el mundo en esta ciudad desprestigiaba mi nombre, ¿verdad?

Sus mejillas lucían enrojecidas.

—Ni siquiera me llamaste para preguntarme si los rumores eran ciertos, joder. —Señalé la puerta—. Así que, por favor, no creas que sólo porque he estado de acuerdo en ayudar a poner a un imbécil en el sitio al que pertenece, tú y yo somos, o seremos amigos.

—Lo siento mucho...

—Llevas seis años de retraso para eso. —Me di la vuelta—. Voy a estar en la corte cuando se me necesite. Ahora puedes irte.

Esperé hasta que escuché el sonido de la puerta al cerrarse y llamé al chófer de la limusina. —¿A qué hora tengo que dirigirme a la fiesta si quiero estar allí una vez que empiece?

—Ahora, señor.

Colgué y me puse mi abrigo, tomando el ascensor privado del penthouse al vestíbulo. Atravesé corriendo las puertas de salida del hotel, vi el coche en la calle y me acerqué.

—Deberíamos estar allí en unos treinta minutos, señor Hamilton. —Me miró por el espejo retrovisor—. ¿Tiene una cita esta noche en este evento?

—No —le dije—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque si fuera así, iba a sugerirle que nos detuviéramos en el puesto de flores que se encuentra a tres manzanas.

—Podemos detenernos allí. —Miré por la ventana mientras él se ponía en marcha.

Pensé en decirle a Aubrey que me encontraba en la ciudad, o desearle “buena suerte” para su actuación de esta noche, pero no le veía sentido. Además, anoche, en un momento de debilidad, le envié un correo electrónico bastante vago y su respuesta no alentaba a la conversación.

Asunto: Felicidad.

¿Eres feliz con tu vida actual lejos de GBH? ¿Estás persiguiendo tus sueños de ballet por fin?

—Andrew.

Asunto: Re: Felicidad.

Por favor, deja de enviarme correos electrónicos y borra mi número.



Gracias.

—Aubrey.

—¿Señor Hamilton? —El conductor abrió la puerta—. Hemos llegado... ¿Tiene la intención de salir del coche?

—Gracias. —Agarré el ramo de rosas y lirios del asiento y le di una propina, diciéndole que necesitaba que permaneciera cerca, ya que era posible que trajera a alguien más conmigo.

La fila para entrar al lugar rodeaba la manzana, así que pasé a todos y atravesé directamente la puerta principal.

—Disculpe, ¿señor? —Un guía se puso delante de mí de inmediato—. Afuera hay una fila por una razón.

—No me gusta esperar.

—A ninguno nos gusta, señor —dijo, cruzando los brazos—, pero esa es la política de la gala a menos que usted ya tenga una entrada. ¿La tiene?

—Tampoco me gustan esas.

Desenganchó una radio de la hebilla de su cinturón. —Señor, por favor, no me haga llamar a seguridad. Usted tiene que comprar una entrada como todos, y tiene que hacer cola como todo el mundo. Ahora, voy a pedirle amablemente que...

Se detuvo a media frase una vez que le di un fajo de billetes de cien dólares. —¿Sabía que su entrada era para la primera fila, señor?

—Sí. Eso es exactamente lo que dice mi entrada.

Él sonrió y me llevó por el pasillo hacia una sala colosal que contaba con ventanas que iban desde el suelo al techo, lámparas de araña que brillaban tenuemente y suelos de mármol recién pulidos. Cientos de mesas se hallaban cubiertas con manteles, selladas con centros de mesa lujosos de oro y plata, y las letras "NYCB" estaban grabadas en cada menú de la cena y el programa.

No había un escenario formal en esta habitación, sólo una plataforma ligeramente elevada que se encontraba en el centro, con una vista perfecta para todas las mesas de la cena.

—¿Le parece bien este asiento, señor? —El guía señaló a un asiento que se hallaba directamente enfrente de la plataforma.

—Sí, gracias.

—La cena será servida en aproximadamente una hora, los patrocinadores del NYCB serán honrados poco después, y entonces comenzarán los homenajes cortos y la parte de la danza de la gala.



Le di las gracias de nuevo mientras me sentaba. Si hubiera sabido de antemano el orden exacto del programa, no me habría presentado hasta mucho más tarde.

Recogiendo el folleto que había delante de mí, pasé por las páginas... deteniéndome cuando vi la cara de Aubrey.

Su foto fue tomada a medio reír, mientras ella arrojaba su pelo por encima de su hombro y miraba directamente a la cámara. Según la imagen, su cabello era mucho más corto ahora, que apenas le llegaba a los hombros, y sus ojos se veían más esperanzadores y felices de lo que los había visto nunca.

Me quedé mirando la foto larga y fijamente, observando todos sus nuevos cambios.

Las luces de la habitación parpadearon, y surgió un aplauso suave cuando una mujer vestida completamente de blanco subió a la plataforma.

—Vamos a empezar ahora —dijo—. Muchas gracias, señoras y señores, por asistir a la Gala Anual de la Compañía de Ballet de Nueva York. Presentaremos con un gran honor y orgullo a los artistas de esta noche, principales bailarines, solistas y los miembros del cuerpo. Como ya saben, debido a unas cuantas circunstancias desafortunadas, tuvimos que reemplazar a casi el noventa por ciento de nuestro grupo en los últimos meses, pero como siempre, el show debe continuar. Y verdaderamente creo que esta es la mejor generación que hemos tenido en mucho tiempo.

El público aplaudió.

—Nuestra compañía estará presentando varias producciones este año, pero este invierno presentaremos *El Pájaro de Fuego*, *Joyas*, y nuestro favorito, *El Lago de los Cisnes*.

Más aplausos.

—Esta noche, nuestro cuerpo va a presentarse ante ustedes personalmente y realizarán pequeños homenajes como agradecimiento por su continuo apoyo a las artes. Y como siempre, cuando se trata del arte de la danza, por favor, no aplaudan hasta que se haya tocado la última nota. Gracias. —Ella se alejó y las luces se transformaron de un blanco austero a un azul etéreo, y luego se disolvieron en tonalidades fuertes de púrpura y rosa.

Uno por uno, los bailarines salieron, recitando un monólogo corto y bailando al ritmo de una pieza corta de música de piano. Si bien la mayoría de los intérpretes eran entretenidos, algunos me hicieron preguntarme si simplemente se despertaron esta mañana y decidieron probar el ballet por primera vez.

Entre las actuaciones, podía oír los murmullos de la multitud: “¿Están seguros que este es el mejor grupo?”, “Tal vez deberían haber cancelado la



temporada después de ese accidente...”, “Con suerte, van a tener ensayos sin parar hasta que la temporada comience de verdad...”

Un hombre a mi lado murmuraba cómo se perdieron “los buenos viejos tiempos de la compañía” cuando Aubrey subió a la plataforma.

Llevaba un top fino negro y un tutú rosa, y sus labios estaban cubiertos de un profundo color rojo oscuro.

—Buenas noches, Nueva York —dijo—. Mi nombre es Aubrey Everhart, y...

Dijo algo más, algo que hizo que el público aplaudiera más fuerte, pero yo sólo podía concentrarme en lo bien que se veía. Nunca se lo admitiría a nadie, pero mantuve esa foto de nosotros en mi mesita de noche desde que ella se fue, mirando su bonita cara en la noche cada vez que tenía un mal día.

Sin embargo esta noche ella no era “bonita”. Era una jodida belleza.

Su boca dejó de moverse en medio de otra ronda de aplausos de la audiencia, y los suaves sonidos de un piano y un arpa llenaron lentamente la habitación.

Aubrey cerró los ojos y comenzó su rutina, bailando como si fuera la única persona aquí.

Hubo un cambio inmediato en la atmósfera de la gala. Todos los que la observaban estaban completamente comprometidos... cautivados por todos sus movimientos.

De la nada, un bailarín se unió a ella, levantándola y sosteniéndola por encima de su cabeza, girándola por todos lados mientras la música se hacía más agresiva. Una vez que él la dejó en el suelo, los dos concluyeron moviéndose juntos, sonriéndose entre sí e intercambiando miradas que dejaron claro que se conocían demasiado bien.

Al momento en que se detuvo la música, el bailarín la tomó en sus brazos y la besó en los labios.

¿Qué mierda...?

La multitud se puso de pie y aplaudió por primera vez en toda la noche, pero yo permanecí sentado, completamente desconcertado por la mierda que acababa de ver.

—Tal vez no voy a tener que cancelar mis boletos de la temporada, después de todo, ¿no? —El hombre a mi lado guiñó un ojo—. ¡*Bravissimo!*

Entrecerré los ojos hacia Aubrey y su pareja, echando humo mientras él le rodeaba la cintura con un brazo y pasaba los dedos sobre su piel. Le susurró al oído y ella se sonrojó, haciendo que mi presión arterial se elevara a un máximo histórico.



—¡Bueno, qué respuesta! —La directora tomó la palabra—. Gracias, señorita Everhart y señor Williams. Quiero que todos sepan que ellos dos encabezarán la Gala Silver Moon del próximo mes, así que... —Siguió hablando, explicando más sobre el programa, pero sus palabras no tenían sonido para mí.

Me sentía confundido por lo que acababa de ver, inseguro de si la boca de Aubrey había estado en realidad sobre otra persona.

Más bailarines tomaron la palabra, más aplausos, más discursos, y mis pensamientos seguían siendo los mismos. No fue hasta que hablaron los patrocinadores que me di cuenta de que la parte expositora de esta noche había terminado.

—¿Está usted interesado en donar al NYCB? —Una bailarina, todavía vestida con su traje blanco de la presentación, se puso delante de mí—. ¿Le gustaría hacer una contribución?

—Mi *contribución* fue la entrada que compré para esta noche. —Me puse de pie, dejando el ramo de flores detrás, y me fui en busca de Aubrey.

No me tomó mucho tiempo encontrarla.

Usando un vestido plateado bastante sugerente, ella se encontraba en una esquina riendo con su amigo bailarín, y pestañeando mientras le entregaba una copa.

—Disculpe, ¿señor? —Alguien me tocó el hombro.

—¿Sí? —Mantuve la mirada en Aubrey.

—Um, si permanece en la sección posterior al evento, tiene que donar... Es parte de las reglas. Estaba escrito en *negrita*, así que...

—Ten. —Le di todos los billetes que quedaban en mi cartera.

Ella desapareció.

El amigo de Aubrey la besó en la frente y se apartó, dándome la oportunidad perfecta para acercarme, pero ella fue rodeada por un grupo de otros bailarines.

Al parecer, amigos.

Esperé a que terminara su conversación, hasta que ella les dijo que se les uniría más tarde, y luego me puse en marcha.

Cuando se dio la vuelta, puse la mano sobre su hombro... sintiendo que una sacudida pasaba por mis venas. —Buenas noches, Aubrey...

Se le cayó el vaso al suelo y se dio la vuelta lentamente.

—¿*Andrew*? —Dio un paso atrás—. ¿Qué haces aquí?



—¿Importa?

No contestó.

Ninguno de los dos dijimos nada más, y la familiar tensión que siempre existió entre nosotros empezó a solidificarse con cada segundo que pasaba.

Parecía aún más hermosa de cerca, y tuve la tentación de empujarla contra la pared y reconectar, pero me contuve.

—¿Puedo hablar contigo? —le pregunté.

Me miró de arriba abajo.

—Aubrey... —La miré a los ojos—. ¿Puedo hablar contigo?

—No.

—¿Perdón? —Levanté la ceja.

—Dije que *no*. —Se cruzó de brazos—. No, *no* es posible que hables conmigo, y puedes volver al infierno del que viniste.

Ella se alejó y se dirigió a la pista de baile.

Suspiré y la seguí, sujetándole la mano y girándola. —Sólo tomará cinco minutos.

—Eso son cinco minutos más de lo que estoy dispuesta a darte.

—Es importante.

—¿Te estás *muriendo*? —Su rostro se volvió rojo—. ¿Es cuestión de vida o muerte?

—¿De verdad tiene que serlo? —Mi mano acarició su mejilla, silenciándola temporalmente—. Te ves jodidamente hermosa esta noche...

—Gracias. Mi novio también lo cree.

—¿Tu *novio*?

—Sí. Ya sabes, ¿esa persona que no te trata como una mierda simplemente porque le gustas y él te gusta? Interesante concepto, ¿verdad?

No tuve la oportunidad de responder a eso.

La orquesta tocó un repentino acorde muy fuerte que reverberó a través de la sala, y una voz llegó desde los altavoces.

—Damas y caballeros —dijo—. La Orquesta Benjamin Wright ahora hará una interpretación de una de las piezas más veneradas de Tchaikovsky. El tempo de esta canción tiene un ritmo parecido a lo que algunos de ustedes conocen como vals. Por favor, únense a nosotros en la pista de baile para este homenaje clásico...



Agarré su mano y la entrelacé con la mía, asegurando mi mano libre alrededor de su cintura.

— ¿Qué haces? —siseó e intentó apartarse—. No voy a bailar contigo.

Apreté mi agarre a su alrededor. — *Sí vas a hacerlo.*

— Por favor, no me hagas gritar, Andrew...

— ¿Qué te hace pensar que no me encantaría oír eso?

Ella intentó alejarse de mí, pero la sostuve inmóvil.

— Cinco minutos.

— *Tres* —respondió.

— Está bien. — Aflojé mi agarre y la guie con la música—. ¿Eres consciente de que tu novio es una *bailarina masculina*?

— El término correcto —dijo, rodando los ojos—, es *danseur*.

— Es una jodida bailarina... —La llevé a la pista de baile—. ¿Es esto lo que has estado haciendo durante los últimos meses?

— ¿Viviendo mi sueño libre de cierto gilipollas?

— Espero más de ti si vas a salir con otra persona.

— No me importa una mierda lo que esperes —siseó—. Él es todo lo que tú *nunca* serás...

— ¿Por qué te besa en público?

— Es más que eso... Pero está en la lista interminable de cosas que tiene por encima de ti.

— ¿Te hace correr?

— No me hace *llorar*.

Silencio.

La sentí apartándose de mí, pero la sostuve. — ¿Te lo estás follando?

— ¿Por qué te importa?

— No lo hace. Solo quiero saber.

— ¿No hemos tenido una conversación en meses y crees que tienes derecho a saber con quién me estoy acostando?

— Yo no usaría necesariamente el término *derecho*.

— No. — Presionó su pecho contra el mío—. No, no me lo estoy follando, pero ¿sabes qué? Lo haré pronto.

— No tienes razón para hacerlo si estoy yo aquí.



Estalló en carcajadas y retrocedió un paso. —¿Crees que dormiría contigo? ¿En serio?

—Aubrey...

—¿De verdad crees que soy tan estúpida? —Me cortó—. No quiero tener nada que ver contigo, Andrew. No eres nada excepto una musa para un orgasmo, una buena vista para masturbarse, y puede que te eche de menos, pero...

—¿Me echas de menos?

—Echo de menos la *idea* de ti, de lo que podrías haber sido.

—¿No podemos ser amigos?

—No podemos ser nada. —Sus labios se encontraban cerca de los míos.

—¿Por qué encuentro eso difícil de creer?

—No deberías. —Me lanzó una mirada feroz—. Porque para que te prestara atención fuera de este baile, tendría que aceptarte de nuevo.

—Entonces acéptame de nuevo.

—*¡Por favor!* —se burló, pareciendo más enojada de lo que la había visto nunca antes—. Tendrías que suplicarme para que te aceptara de nuevo, Andrew. Jodidamente *suplicarme*...

—Oye, Aubs —nos interrumpió su novio bailarina—. ¿Va todo bien?

—Sí. —Se alejó de mí y le besó en la mejilla—. Todo va mejor que bien.

—¿Quién es tu amigo?

—*Nadie* —dijo—. Solo algún tipo que hizo una donación.

—Gracias por su donación. —Él estrechó mi mano como una mujer y se volvió hacia Aubrey—. ¿Estás lista para ir a casa?

—Más que lista. —Ella tomó su mano y se alejó de mí sin mirar atrás.

Me encontraba de pie en el balcón de mi habitación de hotel, completamente confuso respecto a lo que había sucedido hacía unas horas. Esperaba que Aubrey se marchara conmigo, volviera a mi hotel, así podríamos follar y ponernos al día.

Incapaz de dejar de pensar en ello, le envié un email:

Asunto: Tu Dirección.



Tenemos que terminar nuestra conversación. Dime dónde vives así puedo ir y hablar.

— Andrew.

Asunto: Re: Tu Dirección.

Dudo seriamente que solo quieras hablar. Solo quieres follar. No obstante, estoy bastante segura de que Brian no apreciaría que vengas esta noche.

— Aubrey.

Asunto: Re: Re: Tu Dirección.

Es más que bienvenido a observar. En realidad podría aprender algo.

— Andrew.

Ninguna respuesta.

Ella no respondió durante mucho rato, y cuando finalmente lo hizo, todo lo me envió fue un mensaje de texto:

“Déjame en paz, Andrew. Por favor”.

No podía. Le envié un email otra vez.

Asunto: Padrino.

Compré tickets de temporada nivel oro. Uno de los beneficios es conseguir un tour del miembro del elenco de mi elección. Definitivamente serás tú.

— Andrew.

Asunto: Re: Padrino.

Gracias por esa información inútil. Si me eliges, no estaremos solos, y me aseguraré de que nuestro tour termine a la hora exacta asignada. Ahora, por favor, déjame en paz. Estoy saliendo con alguien que admira mi cerebro más que mi coño.

Tú tuviste tu oportunidad, la jodiste, y no estoy segura de por qué te encuentras en Nueva York ahora mismo, pero realmente no me importa. En serio no quiero saber de ti... Por favor, vete.



—Aubrey

Suspiré y revisé mis contactos. Sabía que ella simplemente estaba siendo difícil y no iba a dejarla tener la última palabra. Presioné el botón de llamada sobre un viejo número y lo sostuve contra mi oreja.

—¿Quién es? —dijo la vieja voz por la línea.

—Necesito una dirección.

—¿Quién es?

—Necesito una dirección. Ahora.

—¿Liam? —Había una sonrisa en su voz—. ¿Eres tú?

—Es *Andrew*. —Rodé los ojos—. ¿Vas a ayudarme o no?

—Bueno, viendo que lo pides tan amablemente... —Hubo un familiar zumbido en el fondo—. Ya sabes, no he tenido noticias de ti desde la última vez que te vi... —Se detuvo y se aclaró la garganta—. ¿Cuál es el nombre?

—Aubrey Everhart.

—¿Sabes qué municipio?

—No —dije—. Pero la dirección no puede tener más que unos pocos meses. Ella acaba de mudarse aquí.

Se quedó en silencio durante un rato, tecleando y tocando botones.

—Encontrado —dijo—. 7654, Quinta Avenida.

A cinco bloques de distancia...

Pensé si debía esperar hasta la mañana o pasarme, pero ya me estaba poniendo el abrigo.

—Fue bueno tener noticias de ti otra vez, Liam... —La voz del viejo hombre me trajo de regreso al presente—. Bueno saber que estás bien y... superando lo que pasó.

—Nunca lo superaré. —Colgué y me dirigí al exterior, haciéndole gestos al conductor para que abriera la puerta del coche.

—¿A dónde, señor Hamilton? —preguntó.

—7654 de la Quinta Avenida.

—Ahora mismo.

Llevó menos de veinte minutos llegar allí, y cuando llegué me quedé mirando fijamente la piedra rojiza durante un rato. Parecía algo que yo habría comprado hace años cuando vivía aquí, algo lejos del presupuesto de una bailarina, así que supuse que sus padres le estaban pagando la renta.



Saliendo del auto, me ajusté el abrigo y caminé hasta su puerta — llamando cinco veces.

— ¡Ya voy! — gritó ella.

La puerta se abrió, pero ella no se encontraba detrás. Era su novio.

— Uhm... — Parecía confundido—. ¿Te dejaste la pizza en el auto o algo?

— No soy un jodido repartidor de pizza. ¿Dónde está Aubrey?

— Depende. ¿No acabamos de verte en la gala? — Cruzó los brazos mientras Aubrey se acercaba a la puerta—. ¿Quién eres?

— Él no es nadie, *de nuevo* — dijo ella, poniéndose de puntillas para darle un beso en los labios.

Él me miró con las cejas alzadas al tiempo que le devolvía el beso. — Mi polla ha estado dentro de cada centímetro de su boca. — Apreté los dientes.

Aubrey jadeó, sus mejillas volviéndose de un rojo brillante. — Lo siento tanto, Brian... ¿Puedes darnos un momento, por favor?

Él miró entre ambos, enojo crepitando en su rostro, pero se alejó.

— ¿Qué demonios quieres, Andrew? — dijo enfurecida—. ¿Qué quieres?

— Hablar.

— ¿Hablar *de qué*?

— De ti y de mí, sobre ser amigos de nuevo...

— Eso nunca jodidamente sucederá. ¿Eso es todo?

— Aubrey...

— ¿Qué te trae por Nueva York, eh? ¿Necesitabas volver y follar a algunas mujeres familiares de Date-Match? ¿Se quedó de algún modo Durham sin coños?

— En realidad se empieza a sentir de esa manera.

Ella empezó a cerrar la puerta, pero la sostuve inmóvil con mi mano.

— Te echo de menos, Aubrey... — La miré directamente a los ojos—. De verdad, y yo... lo siento por echarte a patadas esa noche.

— Deberías. — Su voz era un susurro—. Y si de verdad me extrañas, me dejarás en paz.

— ¿Por qué haría eso?

— Porque eres bipolar. Porque al segundo en que haga demasiadas preguntas, o sugiera algo fuera de tu zona de confort, me tratarás como basura otra vez y prefiero cortar por lo sano ahora. — Se limpió una lágrima de sus



ojos—. Yo era tu única amiga... tu única jodida amiga, y me trataste peor que a cualquiera de las mujeres a las que conocías online. En todo caso, *yo* siento haberte permitido hacer eso alguna vez. Por favor, márchate.

—Aubrey, escucha...

—¿Hay súper pegamento en mi suelo? —Me empujó haciéndome bajar un escalón—. ¿Es por eso que todavía estás ahí de pie?

—Por favor, solo...

—Miente acerca de una cosa, miente acerca de todo, ¿verdad? —Me empujó otra vez—. Tú todavía eres el mayor mentiroso de los dos. Mentir por omisión todavía es mentir.

—¿Puedes por favor calmarte y dejarme hablar sobre esto contigo en el interior?

—Pensé que odiabas las preguntas retóricas. —Cerró la puerta de un golpe en mi cara.



Suposición a priori (s.):

Una suposición que es cierta, sin más pruebas o necesidad de demostrarlo.

Traducido por Jasiel Odair

Corregido por Snow Q

Aubrey

Me desperté a la mañana siguiente hecha un manojo de nervios, completamente aturdida.

No podía creer que Andrew se encontrara en Nueva York, no podía creer que hubiera admitido que me extrañaba en los escalones de mi entrada la noche anterior.

Verlo de nuevo despertó todas mis emociones, y aunque le dije a Brian que Andrew y yo habíamos terminado, pasé el resto de nuestra cita la noche anterior pensando en él.

Él y su perfecto traje. Él y sus perfectos labios que casi se presionaron contra los míos cuando discutimos. Y, vergonzosamente, él y su perfecta polla que sentí endureciéndose en sus pantalones mientras me llevaba a la pista de baile.

¡Ugh!

Me levanté de la cama y le envié a Brian un mensaje de texto. **Hoy es mi día privado con Ashcroft... ¡Deséame suerte!**

Su respuesta llegó de inmediato. *¡Buena suerte, nena! Consigue un poco de café, lo vas a necesitar...*

Deslizándome en la ducha, me regañé a mí misma. —Brian es un amor y es bueno para ti... Puede apear en el sexo telefónico, y puede que no tengas ningún deseo de dormir con él en este momento, pero te trata mejor de lo que nunca has sido tratada antes...



Cuando estuve arrugada y como una ciruela pasa, salí y comprobé la hora.

04:30 a.m.

Tenía veinte minutos para llegar a la estación de metro más cercana y evitar la ira de Ashcroft. Colocándome unos pantalones viejos, agarré mi bolso de ballet y cogí mi abrigo de la barandilla que había en el pasillo. Registré dos veces mi monedero para comprobar que tenía el pase del metro, y cuando abrí la puerta, me encontré cara a cara con un extraño y una taza de café humeante.

—Buena suerte en la práctica de hoy —dijo, entregándomelo—. Esto fue hecho especialmente para usted.

—¿Desde cuándo las tiendas de café hacen entregas a domicilio?

Se encogió de hombros. —No lo hacen.

Me quedé mirando la taza mientras se alejaba, notando que mi nombre se hallaba grabado encima de la crema batida en caramelo, con "Buena suerte" escrito en letra cursiva en la etiqueta.

Era una firma del tipo "movimiento dulce de Brian", y de inmediato me sentí culpable por no darle toda mi atención anoche. Mientras caminaba hacia el metro, bebiendo lo que era sin duda el mejor café que había probado, me prometí darle toda mi atención de aquí en adelante.

Borré todos los viejos textos y correos electrónicos de Andrew, incluso los que había fingido borrar al colocarlos en el archivo. Bloqueé su número, evitando que sus llamadas entraran, y aunque no podía bloquear sus correos, cambié la configuración de mi bandeja de entrada para que pudieran ir directamente a mi carpeta de no deseados.

Cuando por fin llegué a la práctica de la mañana, bailé mejor que lo que jamás había bailado antes...

Más tarde esa noche...

—¿Cómo encuentras el tiempo para tomar el metro justo a tiempo para encontrarte conmigo en la práctica y acompañarme a casa? —Miré a Brian cuando cruzamos la calle—. ¿Dónde encuentras la energía?

—Hago tiempo para todas las cosas que realmente me gustan. —Me besó la frente.

—¿Quieres ver una película este fin de semana? ¿Mi recompensa? Te debo una...



—¿Qué te hace decir eso?

—Todavía me siento mal por la noche de gala y lo que ese tipo de mi pasado te dijo —le respondí—. Lo siento mucho.

—Sin problema. Estoy seguro de que él... —Dejó de hablar cuando nos acercamos a mi casa, señalando al hombre que estaba apoyado en la puerta.

Andrew.

Tomé una respiración profunda mientras Andrew bajaba los escalones.

—Buenas noches, Aubrey —dijo, sonriendo con suficiencia—. Y tu nombre es *bailarín*, ¿correcto?

—Es *Brian*.

—Suficientemente cerca.

Brian se cruzó de brazos. —Podría jurar que la escuché decir que ya no te quería. ¿Por qué no puedes captar la indirecta?

—Porque ella dice cosas que no quiere decir todo el tiempo. —Me miró, encendiendo mis nervios al instante—. Y sé que sólo está enojada conmigo.

—¡Hombre! —Brian dejó escapar un suspiro de exasperación—. Soy su novio, así que claramente ella siguió adelante... Tiene *novio*.

—Honestamente, no me siento amenazado —dijo sin dejar de mirarme—. ¿Recibiste mi café esta mañana?

¡¿Qué?! —¿Eso fue de tu parte? —Mis ojos se abrieron mucho—. Pensé...

—¿Qué café, Aubs? —Brian lució preocupado—. ¿De qué está hablando?

—Andrew... —Negué con la cabeza—. Gracias por el café, pero eso no arregla nada...

—Nunca dije eso.

Un viento frío me envolvió y me sentí atraída por él, literalmente, atraída por él, y di unos pasos hacia adelante. Pero luego retrocedí.

—Estoy con Brian ahora... —Agarré la mano de Brian y lo llevé hasta mi puerta, negándome a volverme a mirar a un Andrew aparentemente herido.

Cerré la puerta y miré por a través de las persianas, notando que él todavía se encontraba allí de pie. Confundido.

—Mira, Aubs... —El sonido de la voz de Brian me llamó la atención—. No creo que esto funcione.

—¿Qué? No, no, no. Por supuesto, funcionará. Esto es sólo un problema menor.



—Creo que tu corazón y tu mente están en otra parte... Creo que siempre lo han estado, en realidad.

—¿En serio? —Me crucé de brazos—. ¿Porque un psicópata de mi pasado se presenta una noche y de repente me quiere otra vez? ¿Eso es lo que te hace pensarlo?

—Eso, y el hecho de que un psicópata me envió hoy un mensaje de texto que decía "*Su coño me pertenece*". Justo ahora acabo de recordarlo...

Suspiré y él se acercó, besando mi frente.

—Si se trata de un problema menor, y él no significa nada más para ti, podemos intentarlo de nuevo en un mes.

—¿Un mes?

Él asintió. —De esa manera lo sabré a ciencia cierta, y nuestro sexo telefónico será dos veces más sorprendente ya que no lo habremos hecho en mucho tiempo... Entonces, tal vez podamos ascender al sexo real.

No dije nada, y él salió de mi casa.

Me asomé a través de las persianas de nuevo, viéndolo desaparecer en la noche, y luego me di cuenta de que Andrew seguía de pie fuera.

Lívida, bajé a pisotones las escaleras y me dirigí directamente hacia él. —
¿Tienes alguna idea de lo mucho que te odio en este momento?

—El odio no es algo que se pueda medir de manera adecuada.

—Acabas de arruinar la única gran relación que tenía en esta ciudad. Acabas de hacer que me dejara.

—Bien —dijo—. Te hice un favor.

—¿Es así como piensas que hablaré contigo de nuevo?

—Parte de ello.

—No va a funcionar. —Presioné mi dedo contra su pecho, haciendo énfasis en cada sílaba—. Te dije que tendrías que jodidamente rogarme, y puesto que sé que no es así como trabajas...

—No sabes cómo jodidamente trabajo.

—¿Vas a acompañarme a la estación de metro cada mañana?

—Tengo un maldito coche.

—¿A acompañarme cuando vuelva de los ensayos?

—La misma respuesta.

—¿Realmente vas a tratarme con un poco de maldito respeto?

Capturó mi cara entre sus manos. —Si me das la oportunidad de...



reasonable
doubt

WHITNEY G.
VOLUME THREE

Di un paso atrás, todavía enojada. —No esperaré de pie.



Omisión (s.):

Dejar fuera inadvertidamente una palabra, frase u redacción de un contrato, escritura, juicio u otro documento.

*Traducido por Annie D
Corregido por florbarbero*

Aubrey

Asunto: Brian-puerta.

No estoy seguro de cuántas veces más voy a tener que pedir disculpas por hacer que tu "novio" te deje, pero de hecho estoy arrepentido. Por otra parte, tal vez debería haber esperado hasta después de que te lo follaras, así podrías estar más agradecida.

— Andrew

— ¡Ugh! — Arrojé mi teléfono a través del cuarto, casi tirando el hermoso jarrón de lirios que me envió ayer.

Desde el asunto "Brian-puerta" de la semana pasada, tuve que enfrentarlo todos los días de alguna manera. Por las mañanas, él personalmente me traía mi café favorito, me acompañaba hasta el bloque donde se encontraba mi parada de metro, y se disculpaba profusamente. A su manera, por supuesto.

Sin embargo, nunca le respondí. Solo sorbía de mi taza y escuchaba.

Tomando asiento en mi sofá, agarré una envoltura de hielo y la puse sobre mis hombros. Estaba contando los días para la noche de apertura, preguntándome cuánto más dolor podía soportar mi cuerpo.

Mis pies lucían irreconocibles con los cortes y ampollas sin sanar. Me dolían los músculos de los brazos sin descanso, y cuando le dije al señor Ashcroft que necesitaba unos minutos extra para estirar mi pierna derecha ayer, dijo: "Entonces necesito sustituirte por una bailarina que no lo necesite."

Me estremecí ante el recuerdo y escuché un golpe en mi puerta.



—¡Voy! —Caminé hasta allí y la abrí, tentada de cerrarla de golpe una vez que vi a Andrew.

—¿Sí? —pregunté.

—La práctica comienza en una hora. Llegarás tarde.

—No debo estar hasta la sesión de la tarde. Gracias por el recordatorio.

—¿Puedo entrar hasta entonces?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Realmente necesito una razón?

—Solo quiero hablar contigo por unos minutos, Aubrey.

—Podemos hacer eso por teléfono.

—Bloqueaste mi maldito número. —Entrecerró sus ojos hacia mí—. Ya he intentado eso hoy. Dos veces.

—¿Lo has intentado con un email?

—Aubrey, por favor... —Realmente lucía sincero.

—De acuerdo. —Mantuve la puerta abierta—. Pero debes irte en cinco minutos, así puedo echarme una siesta.

Él entró y miró alrededor, pasando sus manos sobre las obras de arte que había en los pasillos.

Luciendo un poco impresionado, se frotó la barbilla. —¿Tus padres están pagando por esto?

—No, no he hablado con ellos desde que me fui —admití—. Una bailarina retirada de la compañía alquila todos sus condominios a las nuevas cohortes.

—¿Es caro?

—En absoluto. —Me senté en el sofá—. Es la única manera en que puedo costear vivir en esta parte de la ciudad. De lo contrario, estaría durmiendo en una caja de cartón.

Me miró fijamente durante un rato, sin decir una palabra.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Simplemente ha pasado un tiempo desde que dijiste una oración completa que no estuviera llena de malicia.

—No te acostumbres a eso. —Hice una mueca y coloqué otra envoltura de hielo en mi hombro—. Sólo estoy tratando de hacer tus cinco minutos conmigo memorables.



—Lo serán.

Silencio.

Se acercó y se sentó a mi lado en el sofá. —Obtuviste una A en tu asignación final en GBH.

—¿Me la diste por compasión?

—Te la di porque tu trabajo era el mejor. —Me miró a los ojos—. Aunque, sería mejor sin la nota de “*Para su información: El señor Hamilton solía follarme en su oficina*” que había al final.

Contuve una risa.

—Jessica te extraña, por cierto.

—¿En serio?

—Ella dice que yo era mucho más deseable cuando tú estabas alrededor —dijo—. Y al parecer solía escucharnos tener sexo.

—¿Qué?

—Ya ni siquiera tiene sentido intentar despedirla... creo que me cae bien.

—¿Todos los pasantes aún te odian?

—No. —Sonrió—. Por alguna extraña razón, les comencé a gustar poco después de que te fuiste.

—¿Estas insinuando que tu comportamiento imbécil era culpa mía?

—No. —Él me atrajo a su regazo y quitó la envoltura de hielo—. Estoy insinuando que ya no pretendo que me importan los pasantes cuando mi favorita está perdida.

Me sonrojé y él comenzó a masajear mis hombros lentamente, frotando sus manos contra mi piel.

Cerré los ojos y exhalé, inclinando ligeramente la cabeza hacia atrás en vez de decirle que se detuviera.

—¿Planeas alguna vez aceptar mis disculpas? —preguntó, presionando un beso contra mi cuello.

—No.

—¿Hay alguna manera en que pueda *obligarte*? —Sus dedos frotaron suavemente mi clavícula, aliviando el dolor.

—Podrías decirme la verdadera razón por la que estás en Nueva York... —Lo sentí desabrochar mi sujetador—. Sé que no has venido hasta aquí sólo para verme.

Él besó mi hombro. —Tú *no* sabes eso.



—Lo digo en serio, Andrew.

—Como también yo. —Él presionó sus palmas contra mi espalda, dejándome temporalmente sin habla—. Eres en gran parte la razón por la que sigo aquí, en realidad.

—¿Y la otra parte?

Él inclinó mi cabeza hacia atrás para que le mirara directamente a los ojos. —La otra parte en realidad no importa. —Lucía como si quisiera besarme, pero se contuvo.

En cambio, deslizó sus manos por debajo de mis piernas y me giro de forma que quedé acostada en su regazo. —De nuevo, ¿a qué hora es tu ensayo?

—Cuatro... —Apenas logré decirlo. Sus toques se sentían demasiado bien.

—¿Puedo llevarte? —Suavemente amasó la parte posterior de mis hombros—. Puedo hacerte esto por más tiempo si no tomas el metro...

Asentí y cerré los ojos, cayendo dormida a merced de sus manos

92

Horas después, Andrew se estacionó en el Lincoln Center.

Desabroché mi cinturón de seguridad y lo miré. —¿Vas a estar afuera de la sala de ballet cuando terminé hoy?

—Probablemente.

—¿Con chocolate caliente?

—¿Preferirías algo diferente?

Sonreí. —No.

Se inclinó y colocó un mechón de cabello detrás de mi oreja. —Pensé que hacía lo correcto al echarte esa noche, al alejarte... definitivamente fue un error.

—No voy a regresar contigo simplemente porque digas eso.

—No te pedí que lo hicieras. —Arrastró su dedo contra mis labios—. Sin embargo, me gustaría que consideres perdonarme.

—Pensaré en eso. Solo porque tú...

Sus labios descansaron sobre los míos, besándome, rogándome, diciendo todas las cosas que no podía decir con palabras. Y esta vez lo escuché, extrañando todo lo que alguna vez tuvimos antes de que él me alejara.

Sin dejarme ir, pasó sus dedos a través de mi cabello y acarició mi cuello.



—Ve y piensa sobre eso —susurró, alejándose lentamente de mí.

—Um... —Luché por recobrar mi aliento cuando él salió para abrir mi puerta.

—Te veré esta noche. —Besó mis labios antes de dejarme parada en el medio de la calle, completamente sin aliento de nuevo.

Mierda...

Me dirigí hacia la sala de baile, confiada en que bailaríamos como si estuviera en el aire hoy. Abrí las puertas y sentí a alguien agarrando mi hombro por detrás.

—¿Aubrey? —preguntó la voz—. Aubrey, ¿eres tú?

Me di la vuelta, sorprendida. —¿Mamá? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo quería verte...

Noté el broche en su traje “Vota Inteligente. Vota Everhart” y supe que eso no era cierto. Se hallaba en la ciudad por algo que tenía que ver con la campaña de mi padre; yo era sólo una parada.

—Bueno, ahora que me has visto... —Me di la vuelta y me deslicé dentro del edificio.

—Espera, Aubrey. —Me siguió—. ¿De verdad crees que mudarte al otro lado del país era la mejor manera de obtener la atención de tu padre y la mía?

—No dejé Carolina del Norte para llamar su atención.

—Bueno, ciertamente la tienes.

—Y mira, sólo tomó veintidós años...

Ella suspiró. —Hemos decidido hablar con el jefe de departamento acerca de que se te permita continuar donde lo dejaste durante el semestre de verano. Podemos hacer eso, ya que estás tan molesta por ser parte de la campaña.

—No estoy molesta. Sinceramente, no me importa.

—Por supuesto que sí. —Sonaba ofendida—. Pero si te hace sentir mejor, colocamos una foto tuya en uno de tus ballets en nuestro folleto de la campaña.

—¿Hiciste eso para que pareciera que en realidad se preocupan por las artes de la universidad?

—No, nosotros donamos cincuenta mil dólares para el programa de baile de Duke para que realmente parezca que nos preocupamos por las artes de la universidad. La imagen del folleto era *personal*, aunque hubiera sido aún mejor si hubieras escrito ese ensayo que te suplicamos que escribieras. Podríamos haber puesto eso al lado de la imagen.



Sentí una punzada en el pecho. —¿Cuando sale tu vuelo, madre?

—¿Disculpa?

—¿Cuándo sale tu vuelo? —repetí, mi voz quebrándose—. Estoy bastante segura de que es en tres horas o menos, así no tendrás que pasar un día entero aquí, entonces podrás volver y decirle a papá que intentaste convencerme de volver a casa después de haber cumplido tu trabajo de campaña. Estoy segura de que eso es todavía todo lo que te importa.

Se quedó en silencio.

—Me fui de Durham porque voy a vivir aquí durante al menos tres años, lo cual es la duración de mi contrato con la compañía, donde voy a estar persiguiendo mi sueño real. Y debo decir, es sólo un extra no estar en cualquier lugar cerca de ustedes.

Ella jadeó.

—Ten un buen vuelo. Dile a papá que dije hola.

—¿Solo vas a dejarme parada aquí?

—Tú me lo has hecho toda mi vida. —Dejé el edificio. Estaba demasiado molesta y herida como para concentrarme.

Le envié un mail a Ashcroft, dejándole saber que me tomaría el día por enfermedad, y me dirigí a la calle.

—¡Aubrey! —gritó mi madre desde atrás, pero seguí caminando—. ¡Aubrey, espera!

Finalmente me alcanzó y agarró mi brazo. —Puedo perder mi vuelo...

—¿Y por qué querrías hacer eso?

—Para poder pasar tiempo con mi hija antes de que olvide que existo...

Contuve las lágrimas.

—Puedo quedarme aquí durante unos pocos días y podemos ponernos al día en medio de tu programa de baile —dijo—. Haré que tu papá también venga. ¿Eso está bien contigo?

—Eso estaría perfectamente bien... —Asentí, pero luego me di cuenta—. Sin embargo, nada de la campaña.

—Hecho.

—Sin hablar tampoco acerca de mi regresando a la escuela de leyes.

—También puedo vivir con eso. —Asintió.

—Y sin hablar mierda sobre el ballet.



Vaciló, pero asintió de nuevo. —Está bien, está bien. —Me abrazó—. ¿Nos puedes llamar un taxi para que pueda reservar una habitación en el Four Seasons?

—¿Por qué? Puedes quedarte en mi casa.

—Oh, por favor. —Deslizó un par de gafas de sol sobre sus ojos—. Investigué cuánto ganan las bailarinas profesionales. Sé qué tipo de apartamento puedes costear en esta ciudad, e hija o no, me niego.

No quería reír, pero no pude evitarlo. Sabía que arreglarnos sería un proceso largo, pero me encontraba dispuesta a darle una oportunidad.

Se acercó a un quiosco de revistas y yo estiré mi mano para llamar a un taxi.

—Oh, *The New York Times* siempre escoge los mejores casos para cubrirlos. —Ojeó a través del periódico—. Hay un tremendo juicio esta semana.

—¿Criminal o corporativo? —pregunté cuando un taxi pasó de largo.

—Ambos —dijo—. De hecho conozco a este tipo. Bueno, sé *de él*, de cualquier modo... un abogado absolutamente increíble...

—Nunca vamos a conseguir un taxi a este ritmo. —Sacudí al cabeza al ser ignorada de nuevo.

—Dudo que alguna vez consiguiera el reconocimiento por ese caso del gobierno...

—¿De qué estás hablando?

—Liam Henderson. —Sostuvo el periódico enfrente de mí, apuntando a un artículo sin imagen—. ¿Recuerdas? Él está en la lista de tu papá y en la mía de los abogados a los que nunca se les dará el crédito que merecen porque iban en contra del gobierno. Este tipo era tu favorito, creo.

—Oh, sí. —Me acordé—. Así que, ¿por qué está en el periódico ahora? ¿Lo arruinó porque no recibió su fama merecida? ¿Está en problemas?

—No, parece que acaba de testificar en un caso. El artículo afirma que ha estado viviendo en el sur e incluso se asoció en alguna firma, pero eso no puede ser verdad. Cualquier firma allí estaría presumiendo si lo tuvieran, y no he escuchado nada.

—Estoy segura de que lo harían. —Finalmente llamé a un taxi—. Podemos irnos ahora.

—Sin embargo, es muy extraño. —Se dio golpecitos en el labio—. En toda su carrera, nunca he visto una foto de él —tal vez una o dos, pero eran imágenes guardadas de su época universitaria. Estoy segura de que luce diferente ahora.

—Mamá —dije, abriendo la puerta del auto—. El taxi cobra por cada minuto.

—Ahora bien, el artículo afirma que ha estado viviendo en Carolina del Norte con un nombre falso los últimos seis años. Pero, por supuesto, no revelan *ese* nombre. Necesitan obtener mejores investigadores, ¿no te parece? ¿Cómo puede lograr un abogado de ese status cambiar su nombre, cambiar de estado y todavía practicar leyes? —Me entregó el periódico mientras entraba en el taxi—. Tendría que borrar toda su identidad y empezar de nuevo. ¿Quién haría algo así?

Di un grito ahogado y volteé el artículo cuando me senté en el asiento trasero. Lo leí palabra por palabra, una y otra vez, y todo a mí alrededor se volvió borroso. Prácticamente podía sentir mi boca abierta cuando recordé mi primera entrevista en GBH:

—Señorita Everhart, ¿qué abogados le gustaría tomar como ejemplo en su propia carrera? —El señor Bach me sonrió.

—Sí, de hecho —dije—. Siempre he admirado la carrera de Liam Henderson.

—¿Liam Henderson? —Andrew me miró con una ceja levantada—. ¿Quién es ese?



Supresión de la evidencia (s.):

La ocultación indebida de la prueba por un fiscal que está constitucionalmente obligado a revelar a la defensa todas las pruebas.

Traducido por Jeyly Carstairs & Christicki

Corregido por Daniela Agrafojo

Andrew

*Los Ex Socios Finalmente Aparecen en la Corte Enfrentándose el Uno al Otro:
El Caso Hart continúa esta semana.*

Eso es lo que decía el titular en la sección judicial del diario *The New York Times* esta mañana. Para aquellos que no sabían nada sobre el caso, sabía que era simplemente otra historia para pasar el tiempo, otro escándalo superficial para devorar con su desayuno por la mañana.

Pero para mí, era el final de un capítulo de seis años que se había prolongado por demasiadas páginas. Era parte de la razón por la que me fui, parte de la razón por la que después de que testificara en pocos días, dejaría esta ciudad por última vez.

Miré por la ventana hacia el restaurante del Hotel Waldorf Astoria, preguntándome cómo podría estar lloviendo tan fuerte al final del invierno.

—¿Señor Hamilton? —Una mujer en un traje se detuvo al lado de mi mesa.

—¿Sí?

—Soy Vera Milton, la gerente general —dijo—. Ha recibido varias llamadas de una señorita Ava Sánchez... sigue diciéndonos que es importante y que tiene que hablar con usted. Está en la línea ahora...

Suspiré. —¿Podría trasladar la llamada a mi habitación en dos minutos, por favor?

—Desde luego, señor.



Dejé el periódico sobre la mesa y me dirigí directamente a la suite en el pent-house. En cuanto abrí la puerta, el teléfono en la sala sonó.

—¿Hola? —contesté.

—Soy yo... —dijo Ava suavemente.

—Soy consciente. ¿Cómo descubriste en dónde me quedaba?

—¿En serio? —se burló—. Necesito que me hagas un favor...

—Adiós, Ava.

—No, espera. —Sonaba frenética—. Realmente lo siento por todo lo que te hice, Liam.

—¿Qué te dije acerca de que me llamas así?

—Recuerdo cuando me visitaste mientras estaba en la cárcel, antes de que todas las audiencias comenzaran... ¿recuerdas? —Hizo una pausa—. Sé lo difícil que debió haber sido verme en ese entonces, lo solo que debías de haberte sentido para venir y visitarme a *mí* de todas las personas... incluso me dijiste que estabas considerando cambiar tu nombre a Andrew y salir de Nueva York... Y entonces te rogué que me salvaras. ¿Recuerdas eso?

—Realmente no estoy de humor para una historia en este momento.

—Eras un blandengue en ese entonces... tan compasivo, tan cariñoso...

—Llega al maldito punto, Ava.

—En el juicio de esta semana, sé que Kevin...

—¿Te refieres a mi ex mejor amigo, al que tú te follaste?

—Sí. —Suspiró—. Él...

—¿Qué pasa con él?

—No es el monstruo que crees que es.

—¿Estás llamando por un favor que nunca va a pasar, o estás llamando para ser su jodida testigo de carácter? Estoy confundido.

—Todavía está arrepentido por lo que hizo... era...

—¿Qué es, Ava? —espeté—. No soy un fan de esta mierda vaga.

—¿De verdad quieres hacerle daño? —Su voz se suavizó—. Creo que ya nos has castigado lo suficiente. Ya estoy tras las rejas, así que realmente no hay necesidad de que él sufra a este punto.

—Nunca van a sufrir lo suficiente. —Colgué y le envié un mensaje a un viejo contacto que tenía en el correccional, diciéndole que Ava tenía contrabando en su celda.



La última cosa en la que quería pensar era en mi viejo socio y ex mejor amigo. La única vez en la que tendría que hacerlo sería durante la próxima audiencia, y nunca más después de eso.

Me desplazé a través de mis mensajes de texto, notando que Aubrey me había enviado un simple “bien” cuando le pregunté cómo le fue en su audición hoy.

Con la excepción del día que masajé sus hombros, todavía era cortante conmigo.

Abrí mi bandeja de entrada para enviarle un mensaje más largo, pero vi que ella me había enviado uno primero.

Asunto: Sí.

Acabo de recibir tu más reciente ramo de flores y tu nota sobre ir a una cita esta noche... Tengo algunas condiciones, sin embargo.

—Aubrey.

Asunto: Re: Sí.

Menciónalas.

—Andrew.

Envió un nuevo mensaje.

Asunto: Cita.

Tengo permitido preguntarte cualquier cosa que quiera y tienes que contestar con la verdad.

—Audrey.

Asunto: Re: Cita.

Siempre respondo con sinceridad. ¿No es la palabra “condiciones” plural?

—Andrew.

Asunto: Re: Re: Cita.

Tienes que ser todo un caballero. No quiero ser follada en otro baño...

¿A qué hora vas a recogerme?

—Aubrey.



Asunto: Re: Re: Re: Cita.

En realidad no estaba planeando follarte esta noche, pero como claramente te ha entretenido esa posibilidad, me aseguraré de enviarte una lista de posibles ubicaciones antes de la cita.

Ocho en punto.

—Andrew.

Golpeé en su puerta a las 7:58, vestido con un traje negro de diseñador que había comprado hace unas horas.

No hubo respuesta, y antes de que pudiera golpear de nuevo, la puerta se abrió y ella salió con un corto vestido negro que dejaba muy poco a la imaginación.

—¿Eres consciente de que aún es invierno? —Arrastré mi dedo a lo largo de sus hombros descubiertos—. Vas a necesitar un abrigo.

Miró detrás de mí. —¿Tomaste el metro hasta aquí?

—Sí.

—¿Vamos a tomar el metro en nuestra *cita*?

—El auto llegara después. —Sonreí mientras la confusión se propagaba por su rostro.

Ella tomó su abrigo y cerró la puerta, mirándome. —¿Sabes cómo utilizar el metro?

—Por supuesto que sí —le dije, estrechando su mano—. No siempre fui acomodado cuando vivía aquí...

Una ligera nevada caía cuando hicimos nuestro camino hacia el túnel del metro, y se apoyó en mí, presionando su cuerpo más cerca del mío. Las luces navideñas se hallaban colgadas sobre los edificios más altos, brillando contra la noche, y una leve sensación de excitación se arremolinaba en el aire.

No había mucha gente afuera esta noche, y cuando abordamos un tren casi vacío, Aubrey se rio de ese hecho.

—Esta es la primera vez que he visto un metro así —dijo—. Por lo general tengo que luchar por mi propio pequeño espacio.

—Ummm. —Le impedí tomar un asiento, haciéndola compartir una barra conmigo en su lugar—. ¿Cómo estuvo tu audición de hoy en realidad? Seguramente tienes más que decir al respecto que bien.



—Estaba llorando cuando envié ese mensaje. Me sentía abrumada.

Arqueé una ceja.

—Obtuve Odette/Odile en *El Lago de los Cisnes*, a nivel *profesional*. —Parecía que se hallaba a punto de ponerse a llorar—. Todavía no lo puedo creer... Todos mis sueños realmente se están haciendo realidad.

—Tal vez estabas destinada a hacer ese papel... —Limpié una lágrima perdida de sus ojos.

—Tal vez. —Se acercó más—. Estoy feliz de que nos den los próximos días libres... Creo que voy a ser capaz de relajarme y mantenerme al día con las noticias un poco más. Ya sabes, tener algo parecido a una vida fuera del salón de baile.

—Podrías pasar más tiempo conmigo si quieres tomar un descanso. Las noticias en esta ciudad están sobrevaloradas y son sobre todo falsas.

—¿En serio?

—Sí —dije, mirándola a los ojos—. No creería ni en la mitad de la mierda de cualquiera de esos periódicos.

Ella sonrió. —¿Has oído algo sobre el gran juicio que va a realizarse esta semana?

—Estoy bastante seguro de que hay más de uno.

—No... —Sacudió la cabeza—. No como este...

Vacilé. —¿Qué hace que este sea tan especial?

—Es más interesante que especial... Es sobre dos abogados que una vez compartieron una empresa, los dos eran peces gordos, ¿sabes? Uno de ellos incluso ganó contra el gobierno en su primer caso.

—Probablemente fue un golpe de suerte.

—No lo creo. —Me miró a los ojos—. He leído las transcripciones. Sabía exactamente lo que hacía, y el veredicto en realidad afectó las políticas públicas.

No dije nada.

—Pero la cosa es que nunca recibió el crédito por su trabajo, fuera del boca a boca de las personas que conocían los detalles, ¿sabes? —Hizo una pausa—. Pero de todos modos, por lo que he leído y reconstruido, parece que fue falsamente acusado de una larga lista de cargos federales unos años más tarde.

—Aubrey...



—Parece que todos corrieron con la historia, todos los periódicos, todos los medios de prensa, y la verdad no se filtró hasta meses más tarde, después de que su nombre ya hubiera sido empañado.

La miré fijamente, pidiéndole que se detuviera, pero continuó.

—Los cargos todavía están pendientes contra su ex socio hasta el día de hoy, imagina cuántos eran. Pero *él*, este honrado abogado con un infierno de trayectoria, simplemente se desvaneció. En el aire.

—Si él era así de honrado, entonces creo que eso es prácticamente imposible.

—¿Lo es?

—*Lo es* —dije.

—También pensé eso... —Buscó mis ojos por respuestas—. Pero creo que el tipo del que estoy hablando es capaz de cualquier cosa.

—¿Cuáles son los nombres en este caso del que estás hablando?

—El acusado es Kevin Hart, y el testigo clave es Liam Henderson.

—Lo buscaré esta noche. —Suspiré, sin querer continuar esta conversación.

Una voz salió de los altavoces, anunciando nuestra parada, y tomé su mano de nuevo.

—Sé que me hiciste aceptar unas condiciones —dije, mirándola mientras nos bajábamos—. Pero, ¿puedes aceptar una de las mías?

—Depende de cuál sea.

—Hazme las preguntas profundas después de la cena.

—¿Es ahí a donde vamos ahora?

—No. —La guíe hasta los escalones—. No me atrevería. No quiero que me acuses de tratarte como a todas mis otras citas.

—¿Eso significa que no me vas a follar al final?

—Significa que no te voy a dejar al final.

Ella se sonrojó, y besé su frente mientras caminábamos por las calles de luces intermitentes y chispeantes carteleras.

No dijo nada más mientras nos movíamos de cuadra en cuadra, sólo se ruborizó cada vez que la miraba.

—Aquí —dije, deteniéndola cuando nos acercamos a nuestro primer destino.



—¿Broadway? —miró hacia el grand marquis¹.

—Mencionaste que no has tenido la oportunidad de venir todavía —dije—. Yo solía venir todo el tiempo cuando vivía aquí...

—¿Todo el tiempo?

—Al menos una vez a la semana. —Mantuve la puerta abierta para ella—. Dos veces cuando se realizaba esta obra en particular. —Pasé los dedos a través de las palabras, *Muerte de un Vendedor*, antes de entregarle nuestras entradas al portero.

Ella sonrió cuando nos llevó al balcón privado, y nos ofreció vino de cortesía ya que habíamos llegado temprano.

—Nunca te habría tomado del tipo de drama —dijo, tomando un sorbo de su copa—. Nunca me lo mencionaste antes.

—De hecho, casi fui a la escuela de teatro en lugar de la escuela de derecho.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Un título de abogado atrae un mayor porcentaje de coños.

—¡¿Qué?! —Rodó los ojos, riendo—. Estoy hablando en serio.

—Recibí una beca más grande para la escuela de leyes. —Me resistí a la tentación de tirarla sobre mi regazo—. La mejor decisión que he tomado.

Ella abrió la boca para responder, pero las luces comenzaron a apagarse y se inclinó más cerca de mí, susurrando—: Me hubiera gustado verte como actor... Creo que hubieras sido muy bueno en eso.

La sentí poner su mano en mi muslo. —Sin embargo, no creo que hubiera querido verte actuar algo serio. Creo que habría sido prefer...

—¿Vas a hablar durante toda la obra, Aubrey? —la corté, ignorando la mirada reveladora en su cara, esa de anhelo intenso y necesidad.

—¿No puedo hacer comentarios? —Sonaba ofendida—. ¿No estoy autorizada a hacerlo hasta *después de la cena*? ¿Es eso? Si ese es el caso, ¿por qué siquiera me trajiste? ¿Por qué habrías...?

—He visto esta obra un millón de veces... —Apreté mi dedo contra sus labios cuando el actor principal subió al escenario—. Y aunque quiero que tú también la experimentes, si prefieres que te entretenga de una manera *diferente*, solo dímelo.

—¿Qué?

¹Automóvil de lujo tipo sedán de la marca Ford.



—¿Este palco está en tu lista de lugares aprobados? —pregunté—. ¿Si te follo aquí, todavía me considerarías un caballero?

Sus ojos se abrieron y rápidamente alejó su mano de mi regazo. —Estaba bromeando, Andrew...

—Soy consciente. —Besé su cuello—. Y he dicho en numerosas ocasiones que no me gusta eso, ya sea que estés enojada conmigo o no...

Contuvo el aliento mientras deslizaba mi pulgar por debajo de sus bragas.

—Dejaré de hacer preguntas —dijo—. Voy a ver la obra...

Cuando giró su rostro hacia el escenario, me moví de mi asiento y me arrodillé frente a ella.

—¿Andrew? —susurró con dureza cuando abrí sus muslos—. ¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que disfrutes del espectáculo.

No le di oportunidad de responder. Rápidamente arranqué sus bragas y enterré mi cabeza entre sus piernas, pasando mi lengua contra su coño desnudo, disfrutando del sabor que me había perdido durante meses. Chupé su clítoris entre mis labios, cerrando los ojos cuando se hinchó en mi boca.

—Andrew... —gimió mientras apretaba sus piernas alrededor de mi cuello, agarrándome el pelo y rogándome reducir la velocidad.

No podía. Ella sabía jodidamente bien.

Forcé mi lengua profundamente dentro de ella, reclamando cada parte, marcando lo que era mío.

Sus caderas comenzaron a levantarse de su asiento, y la empujé hacia abajo, castigándola con golpes fuertes, deslizando mis dedos dentro de ella y obligándola a quedarse quieta.

—No puedo... —Empujó sus caderas hacia arriba de nuevo—. No puedo...

Un fuerte aplauso surgió del teatro por debajo de nosotros, haciendo eco en las paredes cuando la primera escena terminó.

Chupé su clítoris más duro, pasando mi lengua contra él varias veces hasta que no pudo evitar gritar mi nombre en el teatro.

Temblando, agarró mis hombros, apretándome más fuerte que nunca mientras se venía en mi boca.

Sostuve sus muslos mientras se sacudía, temblor tras temblor recorría su cuerpo.



Cuando volvió en sí, acaricié sus piernas y besé la parte interna de sus muslos.

Agarrando sus bragas rasgadas del piso, la limpié. Luego las metí en mi bolsillo antes de tomar mi asiento de nuevo.

—¿Sucedó algo, señor? —un acomodador entró en nuestro palco—. Escuché una perturbación.

—¿Una perturbación? —Miré a Aubrey y después a él—. No, creo que no hay nadie aquí.

—¿Está seguro? —preguntó preocupado—. ¿Y usted, señorita? ¿Está bien?

—Sí, señor. —Aubrey asintió, tratando de parecer lo más normal posible—. Estoy más que bien.

El hombre se alejó, y en cuestión de segundos, ella aparentemente se transformó en la Aubrey que recordaba de meses atrás, esa que era incapaz de no hacer preguntas.

No es que me importara, sin embargo.

Para el primer descanso, había preguntado todo lo posible acerca de la obra y se apoyó en mí, susurrando—: Esto es perfecto, Andrew... Gracias. —Y entonces no volvió a hablar hasta que el espectáculo terminó dos horas después.

—El principal fue increíble —dijo mientras las cortinas se cerraban—. Realmente sentí todas sus emociones en la última escena...

—Yo también. —La ayudé a ponerse el abrigo—. ¿Tienes un toque de queda? ¿Cualquier hora en la que tenga que llevarte a casa?

—Tengo veintidós años.

—Soy muy consciente. —Rodé los ojos—. Lo descubrí de la manera difícil, gracias. Quiero decir, ¿tienes un par de horas más para pasar conmigo, o tienes que levantarte temprano?

—No hasta la tarde...

—Bien. —La saqué del teatro y le hice una seña al conductor del auto al otro lado de la calle—. Quiero llevarte a otro lugar. ¿Puedo?

—Me encantaría...

La ayudé a entrar al auto y después entré yo. Se movió hasta mi regazo, presionando sus labios contra los míos, susurrando gracias una vez más.

Abrazándola, le di un breve recorrido por mi pasado mientras atravesábamos la ciudad, agradecido de que el conductor evitara conducir por mi antigua empresa.



Le mostré mis restaurantes favoritos, mis lugares favoritos para relajarme, y unos pocos lugares a los que me gustaría llevarla antes de irme.

—Llegamos al Waldorf Astoria, señor Hamilton. —El conductor nos miró a través del espejo retrovisor—. ¿Será esta la última parada de la noche?

—Sí —le dije, notando que Aubrey entrecerraba los ojos hacia mí.

—Pensé que habías dicho...

—Relájate... —La besé en la frente—. Es aquí en donde he estado viviendo desde que volé hasta aquí.

—Oh...

Tomé su mano y la llevé a través del vestíbulo hasta el ascensor que conducía a la azotea.

Al abrirse las puertas, noté que estaba arreglado exactamente como lo pedí: una mesa con mantel blanco ubicada frente a una danzarina fogata, luces suaves colgaban en ondas a través del enrejado, y a través de la nieve que caía, las palabras "Lo Siento" brillaban contra el edificio enfrente de nosotros.

—Esto es muy hermoso, Andrew... —dijo ella, mirando alrededor—. ¿Cuándo cambiaste de opinión acerca de la cena?

—No lo hice. —Saqué la silla y destapé la fuente de chocolate y vainilla cubierta de fresas—. Es el postre.

—¿Pensaste en todo esto por tu cuenta?

—Lo hice. —Me senté a su lado y puse mis brazos alrededor de sus hombros.

—Sabes —dijo ella—, normalmente en una cita las dos personas se sientan una frente a la otra.

—¿Perdiste el memorándum sobre mí asegurándome de no tratarte como a cualquier otra cita?

—No, en absoluto. —Su boca estuvo sobre la mía en cuestión de segundos y mis manos encontraron su camino hasta su cabello.

Tirando de ella hacia delante, mordí sus labios y la miré a los ojos.

Me dijo en silencio que llevara las cosas aún más allá, frotando su mano contra mi polla.

—Deja de tocarme, Aubrey —susurré, advirtiéndole—. No seré capaz de ser un caballero si no te detienes... —Me levanté y caminé hacia la puerta, dándome un poco de espacio—. Estoy tratando de probarte que puedo ir a través de una cita sin follar contigo...



Ella me siguió, sonriendo. —Estoy bastante segura de que ya fracasaste en eso... —Enredó sus dedos en mi cabello y desabrochó mi camisa precipitadamente.

Introduje mi rodilla entre sus piernas y deslicé una mano por sus muslos, suspirando mientras sentía lo mojada que se encontraba.

—Aubrey... —gemí mientras ella metía la mano en mi bolsillo y sacaba un condón—. Puedo esperar...

—Yo no. —Liberó mi polla de mi pantalón y rodó el condón sobre mí sin dejar ir mis labios.

Aseguré mis brazos alrededor de su cintura y la levanté, llevándola a la barandilla de la azotea.

—No tienes ni idea de lo mucho que he extrañado tu coño. —Besé sus labios—. Y tu boca.

—¿Eso es todo lo que extrañaste? —Sus manos rodearon mi cuello.

—Si lo fuera, entonces no estaríamos aquí ahora. —Me deslicé dentro de ella despacio, llenándola centímetro a centímetro, mirándola a los ojos mientras recordaba lo jodidamente bien que se sentía.

Sin decir una palabra más, deslicé mis manos a sus costados y la moví hacia arriba y hacia abajo, gimiendo mientras su coño me apretaba más y más fuerte con cada golpe.

Sus labios encontraron su camino hasta los míos y ninguno de los dos se separó, meciéndonos el uno contra el otro mientras una ligera nevada caía sobre nosotros.

Sus uñas se clavaron en mi espalda cuando estaba a punto de venirse, sus dientes atrapando mi labio inferior para evitar gritar.

—No te dejes ir todavía, Aubrey... —Mi polla palpitaba en su interior—. Espera...

Sacudió la cabeza, luchando, pero se contuvo por varios segundos, mirándome a los ojos.

—Te extrañé tanto —susurré—. Tan malditamente tanto...

Cayendo contra mi pecho, se vino conmigo, mordiendo mi piel mientras sus piernas se aflojaban alrededor de mi cintura.

Ambos respirábamos pesadamente, mirándonos como lo hicimos una vez hace meses, y nos quedamos entrelazados.

Besé sus labios, repitiendo lo mucho que la había echado de menos, y ella sonrió, diciéndome suavemente que saliera de su interior.



—¿Te gustaría pasar la noche? —pregunté, cogiendo mi chaqueta y extendiéndola para ella—. Puedes contarme más sobre ese caso que te tiene tan intrigada últimamente.

—¿El de Henderson & Hart? —preguntó—. ¿Realmente no has oído nada al respecto?

—No, pero si pasas la noche podemos buscarlo en internet juntos.

—No lo creo. —Su voz se volvió plana de repente—. Tengo que irme. —Ajustó su vestido y se acercó a la mesa, recogiendo su bolso.

—¿Pasa algo malo?

No contestó. Sacó su teléfono para comprobar la hora y suspiró.

—Aubrey, ¿qué estás haciendo?

—Obligarme a ver que sigues siendo el mismo y que nunca vas a cambiar. —Parecía herida—. Tu idea de la verdad es, y siempre será, hipócrita. Eso es todo.

—¿Disculpa?

—Gracias por una noche maravillosa... Siempre la recordaré y la apreciaré, para que lo sepas.

—Estoy empezando a preguntarme si, de hecho, eres *bipolar*...

—¿Por qué no me dijiste esta noche que tu nombre era Liam Henderson? —Negó con la cabeza y respiró hondo—. Te di todas las oportunidades para hacerlo —dijo, mirándome con dolor—. Prácticamente te supliqué que me lo dijeras, pero te abriste sobre todo excepto eso.

Dudé. —Iba a decírtelo todo más tarde, en la cama.

—Claro que sí —se burló—. ¿Hay alguna razón para que ni siquiera me lo dijeras cuando te conté en mi entrevista que una vez fuiste mi abogado favorito?

—¿Una vez?

Ella asintió. —Sí. *Una vez*. Todos los ensayos que solía leer de Liam subrayaban su honestidad total y absoluta. Supongo que todo eso cambió cuando se convirtió en *Andrew*.

—Aubrey, no... —Di un paso adelante y ella dio un paso atrás—. Honestamente, iba a pedirte que fueras a la audiencia final.

—¿Puedo usar tu coche para llegar a casa o tengo que llamar a un taxi?

—Detén esto. Ahora.



—Taxi será. —Se encogió de hombros—. Te deseo la mejor de las suertes con tu testimonio. Y espero que trates a la próxima chica que encuentres bien desde el principio, así no tendrá que amarte y dejarte en paz al final.

—Dame la oportunidad de hablar, Aubrey...

—No tenemos nada más que discutir. —Abrió la puerta—. *Por favor*, no me sigas, Andrew. No puedes confiar en mí y yo no puedo confiar en ti, así que ya no quiero tener nada que ver con esto, y necesito que finalmente lo respetes.

Abrí la boca para responder, pero ella habló primero.

—Adiós, Andrew, *Liam* —dijo—, o cualquiera que sea tu jodido nombre.

—Aubrey...

La puerta se cerró de golpe y sabía que no tenía sentido ir tras ella en ese momento.

Se había ido.



Jurar (v.):

Declarar bajo juramento que se dirá la verdad.

Traducido por Jasiel Odair

Corregido por Itxi

Andrew

— ¿Jura usted por Dios decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? — dijo el juez un par de mañanas más tarde.

No dije nada, la repentina partida de Aubrey aún fresca en mi mente.

— Señor Hamilton, le hice una pregunta — me reprendió el juez.

— Pido disculpas — le dije—. Juro por Dios decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

— Podemos continuar.

El abogado defensor se puso de pie y se aclaró la garganta. — Señor Hamilton, su nombre legal era antes Liam Henderson, ¿correcto?

— Correcto.

— ¿Podría decirle a la corte cómo conoce a mi cliente, Kevin Hart?

— Una vez fuimos socios en Henderson & Hart.

— Socios y mejores amigos, ¿correcto?

Miré a un Kevin inexpresivo. Se encontraba vestido con un traje gris, todavía incapaz de llevar una corbata a juego.

— Sí — le dije al abogado—. Hubo un tiempo en que lo fuimos.

— ¿Es verdad que se metió en un altercado con él en un bar hace seis años y medio?

— Defina altercado.

Él agarró una hoja de papel. — ¿Entró en un bar y lo golpeó? ¿Dejándolo con una fractura de mandíbula y la caja torácica fracturada?



—Se follaba a mi mujer.

Los miembros del jurado se quedaron sin aliento y el juez golpeó con su mazo.

—*Señor Hamilton...* —El juez habló con severidad—. Ese tipo de lenguaje no está permitido en mi sala. Por favor, conteste a la pregunta.

—Sí —le dije—. Sí, lesioné al señor Hart... *severamente*.

—¿De manera similar a cómo lesionó a su propia esposa?

—¡*Protesto!* —El fiscal se puso de pie—. ¿Relevancia, Señoría?

—Se acepta.

—Bien. —El abogado defensor levantó las manos en una señal de rendición—. ¿Es cierto que culpa a Hart por la caída de su empresa anterior?

—Claramente el Departamento de Justicia lo hace ya que él es el que está en juicio hoy.

—*Señor Hamilton...*

—Sí. —Apreté la mandíbula—. Sí, lo culpo por la caída de nuestra ex empresa.

—¿Es cierto que usted también lo culpa de la lamentable muerte de su hija?

—¡*Su Señoría!* —El fiscal me lanzó una mirada de simpatía—. ¿Relevancia?

—Denegada... Responda la pregunta, señor Hamilton.

Aparté la vista de Kevin y apreté los puños. —Sí.

—Su hija murió en medio de las semanas previas a la caída completa de su empresa, y dentro de esas semanas consiguió golpear severamente a su pareja, mejor dicho su esposa...

—No golpeé a mi jodida esposa. Ella hizo esa mierda. ¿Ha hecho alguna mierda de investigación?

El juez golpeó con su mazo, pero seguía hablando.

—No estoy seguro de qué universidad comunitaria de bajo nivel fue tan tonta como para emitirle un título de abogado, pero el caso entre mi esposa y yo fue resuelto hace años porque mintió acerca de muchas cosas ante un jurado. Y viendo que a pesar de eso, fue enviada a la cárcel y yo fui absuelto de todos los cargos, puede aceptar eso como un maldito hecho. Por lo tanto, antes de que me haga otra pregunta de mierda y trate de dañar mi imagen, recuerde que la subsistencia de su cliente está en juego durante este juicio. No la mía.



El juez dejó escapar un profundo suspiro, pero no dijo nada más. Sólo hizo un gesto a la defensa para que continuara.

—Durante su asociación, ¿es cierto que su esposa estuvo a cargo de todas las relaciones monetarias de la empresa?

—Ex esposa. Y sí.

—¿Y usted nunca pensó en volver a comprobar a dónde asignaba ella la mayor parte de los fondos?

—Yo tenía un título en derecho, no en contabilidad.

—Por lo tanto, ¿nunca pensó que era un poco sospechoso que su nueva firma recaudara siete dígitos al mes?

—No. —Suspiré, pensando en aquellos días, aquellos clientes. Todo el mundo con el que tratamos tenía mucho más de lo que ganaría en mi vida y no pensé nada sobre las ganancias mensuales que Ava informaba; confiaba en ella.

—¿Es justo decir que la caída de su empresa podría ser debido a la manipulación de la financiación de su esposa?

Apreté los dientes. —Sí.

—Interesante. —Cogió una hoja de papel y le preguntó al juez si podía acercarse—. ¿Podría leer esto a la corte, por favor?

—Preferiría no hacerlo —dije.

—¿Preferiría no hacerlo? —Se rio—. Señor Hamilton, como abogado, seguramente sabrá que va a ser detenido por desacato al negarse a leer pruebas solicitadas.

—Lea, señor Hamilton —exigió el juez.

—Eres una mentirosa de mierda, Ava. —Leí mis viejas palabras—. Has jodido a tantas personas a mi espalda que he perdido la cuenta. En lo que a mí respecta, mereces pudrirte en la cárcel. Tal vez entonces tu coño con exceso de trabajo tendrá un muy necesario descanso.

Un miembro del jurado se tapó la boca con sorpresa, pero seguí leyendo.

—Gracias por decirme que mi pene no estuvo a la altura, que después de tantos años de matrimonio nunca estuviste satisfecha... Puesto que tú y Kevin no sólo lograron quitarme mi firma, sino que también arruinaron la única cosa que hizo que mi vida valiera la pena, acepta esta carta como un adiós. —Miré a la defensa.

—¿Podría leer también lo que escribió después del posdata?



Rodé los ojos. —Dado que sólo estarás rodeada de mujeres durante los próximos quince años, te sugiero que intentes probar un coño. El sabor es bastante fantástico.

—Protesto, Su Señoría. —El fiscal se puso de pie—. No veo cómo este documento es relevante para el caso. La defensa también fracasó en producir esa carta durante el descubrimiento. Pido eliminar el documento.

—Se acepta. Considérelo borrado. —El juez miró su reloj y luego se puso de pie—. Vamos a levantar la sesión para el almuerzo. El testimonio continuará esta tarde.

A medida que el jurado y los asistentes judiciales se levantaron, me quedé quieto. No tenía a donde ir.

—No sabía que traería el tema de su hija. Lo siento mucho... —El fiscal me ofreció una pequeña sonrisa—. Lo redirigiré una vez que comience... Su compañero está definitivamente acabado, intenta desacreditar su persona un poco, para hacerlo ver un poco más comprensivo ante el jurado.

—Es consciente de que también soy un abogado, ¿verdad? —Me bajé de la banca—. Sé exactamente lo que intenta hacer.

Salí del tribunal y me adentré en una fuerte nevada, mirando hacia el cielo. Consideré dejar el palacio de justicia y arriesgarme al desacato, pero una parte de mí quería ayudar a sellar el acuerdo sobre el destino de Kevin.

Había pasado mucho tiempo; todas las mentiras, la traición, el dolor, y que se merecía lo que le iba a conseguir.

Alguien me tocó el hombro por detrás.

—¿Tienes un minuto? —preguntó una voz familiar. Kevin.

—No.

—Pensé... —Suspiró—. Pase lo que pase al final de este juicio...

—¿No escuchaste lo que dije? —Me di la vuelta para enfrentarme a él, sorprendido por cómo se veía demacrado de cerca. El tiempo no había sido bueno con él en absoluto.

—Lo siento por todo lo que Ava y yo te hicimos pasar —dijo con una mirada sincera en sus ojos—. El dinero y los clientes llegaban tan rápido y éramos tan jóvenes...

—¿Jóvenes?

—Sí. —Asintió—. Jóvenes y estúpidos, ¿sabes? Era...

—Jodidamente estúpidos. —Apreté la mandíbula—. Pero fue más que estupidez, Kevin. Fue la codicia. Y cuando los periódicos empezaron a juntar las piezas, cuando los clientes comenzaron a exigir respuestas, todo se volvió hacia



mí. Me culpaste... exigiste la custodia de Emma, sabiendo muy bien que realmente no la querías. Sólo querías hacerme daño porque eras su padre biológico.

—Liam...

—Y lo hiciste. —Sinceramente, podría admitirlo una vez por todas—. En serio hiciste esa mierda...

—Si pudiera retroceder...

—No se puede —lo interrumpí—. Pero me puedes decir una cosa...

—¿Qué?

—La noche que arruinaste mi vida... Bueno, no la primera noche, la noche que vino meses después, ¿estuviste bebiendo?

—¿Importa ahora mismo?

—¿Estabas jodidamente bebiendo esa noche? —Lo miré y suspiró, mirando hacia el suelo.

—Sí...

—Gracias por finalmente ser honesto —me burlé—. Voy a dormir mejor por la noche sabiendo que te unirás a Ava tras las rejas después de esta semana.

—¿Ava está de vuelta en la cárcel? —Parecía herido, decepcionado.

—Nueve años más. —Le sonreí, pero se desvaneció rápidamente—. Seis más de los que tenía Emma.

No le di la oportunidad de responder. Mi corazón se apretó ante la idea de perder a Emma de nuevo, imaginar todo el dolor que debió de haber sentido en su último día, así que cerré los ojos, tratando de bloquear otro oscuro recuerdo.



Duda razonable (s.):

No estar seguro de la culpabilidad de un acusado según una certeza moral.

Traducido por Amélie, Adriana Tate & Verito

Corregido por Laurita PI

Liam Henderson

Hace seis años...

Vivir en Nueva York nunca se sintió ordinario. Cada día había algo nuevo por descubrir, algo que nunca había visto antes.

A pesar de que todavía corría para ganar uno de los más grandes, y aún no reportado casos del estado, todavía trataba de encontrarme; personal y profesionalmente. Me daba cuenta que la popularidad nacional siempre me esquivaría, pero mientras estuviera infravalorado y no sobrevalorado, me encontraba perfectamente bien con eso.

Una vez que escuché un golpe fuerte en la puerta, dejé caer un libro de ensayos sobre mi mesa de café. Era ese enérgico y molesto golpe que mi mejor amigo Kevin siempre utilizaba.

—Sabes, no puedes seguir viniendo en la mitad de... —Paré de hablar cuando me di cuenta que no era Kevin. Eran una mujer y un hombre, vestidos con trajes grises.

—¿Es usted Liam Andrew Henderson? —preguntó la mujer.

—¿Quién pregunta?

—¿Es usted Liam Andrew Henderson? —El hombre habló con severidad.

—Depende de quién lo desea saber.

Ambos parpadearon.

—Sí — dije —, soy Liam Henderson.

115



—Ha sido notificado. —La mujer puso un grueso sobre azul en mi mano, era la décima vez que me sucedía esta semana.

—¿Es esto algún tipo de broma? ¿Está el *New York Times* tratando de hacerme perder los estribos otra vez?

Intercambiaron miradas, confundidos.

—Sólo hacía mi trabajo —dije—. Sí ellos quieren continuar con su mezquindad por negarse a imprimir mi foto para el resto de su vida periodística, está bien. Estoy bien con eso, en serio. Pero enviarme paquetes como una broma cada día por una semana y media...

—La Comisión de Mercado de Valores de los Estados Unidos no hace bromas —dijo la mujer, antes de que se alejaran.

Cerré la puerta e inmediatamente llamé a Kevin.

—Será mejor que sea una emergencia —respondió—. ¿Sabes qué hora es?

—¿Ha molestado nuestra firma últimamente a alguien?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Acabo de recibir papeles de la Comisión de Mercado de Valores, otra vez.

—¿Has abierto alguno de los otros? —preguntó.

—Dos. —Caminé hasta la mesa de café y abrí un cajón—. ¿Algo sobre un cliente llamado Ferguson quien reclama que no hemos depositado su dinero? Nos está demandando por cinco millones y supuestamente contactándose con nuestros otros clientes. ¿Tenemos algún cliente llamado Ferguson?

—Tenemos tres clientes llamados Ferguson.

—¿Hemos enfadado a alguno de ellos?

—No que yo sepa. —Sonaba preocupado—. Estoy bastante seguro de que nos habrían contactado primero antes de presentar cargos, ¿no crees? ¿Estás seguro de que no es el *New York Times* haciéndote una broma? Esta es como la décima carta que has recibido.

—Eso es lo primero que pregunté esta noche. Dijeron que no es de ellos.

Estuvimos en silencio por varios segundos.

—Es de ellos. —Nos reímos a la vez.

—Perdón por llamar a esta hora. —Metí el sobre en el cajón con los otros—. Hablaré contigo más tarde. —Colgué.

—¿Papi? —Emma entró a la sala, frotándose los ojos mientras caminaba hacia mí—. ¿Puedo ir a jugar?



—Son las tres de la mañana, Emma. —Sacudí la cabeza—. ¿Tú qué crees?

—Quiero ir a jugar... —Sonrió, dándome esa mirada que me hacía incapaz de decirle no.

Le devolví la sonrisa y besé su frente, pensando a dónde era posible salir a esta hora. Central Park se hallaba fuera de cuestión, al igual que cualquier otro parque, en realidad. Cerca había una tienda de donas abierta las veinticuatro horas a la que podíamos ir o...

Me detuve a mitad del pensamiento. Kevin se encontraba construyendo una sala de juegos especialmente para ella en la oficina, una habitación que duplicaba el tamaño de su oficina. Dijo que me impediría usar el “tengo que ir a ver a Emma” como excusa cuando trabajáramos en los casos más importantes.

—Conozco un lugar al que podemos ir. —La levanté y la llevé a su cuarto, ayudándola a escoger sus zapatos favoritos, un par de botas de lluvia rojas que se ponía todos los días, incluso cuando no llovía—. Está bien, siéntate en el sofá mientras me visto y luego nos iremos, ¿de acuerdo?

Salió de su cuarto sin decir otra palabra. Realmente necesitaba encontrar una manera de frenar su rutina de despertarse a las tres de la mañana lo antes posible, pero a una parte de mí le gustaba. Era nuestro momento especial juntos.

Me puse una camiseta y le envié a mi esposa un rápido correo electrónico.

Asunto: Emma.

Llevaré a Emma a jugar. ¿Todavía estás en la cafetería?

Te amo,

—Liam

Asunto: Re: Emma.

¿Qué vas a decir cuando ella te pida un poni?

(Sí, todavía estoy aquí... La temporada de impuestos será mi muerte. ¿Quieres que te lleve una taza de café cuando regrese? ¿Quieres probar un café con leche?)

Te amo más,

—Ava

Asunto: Re: Re: Emma.

Nada. Sólo compraré el poni.



(No, gracias. Sabes que odio el café.)

Imposible. Te amo más de lo que nunca sabrás,

—Liam

—¡Estoy lista! ¡Estoy lista! —Emma entró corriendo a mi cuarto, derribando una pila de carpetas—. ¡Estoy lista!

Riendo, puse mi teléfono en el bolsillo e intenté poner los papeles en orden, deteniéndome cuando vi mi firma. Falsificada.

Confuso, revisé los otros papeles, notando lo mismo.

¿Qué es esto?

—¡Vamos, papi! —Emma tiró de mis pantalones.

Metí la carpeta debajo de mi brazo y estreché su mano. —Tu siesta de hoy tendrá que durar por lo menos cinco horas. ¿Sabes?

—No me gustan las siestas.

—Por supuesto que no... —Salimos de nuestro apartamento hacia mi carro. Como siempre, Ava había deslizado una nota por debajo de los limpiaparabrisas.

Querido esposo,

Te amo tanto, y me hiere verte, alguien con tanto dinero y estatus como tú, manejar un carro como este. Sé que eres modesto, y el traje más caro que posees probablemente cuesta ochenta dólares, ¡pero vamos! ¡Tienes que vivir, Liam!

Te llevaré de compras por un auto la próxima semana y no aceptaré un no por respuesta,

Ava.

P.D.: Gracias por las rosas que me enviaste ayer. Hay algo especial para ti en el escritorio de tu oficina.

Sonreí y aseguré a Emma en su asiento, cediendo cuando me pidió escuchar su canción favorita en repetición mientras íbamos a la empresa.

El elegante diseño del edificio todavía hacía contener el aliento de la gente cuando lo veían por primera vez. A la hora de construir, fue lo único en lo que no reparé en gastos; me aseguré de que los paneles dorados translúcidos fueran arte, que las estatuas de la balanza de la ley fueran correctamente erguidas en bordes de mármol, y que las letras de piedra sobre la entrada: "Henderson & Hart", fueran pulidas cada semana.

Y, como un gigante "vete a la mierda" al gobierno por enterrar mi primer caso, el caso que debería haberme hecho famoso y puesto en carteles



publicitarios en todo el país, construí la oficina justo en frente de su Oficina de Seguridad Social.

Entrando en el lugar de estacionamiento reservado, miré en mi espejo retrovisor, viendo que Emma se encontraba profundamente dormida.

Imagínate....

Salí y la llevé dentro de todos modos. Era seguro que se despertaría pronto.

—Buenos días, Señor Henderson. —Una interna me saludó mientras entraba.

—Buenos días, Laura —respondí—. ¿Estoy en una zona horaria diferente hoy? ¿Por qué está todo el mundo despierto y trabajando en este momento?

Se sonrojó. —Es la temporada de impuestos.

—Sigo oyendo eso... —Entré en el ascensor—. Te veré más tarde.

Emma se agitó en mis brazos, murmurando, pero sólo suaves ronquidos salieron.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, entré por la enorme puerta de cristal "H & H", dirigiéndome a la sala de juegos a medio terminar para Emma. Suavemente la coloqué sobre la gran cama rosa y la metí debajo de las sábanas, susurrando—: Te amo. —Antes de apagar las luces.

Me senté en la esquina y saqué la carpeta que se hallaba bajo mi brazo, leyendo por encima de lo que parecían ser recibos y cuentas de operaciones cambiarias. Cosas que no recordaba haber hecho.

Saqué mi teléfono para mandarle un mensaje a Ava, para ver si esto era sólo otra broma, algo que ella era propensa a hacer, pero escuché su voz.

—¡Joder! —gritó ella.

Salté de la cama y me dirigí hacia donde provenía el grito, haciendo una pausa cuando oí una voz familiar.

—Tu coño se siente tan jodidamente bien...

—Ahhhh... —Ava gemía—. Solo fóllame... Fóllame duro...

Me congelé totalmente, incapaz de dar un paso más. No quería creer que otro hombre, Kevin según parecía, se encontraba follando a mi esposa o que ella estaba engañándome.

No podía creerlo. Confié demasiado en ella.

Pero, mientras ella gritaba unas cuantas veces más, los mismos gritos que hacía al tener sexo conmigo, sabía que era verdad.



—¿Es así como haces negocios, *señora Henderson*? —preguntó Kevin, con risa en su voz.

—¿En serio me vas a llamar así después de que acabamos de follar? —gimió—. ¿Podemos realmente volver a trabajar ahora? Esa es la tercera interrupción de esta noche y me gustaría realmente hacer algo.

—Bien, bien...

Papeles volaron, ventanas abiertas, pero me quedé congelado, todavía incrédulo. No fue hasta que me asomé por la rendija de la puerta que mi cerebro en realidad comenzó a procesar lo que sucedía.

—¿Qué vamos a hacer con esta mierda Ferguson? —preguntó Kevin.

—¿Mierda Ferguson? ¿Es así como lo estamos llamando?

—Ah, cierto. Aquí hay un mejor nombre para él: De cinco a diez años para mí. Quince años para ti.

—Pensaba veinte.

—¿Veinte? —Golpeó la mesa—. ¿Estás jodidamente loca? ¿Veinte años? ¿Estás sugiriendo que nos entreguemos?

—No... —dijo ella—. Sólo Liam.

—¿Qué? —Sonaba consternado—. ¿Estás bromeando?

—¿Me escuchas riendo?

Silencio.

—Ava, mira... —suspiró—. Liam es como un hermano para mí...

—Lo dice el hombre quien constantemente se folla a su esposa... Vaya hermano que eres.

—Esto es un error.

—Un error sería una vez —dijo, encendiendo un cigarrillo—. Una vez al día por los últimos años no es necesariamente lo mismo. Lo siento.

Mi corazón se hundió.

—Fue un error, Ava. —Se veía en conflicto—. Esta noche iba a ser la última, de todos modos. No puedo seguir haciéndole esto.

—No quiero parar. —Se acercó a la ventana y suspiró—. No puedo...

—¿Qué?

—Ya no me da lo que necesito...

—Tendrás que encontrar una manera de que él pueda. Ahora en realidad podría ser un buen momento para empezar, viendo que quizás tenga que ser tu abogado.



Se dio la vuelta con lágrimas. —¿En realidad es la última vez?

—La primera vez debió ser la última. —Caminó hacia ella y masajeó sus hombros—. Sólo me utilizabas... Tiendes a olvidar eso.

—No estaba... —Ella ahogó un sollozo—. No estaba usándote...

—Sí, lo hacías. —Besó sus labios—. Y está bien. Lo comprendo.

—¿Piensas que soy una persona horrible?

—No.

—¿Lo prometes?

Kevin asintió, acunando su cara en sus manos. —Liam no podía darte un bebé y tú querías uno... Naturalmente... Eso es totalmente comprensible.

Contuve un jadeo.

—No me folla como tú lo haces... —susurró.

—Detente, Ava. —Besó su mejilla—. Detente.

No quise escuchar más.

No podía soportarlo.

Mientras los dos se besaban y abrazaban, totalmente sumergiéndose en su propio mundo, me obligué a alejarme.

Encendí las luces de mi oficina y me di cuenta de una caja azul brillante en mi escritorio. Decía: "Para: El amor de mi vida. De: Tu primer y único amor."

Me dolió de nuevo el corazón mientras rompía la envoltura y miraba su interior: un nuevo conjunto de gemelos, un conjunto que probablemente le costó más que todos mis trajes combinados. Mis iniciales fueron grabadas en ellos, y había incluido una cita de uno de mis autores favoritos:

"No seas demasiado moral. Podrías engañarte a ti mismo acerca de la vida. Apunta por encima de la moralidad."

—Henry David Thoreau.

Suspiré. Dejé fuera la última parte de la frase, la parte de: "No seas simplemente bueno, sé bueno para algo."

Saqué mi teléfono y le envié un correo electrónico.

Asunto: Café.

Creo que tomaré un poco de café... ¿Todavía estás en la cafetería?

—Liam

Asunto: Re: Café.



Sí. Creo que estaré aquí toda la noche. ¿Cuál te gustaría tomar?

—Ava.

Asunto: Re: Re: Café.

Cualquiera que creas que es mejor para una primera vez... ¿Has hablado con Kevin hoy?

—Liam.

Asunto: Re: Re: Re: Café.

Para nada. Últimamente ha estado más extraño de lo normal. (Realmente necesitamos encontrarle una novia...) ¿Y tú?

—Ava.

No le contesté.

Salí de mi oficina y caminé hacia la sala de juegos de Emma, mirándola mientras dormía pacíficamente. Quería hacer que se despertara, hacer que me mirara, así podía estudiar sus rasgos y separarlos, así podía ver por mí mismo que de hecho era de Kevin, pero no podía.

Era *mía*, padre biológico o no.

La saqué del bufete y me apresuré a casa. Tan pronto como la bajé, volé hacia la mesita de café y abrí el sobre que había guardado horas antes.

Era una citación estándar, una demanda de presentación ante el tribunal, pero los cargos enumerados no terminaban en una sola página. Ni siquiera terminaban en dos.

Era un manifiesto de diez páginas, una lista detallada de mierdas que yo nunca intentaría hacer: soborno, extorsión, fraude fiscal, fraude postal, fraude informático; cada jodido tipo de fraude.

¿Qué demonios es esto?

Estudié minuciosamente los documentos durante horas, mi mente corrió a un kilómetro por minuto. Aun así, no pude procesar completamente todo, mi mente todavía pensaba en Kevin y Ava.

En ella cómo me mintió.

En cómo él también me mintió.

Y ahora, esto.

La puerta se abrió a las cinco de la mañana, y Ava colocó una taza de café caliente delante de mí.



—Necesitamos hablar —dijo.

No dije nada. Simplemente cerré todas las carpetas y la miré.

—La Comisión de Mercado de Valores de los Estados Unidos me acaba de entregar una citación... —Se paseaba de un lado a otro—. Una citación, como *papeles legales*... llegaron a la firma y...

—Pensé que te encontrabas en la cafetería.

—Sí. —Tragó en seco—. Pasé por el bufete después de comprar tu café, así podía recoger algunas cosas.

—¿Había alguien allí contigo?

—Por supuesto que no —se mofó—. Mira la hora que es. De todos modos...

No pude escuchar nada más de lo que decía. Pude ver sus labios moviéndose, haciendo sonidos que salían de su boca, pero las mentiras que me acababa de decir bloqueaban todo.

—¿Por qué me estás engañando? —le espeté, de repente molesto por las lágrimas que corrían por su rostro.

Contuvo el aliento y me miró de arriba abajo. —Liam, la Comisión de Mercado de Valores me ha dado injustificablemente una citación. ¿Realmente me estás acusando de infidelidad en este momento?

—No te estoy *acusando*. Una acusación implicaría que hay una posibilidad de que pudieras ser inocente. ¿Por. Qué. Me. Estás. Engañando?

Jugó con la gema preciosa en su cuello. Luego, comenzó a tararear el estribillo de una canción clásica de Sinatra: "New York, New York."

—No me hagas preguntártelo de nuevo, Ava —le dije—. Sé que follaste con Kevin.

Sus ojos finalmente encontraron los míos. —Está bien... Sí, follé con él. ¿Ahora qué? —Lágrimas se formaron en sus ojos—. No quise que sucediera. Nunca pensé que cruzaría esa línea con él, de todas las personas...

—Me dijiste que Emma fue una sorpresa... —dije—. Que no querías que tuviéramos hijos hasta que estuviéramos en los treinta y tantos.

Su rostro palideció. —Estuviste en la oficina esta noche, ¿no es así?

—Sí...

Silencio.

—Así que —dije, mentalmente juntando las piezas del rompecabezas—, o le estás mintiendo acerca de que no fui capaz de embarazarte, porque la última vez que comprobé, justo antes de que Emma fuera *milagrosamente*



concebida, todavía me hacías usar condones y ni siquiera estábamos intentando tener un jodido bebé. O, me estás mintiendo a mí, y sólo querías follar a mi mejor amigo por un motivo oculto que te estás guardando para después. ¿Cuál es?

—Todavía te amo, Liam, es sólo...

—¿Cuál es?

No dijo nada, simplemente se quedó parada allí con más lágrimas cayendo de sus ojos.

Levanté una de las carpetas que estuve leyendo. —Estaba revisando éstas esta noche... Al principio, pensé que eran envíos postales estándares que firmaste por mí mientras estuve fuera o demasiado ocupado, órdenes de suministros para la oficina, cosas como esas...

—¿Dónde las encontraste?

—Pero resulta —dije, ignorando su pregunta—, que estos son todos los jodidos favores de jueces y secretarios que no recuerdo haber pedido. Nunca.

—Liam...

—¿Hay alguien en esta ciudad que no hayas follado para obtener algo a cambio?

Parecía como si en realidad tuviera que pensarlo.

—Te envié flores todos los días... Cada. Maldito. Día. —Di un paso hacia adelante—. Te dije que te amaba y que me completabas, todos los días, ¿y esto es lo que obtengo a cambio?

—Entiendo cómo te sientes, Liam, pero...

—No, maldita sea, no lo entiendes. —Apreté los puños—. Nunca ni siquiera he contemplado la idea de ser *amigo* de otra mujer. Me aseguro de que todo el mundo sepa que no estoy disponible, que nadie más tiene una maldita oportunidad.

—Te fui infiel por tu propio beneficio, Liam. Lo hice por ti.

¿Qué mierda?

Había escuchado un montón de mierda en mi vida, pero esa frase oficialmente era el colmo de los colmos.

—¿Cómo crees que ganaste el caso Luttrell? —Se limpió las lágrimas y entrecerró los ojos hacia mí—. ¿Crees que lo hiciste con tu premiada retórica y tu encanto?

—¿Tienes un trastorno mental del cual no me dijiste?



—Follé con el juez tres días antes del veredicto. Ibas a perder. Y si perdías ese caso, no había manera de que algunos de nuestros actuales clientes hubiesen escogido nuestra firma para manejar sus cuentas.

—¿Nuestra firma?

—¿Crees que la construiste solo? —Se echó a reír—. ¿Liam Henderson, de buen corazón, leal, y demasiado amable por su maldito propio bien? Por favor. Tuve que interceptar cada contrato que enviabas y volver a redactar la mitad de los términos. Si lo dejaba a tu cargo, tu bufete no sería nada más que un sueño dorado. Deberías agradecerme porque no tienes ni idea de todo el trabajo que he hecho para ponerte donde estás.

—Nunca litigaste un solo caso.

—No, pero he follado a un montón de personas poderosas para asegurarme que nunca perdieras uno.

—Nunca perdí porque soy un maldito buen abogado.

—Y yo soy una maldita buena follada. —Se encogió de hombros—. Por supuesto, mi propio esposo ha estado demasiado ocupado este año que probablemente ni siquiera sabría.

—¿Me estás culpando por andar dando tu coño por ahí?

—Estoy impresionada de que siquiera sepas lo que la palabra *coño* significa —siseó—. Nos acostamos en la cama juntos todas las noches y nunca quieres follarme.

—Siempre dices que estás cansada. ¿O esa también es una mentira?

—Sólo estaba cansada de follarte a ti. —Pasó a mi lado y cerró la puerta de la habitación de Emma—. Qué quieres hacer ahora, ¿eh? ¿Divorciarte?

—¿Esa es una pregunta seria?

—Lo es. —Sonrió con suficiencia y alguien tocó la puerta.

Ambos nos quedamos paralizados, y tocaron nuevamente.

—Yo iré. —Le advertí—: Quédate allí.

Me alejé y la abrí, esperando ver a Kevin, así podía darle una paliza, pero era una mujer diferente vestida de traje.

Una joven rubia.

—Usted, mmm... —Sus mejillas se sonrojaron—. Usted ha sido...

—¡Citado! —susurró alguien audiblemente desde la esquina—. Dile que ha sido *citado*...

—Eres una interna en el *New York Times*, ¿no es así? —Rodé los ojos.



Asintió, pero luego añadió—: Mi jefe dice que puede irse a la mierda, y que a pesar de que nunca publicaremos su foto, nos aseguraremos que todo el mundo sepa que su bufete está a punto de ser llevado a la ruina a partir de mañana. —Me dio una copia impresa de un artículo del periódico de mañana—. Dice que es su turno de sentir un poco de karma.

Le cerré la puerta de un portazo en su cara.

—Creo que necesitas sopesar seriamente tus opciones antes de dejarte llevar por tus emociones. —Ava se encontraba justo detrás de mí, sosteniendo a una Emma dormida.

—¿Es esta una amenaza?

—Es una promesa...

Arqueé una ceja. —¿Y cuáles son exactamente los términos que propones?

—Si me ayudas a resolver esto, si haces que la Comisión de Mercado de Valores deje de hostigar al bufete, ambos podemos evitar cumplir una condena en cualquier momento.

—No cumpliré una condena en ningún maldito momento. No hice nada malo. Y si crees que no seré la primera persona en la fila para ayudar al estado a poner tu trasero en la cárcel, jodidamente te equivocas.

—Awww. —Hizo una mueca—. Mírate. Intentando sonar todo masculino y rudo por primera vez, sueñas como el hombre que desearía que hubieses sido.

—Vete a la mierda, Ava.

—Ni lo sueñes. —Entrecerró los ojos—. Déjame tratar de expresar esto de otra forma: Sé que eres el Señor Abogado del Año y que nunca mentirías voluntariamente porque tienes una conciencia y todo eso. Pero si no me ayudas, o si te rehúsas a decirle a los investigadores que tuviste parte de responsabilidad por lo que pasó, que *todos* tuvimos una pequeña participación, voy a pedir la custodia completa de Emma.

—Hazlo. Ningún juez en su sano juicio te daría la custodia completa.

Se echó a reír. —Esto es en realidad por qué las personas follan para obtener lo que quieren, *cariño*. Es muy útil para ocasiones como éstas. Además, ni siquiera eres su verdadero padre. —Besó la frente de Emma—. ¿Escuchaste esa parte mientras estuviste observándonos follar o estuviste demasiado ocupado tomando nota?

No tuve la oportunidad de responderle.

—No te metas conmigo, Liam —siseó—. No tienes ni idea de cuán lejos estoy dispuesta a llegar para mantenerme fuera de la cárcel.



—¿A pesar de que mereces estar ahí? —Le arrebaté a Emma, haciéndola removerse—. Buscaste clientes usando mi nombre y malversaste dinero. ¿Para qué?

—Estatus. Algo que tú nunca entenderás.

—Algo que tú nunca tendrás —argumenté—. Todos detrás de las rejas comparten el mismo nivel de popularidad.

Rodó los ojos. —Te voy a dar un par de días para que entres en razón.

—O si no, ¿qué?

—No quieres saber la respuesta a eso. —Se fue, cerrando la puerta de un portazo, despertando a Emma.

Me miró con sus brillantes ojos azules, sonriendo. —¿Puedo ir a jugar?

Asentí, incapaz de siquiera hablar. Llevándola al balcón, ni siquiera me molesté en agarrar un paraguas para mí. La coloqué abajo y la ayudé a ponerse su abrigo, intentando no pensar en lo que Ava posiblemente pudiera tener bajo la manga.

Emma inclinó la cabeza hacia el cielo y tragó gotas de lluvias, y luego se alejó de mí, corriendo en círculos.

Un fuerte trueno sonó en la distancia, y como si pudiera darse cuenta lo que iba a decir, me miró con una gran sonrisa. —¡Cinco minutos más!

127

El *New York Times* no perdió tiempo imprimiendo la historia. Bueno, historias.

Henderson & Hart, Admirado Bufete de Abogados, Envuelto en un Escándalo.

Hart se Compromete a Cooperar Contra Henderson, Seguido de una Brutal Riña tras las Rejas.

Henderson Arrestado, Interrogado, Después de que su Esposa Afirmara Reciente Abuso Doméstico.

La única historia que no mencionaron, pendiendo de un hilo de respeto, fue la pérdida de la custodia de Emma. De tener que dársela a Kevin.

Era inocente de todos los cargos que enfrenté, pero debido al hecho de que le di una paliza a Kevin, y Ava afirmó que era igual de violento con ella, el juez no tuvo otra opción que otorgarle la custodia a su supuesto “amado padre biológico debido a la petición de la madre”.



Pensé que sería sólo por una semana o dos, un mes como mucho, pero a medida que los cargos se acumulaban y los casos recorrieron penosamente los tribunales a paso de caracol, los meses fueron más y más.

Para empeorar las cosas, Kevin y Ava a propósito llevaban a Emma a los lugares que sabían que frecuentaba: mi lugar favorito en el Central Park, mi lugar en el puente de Brooklyn, mis restaurantes favoritos.

En medio de mis comparencias ante el tribunal, los seguía al parque, resistiendo el impulso de gritarles por dejarla acercarse demasiado a las calles, conteniendo las ganas de tomarla y huir del estado.

En su lugar, me presenté ante cada mandato judicial tras mandato judicial, defendiéndome en múltiples casos a la vez. Busqué a través de cada tecnicismo de custodias, documentando caso tras caso de padres no biológicos que se quedaron con los derechos.

Eventualmente, la verdad sobre el plan de Ava y Kevin se descubrió, y el mismo día que Ava confesó haber mentido sobre que la golpeé, cuando admitió que todo fue una farsa, gané la custodia de Emma.

Fue tres días antes de su cuarto cumpleaños, así que me las arreglé para que unos pocos amigos de su vecindario vinieran con sus padres. El tema era el bosque lluvioso, por supuesto, y los adornos de la fiesta eran paraguas y botas de lluvia.

Kevin, todavía tontamente proclamando su inocencia respecto al fraude, se había apegado bastante a ella en los meses pasados. Preguntó si podía seguir viéndola los fines de semana una vez que me la entregó, pero ni siquiera me molesté en responder a eso.

La había visto el tiempo suficiente.

De pie frente a mi casa de piedra rojiza, lo llamé dos horas antes de su fiesta de cumpleaños, asegurándome de que la dejara a tiempo. En lugar de hablarme como un adulto, hizo que Emma repitiera cada palabra para mí.

—Estaremos ahí pronto —dijo ella, una sonrisa en su suave voz—. ¿Puedes por favor dejarnos disfrutar juntos nuestras últimas horas? Ella también es mi hija.

—Te veo pronto, Emma.

—¡Adiós, papi! —Cortó y reordené las decoraciones de la fiesta por enésima vez, saludando a los primeros invitados en llegar y dirigiéndolos a la sala de estar.

Media hora pasó.

Una hora entera.

Dos.



Llamé a Kevin, molesto de que estuviera haciendo esta mierda, como si fuese incluso la *mitad* de difícil de lo que fue para mí. Pero no respondió.

Enojado, llamé a la policía y ellos llegaron a mi puerta en cuestión de minutos.

—¿Liam Henderson? —preguntaron.

—Sí, soy quien llamó.

Saqué la orden de la corte de mi bolsillo y expliqué lo que sucedía, cómo Kevin se hallaba técnicamente cometiendo secuestro, pero me interrumpieron.

No se encontraban en mi casa para tomar un reporte.

Estaban ahí para dar uno.

Mientras calmadamente me explicaban que pasó, cómo ella se encontraba a menos de una cuadra cuando el auto chocó con un camión, mi mundo se detuvo.

Pregunté a qué hospital estaba siendo trasladada, qué ruta era más rápida para llegar, pero los policías simplemente suspiraron y apartaron la mirada, como si no quisieran decir nada más.

No tenían que hacerlo.

Sus miradas lo dijeron todo.

129

El funeral de Emma se celebró en un día húmedo y gris, otro duro golpe a mi pecho. Me senté mientras la poca gente que conoció decía discursos, de sus jóvenes amigos que aún tenían que comprender qué significaba realmente la muerte.

Mi vecina, una niña de cuatro años llamada Hannah, dijo—: Espero que vuelvas la próxima semana, Emma. Puedes venir a mi fiesta de cumpleaños.

Me quedé mirando el diminuto ataúd mientras lo bajaban a la tierra, la mitad de mí queriendo unirse a él y arriesgarme a ser enterrado vivo. Al menos así no tendría que sentir nada nunca más.

Mientras la multitud se disipaba uno por uno, golpeando mi hombro y diciendo—: Siento mucho tu pérdida. —Mientras se iban, vi a Ava entrando en el cementerio.

Flanqueada por dos guardias de prisión, cayó de rodillas y gritó una vez que llegó a la tumba descubierta.



—Me hicieron llegar tarde al funeral de mi niña. —Maldijo a los guardias—. Me lo perdí, maldita sea... ¿Cuán crueles pueden ser?

—Todos los permisos de salida tienen las mismas limitaciones de tiempo, señora —dijo rotundamente uno de ellos—. No podríamos habernos marchado antes.

Agitó su cabeza y continuó llorando, golpeando el suelo con sus manos. Como si necesitara distanciarse de la culpa, se puso de pie y caminó al podio, leyendo los papeles que fueron dejados ahí.

Se rompió de nuevo y caminé hacia allá.

—Liam... —Sostuvo sus brazos abiertos—. Realmente se fue, ¿no es así?

—*Se fue.* —Me rehusé a consolarla—. Y todo es tu culpa, Ava. Tu maldita culpa.

—¿Crees que no lo sé? —Sollozó—. ¿Crees que no lo *siento*?

—Deberías ser tú bajo tierra ahora mismo. Deberías ser tú.

—Liam...

—No merecía ser arrancada de mí y lo sabes.

—Sí, lo sé... Yo sólo...

—¿Tratabas de probar un punto? ¿Hacer cualquier cosa para lastimarme porque jodiste tu vida y querías arrastrarme contigo?

—Podemos superar esto... Aún podemos encontrar una manera de restaurar tu nombre en esta ciudad, y eres el mejor abogado que conozco, así que... Sé que puedes arreglar todo y quizás, también ayudarme. ¿Quizás perdonarme?

—Haré todo lo que esté en mi poder para asegurarme de que te pudras en la cárcel, para asegurarme de que nunca salgas y que la junta de libertad condicional no tenga ni una pizca de compasión.

—No quieres decir eso, Liam...

—Si alguna vez encuentro la manera de cometer un asesinato, tú y Kevin serán mis primeras víctimas.

El guardia frente a nosotros me dio una mirada.

—No seas así, Liam...

—Mi nombre no será Liam por mucho tiempo más, para que lo sepas. Será Andrew.

—¿Te vas? ¿Vas a dejarme aquí?



—Deberías ser tú bajo tierra ahora mismo... —Noté al director de la funeraria apilando las sillas, mecánicamente desmantelando simplemente otra ceremonia—. Deberías ser tú...

Uno de los guardias comenzó a hablar con el equipo de la funeraria, indagando si debían salir de las instalaciones o no. Notando que su tiempo era limitado, Ava se aferró a mí. —Liam, quiero decir... *Andrew*. Claramente aún me amas porque estás confiándome eso... Podemos reconstruir todo lo que tuvimos, podemos comenzar de nuevo, tú y yo... Podemos hacer esto si me ayudas...

Agarré sus manos y las alejé mientras uno de los guardias se acercaba.

—Sabes que no pertenezco a la prisión —dijo, llorando—. Me transferirán a una locación permanente la próxima semana... Sálvame, *Andrew*... Sálvame...

No dije nada.

—Si pudiera retroceder el tiempo, lo juro... juro que lo haría. ¿No crees que también amé a Emma?

—Amaste —dije—. Es pasado ahora, ¿no crees?

Suspiró. —Por favor no me dejes...

—No lo haré. —Di un paso atrás para que los guardias pudieran escoltarla a la camioneta—. Escribiré...

—¿En serio? —Sus ojos lucían esperanzados mientras se alejaba—. Está bien, espero tus cartas... Espero que nos arreglemos...

La lluvia aceleró su ritmo, pasando de una llovizna a un aguacero, pero me quedé de pie ahí, incapaz de alejarme de Emma. Volví a leer su pequeña lápida, llorando cuando su cara pasó por mi mente.

Emma Rose Henderson,

Una niña de papi, de principio a fin.

Se fue demasiado pronto,

Pero jamás será olvidada...

Me quedé mirando esas palabras por horas, dejando que la lluvia me empapara hasta los huesos. No fue hasta que el director me informó que las puertas estaban cerrando, que me alejé.

Perdido y con el corazón roto, pasé los siguientes meses en una neblina vertiginosa. A pesar de que Ava era quien se encontraba presa, el periódico continuó escupiendo sus mentiras como hechos, calumniándome, y no me molesté en discutir.



No tenía la energía.

Presenté testimonios escritos a través de abogados que contraté, sabiendo que eventualmente las cosas se resolverían. Ni siquiera me preocupé de que Ava hubiera contratado a su propio equipo de alto nivel para impedirme obtener el divorcio.

Ya no me importaba ni una mierda nada.

Mi firma colapsó ante mis propios ojos, todo hasta el fregadero fue vendido en partes, y en la comunidad jurídica, la caída se hizo una advertencia, un testimonio de lo que ocurría cuando el estatus y la codicia nos consumía.

Bebí cada mañana, dejando que el alcohol adormeciera mi dolor. Y cada vez que despertaba del desmayo, bebía de nuevo. Sólo cuando comenzaba a beber café podía funcionar lo suficientemente bien para hacer algo.

Visitar el cementerio era muy doloroso, casi tan doloroso como entrar a la habitación de Emma. Así que contraté a unas personas para que guardaran todo en cajas, diciéndoles que dejaran fuera los cuadros “E” y “H”; podría soportar ver eso ya que ella los había escogido.

Por meses, me lamenté por la vida que ella nunca tendría, intentando darle sentido a todo. Sabía en el fondo de mí que no podría quedarme aquí, pero no podía irme como el mismo hombre que fui; sabía que nunca podría superar a Emma, pero necesitaba una manera de hacerle frente. Una manera de reintegrarme lentamente al mundo real.

Parando en un puesto de periódicos, mi mirada atrapó un artículo sobre el nuevo abogado y pez gordo en la ciudad: Michael Weston. Vestido en uno de esos caros trajes que Kevin elogió una vez, era la comidilla de la ciudad y por las palabras que leía, era arrogante, sólo un poco más arrogante de lo que fui recientemente.

—Oh, conseguiste el último... —dijo una mujer mientras se paraba junto a mí.

—¿Quiere este diario?

—Bueno... —Se sonrojó—. No el periódico, en realidad. Sólo quiero la entrevista de Michael Weston para poder mostrarles a mis amigas mi chico ideal.

—¿Ha leído algo de la mierda que dice en esta entrevista? —Levanté una ceja—. Es un idiota.

—Eso lo hace más atractivo, ¿no crees?

—Le preguntaron qué hace cuando no obtiene comentarios favorables. —No podía creer cuan malditamente crédula se veía esta mujer—. ¿Quieres saber qué dijo?



—Seguro. —Cruzó sus brazos—. ¿Qué hace cuando obtiene malos comentarios?

—Mira su cuenta bancaria —digo—. Y entonces dice, y cito: “No recuerdo aprender que alguien necesita ser querido para ser exitoso”. Realmente dijo eso.

Prácticamente se derritió en la acera. —Apuesto que sabe cómo follar...

Le di el periódico y me alejé. Su comentario sobre sexo fue un recordatorio de todo el tiempo que pasó desde que dormí con alguien.

Y entonces, me golpeó: Sexo.

Necesitaba un poco, desesperadamente.

Me inscribí en un sitio de citas en línea, Date-Match, y lentamente me deshice de las capas del hombre que solía ser. Compré trajes caros, uno para cada día de la semana. Poco a poco frené mi excesivo consumo de alcohol para hacer espacio para un nuevo apetito, y en lugar de golpear mis paredes para liberar el estrés, invertí en cigarrillos cubanos.

Aun así, las mujeres que conocí en línea eran normales, y ninguna parecía estar interesada en sexo. Sólo querían hablar sobre tonterías, siempre dejándome inquieto y solo al final de la noche para beber mis penas, forzándome a volver a empezar con mi experimento.

Como la mujer que se encontraba sentada al borde de cama ahora mismo, una maldita habladora. Era unos años mayor que yo, una maestra de algún tipo, y no se podía callar ni para salvar su vida.

Hablaba sobre su vida en la universidad, sobre un chico llamado Billy al que amó, un chico que jamás le correspondió. Antes de que pudiese comenzar a adentrarse sobre la fogata en el campus donde se conocieron, me di cuenta de que no podría soportar más esta mierda.

—Creo que Billy y yo habríamos sido perfectos juntos —dijo—. Incluso hubo esta vez en que...

—¿Vamos a follar o qué? —la interrumpí.

—¿Qué? —Se agarró el pecho—. ¿Qué acabas de decir?

—Dije, ¿vamos a follar o qué? —Le di énfasis a cada sílaba—. No reservé esta habitación de hotel para sentarme y escucharte hablar toda la noche.

Su mandíbula cayó.

—Creí que... —balbuceó—. Creí que te gustaba.

—Me gustas lo suficiente para follarte. Eso es todo.



Sus ojos se abrieron y retrocedió un paso. —¿Todo este tiempo que estuvimos saliendo sólo has estado pensando en dormir conmigo?

Mentalmente añadí “preguntas retóricas” a la lista de mierda que no iba a aguantar más.

—Tenía la impresión de que todas esas citas a las que me llevaste era porque...

—Te llevé a todas esas citas para que pudiésemos conocernos un poco. Para poder saber que no eras una asesina psicópata, y para que te asegures que tampoco lo soy. —Hice una mueca por todo el tiempo que claramente perdí—. El propósito era que ambos estuviésemos lo suficientemente cómodos para follar, y luego podríamos ir por caminos separados.

—¿Solo sería *una vez*?

—¿Tienes un problema de audición?

Se veía completamente perdida, y no tenía el humor para aclarar esto.

Antes de que yo pudiese decir otra palabra, me miró a los ojos.

—Entonces —dijo, aún sorprendida—, ¿todas las cosas en tu perfil son mentira?

—No. Todo en mi perfil es cien por ciento exacto. —Saqué mi teléfono—. Específicamente escribí a qué me apunté, y he sido más que indulgente al pasar mi tiempo contigo. Pareces una buena persona, pero después de esta noche, tengamos sexo o no, no hablaré más contigo. Entonces, ¿qué vas hacer?

Se quedó ahí, su mandíbula cayó una vez más, y miré mi perfil.

Efectivamente, olvidé ajustar la configuración predeterminada cuando me registré en Date-Match, y mi espacio de “Qué Estoy Buscando” se hallaba lleno de tonterías: “Largas conversaciones, una conexión con alguien que realmente me entienda, y encontrar mi amor real.”

Ja...

Rápidamente borré todo el texto y levanté la mirada, notando que mi cita de esta noche seguía en la habitación.

—Si continúas de pie ahí —dije—, asumiré que quieres tener sexo esta noche. Si no, la puerta está justo detrás de ti.

Un resoplido fue el último sonido que escuché antes de que la puerta golpeará tan fuerte que hizo temblar el espejo en la pared.

Sin inmutarme, contemplé lo que quería escribir en mi perfil. Por los pasados meses, encontré decepción tras decepción, gastando mucho de mi tiempo y mi dinero en mujeres que no se encontraban en mi misma sintonía.



Y ahora todo tenía perfecto sentido. Todas esas cenas innecesarias, conversaciones nocturnas, y otras tonterías estaban a punto de acabar en este momento.

No necesitaba otra relación, esos días terminaron para siempre, y jamás pasaría más de una semana hablando con la misma mujer al teléfono.

A medida que el sol se ponía fuera de la ventana de la habitación del hotel, la frase perfecta vino a mí, y escribí: Una cena. Una noche. Sin repeticiones.

Luego, la destacué y la puse en negrita.

Mirándola, viendo cuan desnuda se veía, alguien podría pensar que no era realmente serio, así que debajo, puse las cosas completamente claras:

Sexo casual. Nada más. Nada menos.



Tolerar (v.):

Perdonar, apoyar y/o pasar por alto las fallas morales o legales de otro sin protestar, con el resultado de parecer tales incumplimientos de deberes morales o jurídicos aceptables. Un empleador puede pasar por alto a un empleado que le cobre de más a clientes o un oficial de policía puede mirar hacia otro lado cuando una persona utiliza autoayuda violenta para resolver un problema.

Traducido por Vanessa Farrow

Corregido por LucindaMaddox

Aubrey

136

Me senté en la parte trasera la sala del juzgado, escuchando a Andrew colapsar en el estrado. Dos veces, cuando la defensa deliberadamente mencionó a Emma, perdió toda compostura.

Sin embargo, cuando vi la mirada en sus ojos ante la sola mención de ella, el “desliz” su nombre, sentí su dolor.

Mantuve mi cabeza gacha el resto de su testimonio, así nuestros ojos no se encontrarían, por lo que no sabría que yo me encontraba aquí, y cuando el juez pidió un breve receso, salí.

Los reporteros murmuraban en el pasillo, con la esperanza de que él no hubiera leído ninguno de sus viejos artículos sobre él hace años, y de repente gritaban preguntas.

—¡Señor Henderson! ¡Señor Henderson! —Lo persiguieron al segundo que salió de la sala del tribunal—. ¡Señor Henderson!

Se detuvo y los miró. —Mi nombre es *Señor Hamilton*.

—¿Cómo se siente acerca de potencialmente enviar a su ex socio y mejor amigo a la cárcel?

—Se está enviando a sí mismo a la cárcel —respondió.



—¿Tiene intenciones de volver a ponerse en contacto con él mientras esté tras las rejas?

Ignoró esa pregunta con una mirada en blanco.

—Su nombre se limpió hace años, y sin embargo dejó Nueva York — preguntó alguien—. Ahora que todo está descubierto para bien, ¿alguna posibilidad de que volverá y reabrirá su empresa?

—Estoy a punto de pasar mi última hora en esta ciudad de camino hacia el aeropuerto —dijo, poniéndose las gafas sobre los ojos.

La multitud de periodistas lo siguió fuera de la sala de audiencias, y él se deslizó en el interior del coche sin mirar de nuevo.

Suspirando, saqué mi teléfono y volví a leer los mensajes que me envió esta mañana, lamentando un poco que no le respondí.

Asunto: Nueva York.

Me gustaría verte una última vez antes de irme. ¿Puedo recogerte para desayunar?

PD: Realmente iba a decirte todo esa noche...

—Andrew

137

Asunto: Tu coño.

Este mensaje no es realmente acerca de tu coño. (Aunque, ya que toqué el tema, es el número uno en mi lista de cosas favoritas.)

Ven a desayunar conmigo. Estoy fuera de tu puerta.

—Andrew

Mientras releía ese correo electrónico, uno nuevo apareció en mi pantalla:

Asunto: Adiós.

—Andrew

Sabía que mi falta de respuesta era inmadura, que era mi culpa que no llegara a verlo antes de que se fuera, pero sentí que se pudo haber esforzado más. Y todavía sentía que se había equivocado por no ser abierto conmigo cuando debió hacerlo.

Saliendo del juzgado, me dirigí a casa y pensé en todas las verdades a medias y mentiras que afectaron nuestra relación. Alyssa. Su esposa. Mi nombre real. Su verdadero nombre.



Todo lo que teníamos fue construido sobre mentiras...

Dejando que las lágrimas rodaran por mi rostro, abrí la puerta de mi casa, preparada para ducharme hasta que no pudiera llorar más, pero Andrew se encontraba de pie en la sala.

—Hola, Aubrey. —Me miró.

—El allanamiento de morada es un delito. —Me crucé de brazos—. ¿No deberías saber eso?

No dijo nada, sólo siguió mirándome, de arriba abajo.

—¿No tienes que tomar un vuelo? —Mi voz se quebró—. ¿No deberías estar pasando tu última hora en Nueva York de camino al aeropuerto?

—Me di cuenta que todavía tengo algo que decirte.

—¿Tienes otro nombre falso del que me quieras contar? Otra identidad secreta que desees...

—Detente. —Se acercó más y más, hasta que choqué con una pared, y me miró directamente a los ojos—. Necesito que me escuches, Aubrey. Sólo jodidamente escucha...

Traté de alejarme de él, pero agarró mis manos y las sujetó sobre mi cabeza. Luego, usó sus caderas para mantenerme quieta.

—Vas a quedarte aquí y escucharme por los próximos cinco minutos, te guste o no. —Las palabras salieron apresuradas, acaloradas—. Ya que de repente te preocupas por saber la verdad, te voy a decir la puta verdad...

Traté de decir algo, pero se inclinó hacia abajo y me mordió los labios. Fuerte.

—Me gustabas cuando eras Alyssa y yo era Thoreau, cuando pasamos noches hablando de tus ridículas tareas y mi bufete de abogados... Me gustabas incluso después de que jodidamente mentiste y te vi en tu entrevista, me gustabas... —Tensó el agarre alrededor de mis muñecas—. Y a pesar de que sabía que no debería haberte perseguido y aparecido en tu apartamento ese día, lo hice, y te follé... Después de eso, *realmente* me gustaste.

—¿Estás hablando en serio en este momento?

—Malditamente en serio. —Me miró y me mordió los labios de nuevo, ordenándome en silencio que me mantuviera callada—. No quería que me gustaras, Aubrey. Se suponía que no debía, y no tenía que hacerlo, pero todos los días después de eso eras en todo lo que podía pensar. Tú y tu boca arrogante, y cómo tus mentiras tal vez no eran tan malas después de todo.

—¿Qué pasa con *tus mentiras*? ¿Todavía crees que estás por encima de la moral? Que...



—*Deja de hablar.* —espetó—. Déjame terminar.

Tragué saliva y me miró fijamente unos segundos antes de continuar.

—Sí, te oculté el hecho de que era casado, y aunque no fue intencional, aun así era una mentira.

—Una *gran* mentira.

—*Aubrey...* —Me agarró con más fuerza—. No había pensado en Ava en mucho tiempo... Por el contrario, he estado pensando en ti todos los días desde que te fuiste.

—No, no lo haces...

—Sí. —Me miró directamente a los ojos—. Conduje a tu clase de ballet dos veces por semana, tratando de verte, tratando de hablar contigo y pedirte disculpas... Envié cosas a tu apartamento. Incluso me presenté dos veces, pero eso fue antes de que supiera que te habías mudado.

—Sólo estás diciéndome todo esto para poder follarme... —Sacudí la cabeza y aparté la mirada, pero me hizo mirarlo de nuevo.

—Estoy diciendo todo esto porque te amo...

Jadeé y lágrimas se formaron en mis ojos.

—Jodidamente te amo, *Aubrey...* —repitió, limpiándome la cara—. Y haré lo que sea para demostrártelo. —Rozó sus labios contra los míos—. ¿Todavía me amas?

—No, yo no... No de ninguna... —Sentí sus labios contra los míos, silenciándome.

No quería devolverle el beso, quería empujarlo y decirle que se fuera, pero separé mis labios y dejé que su lengua se deslizara dentro de mi boca.

Lentamente, liberó mis manos de su agarre y cerró sus brazos alrededor de mi cintura, manteniendo sus labios unidos a los míos. No me dio la oportunidad de hablar, de respirar. Sólo me besó sin sentido hasta que no pude soportarlo más.

—Si honestamente puedes decir que no me amas —susurró, alejándose lentamente de mí—, entonces te dejaré sola.

—¿Y si no puedo? —le pregunté, sin aliento.

—Si no puedes, vas a mostrarme tu habitación para que tú y yo podamos conocernos de nuevo.

—¿Conocernos de nuevo? —Gemí cuando acunó mi culo—. ¿Eso es un código para una conversación?

—Es un código para follar.



—¿Te mataría decir una sola vez hacer el amor?

—Depende de si realmente me amas o no.

Silencio.

Sus dedos ahora trazaban la cremallera en la parte trasera de mi falda, jalándola suavemente mientras me miraba a los ojos.

—Te odio —dije, haciéndolo levantar la ceja—. Si me dijiste todas esas cosas sólo para ilusionarme, nunca te lo perdonaré.

—Todavía no lo haces... —Me besó suavemente—. Quise decir cada palabra que dije. —Me bajó la cremallera—. Y de verdad necesito saber si aún me amas porque... —Dejó de hablar.

Mi falda cayó en un charco en el suelo y tiró mi tanga de mi cintura hasta que se rompió.

—Aubrey, dime... Dime ahora mismo.

Jadeé cuando deslizó un dedo dentro de mí, y él gimió ante lo mojada que estaba.

—Sí...

—¿Sí? —Movié su dedo dentro y fuera—. Sí, ¿qué?

—Sí, yo... —Hice una pausa mientras besaba mis labios—. Sí, todavía te amo.

—¿Dónde está tu habitación?

Miré a mi izquierda y de inmediato me jaló por el pasillo, cerrando la puerta detrás de nosotros. No me dio la oportunidad de desvestirme. Sus manos estaban sobre mí, desabrochándome la camisa, rompiendo mi sostén, y acariciando mis pechos.

Me acerqué y le desabroché el pantalón, bajándolo. Entonces, me tiró sobre la cama, subiendo encima de mí.

Extendí las piernas debajo de él, levantando mis caderas para que pudiera follarme, pero no lo hizo. En su lugar, me besó el cuello, susurrando lo mucho que me extrañaba, lo mucho que me necesitaba.

—Andrew... —Sentí su polla rozarse contra mi muslo.

Movié su boca lentamente a mi pecho, arremolinando su lengua en mis pezones mientras palmeaba mis pechos. Sus besos viajaron más y más abajo, hasta mis muslos.

Cerré los ojos cuando presionó su lengua contra mi clítoris, mientras de forma burlona la movía contra mí en círculos lentos y sensuales.



—Ahhhh... —Traté de cerrar las piernas, pero él las clavó en el colchón y alzó la vista hacia mi.

—Aubrey... —Su voz era baja.

—¿Sí?

Rodeó el clítoris con el pulgar, haciendo que se hinchara de placer. — Dime que soy dueño de esto.

Cerré los ojos mientras incrementaba la presión, frotando su pulgar una y otra vez.

—Dime que soy dueño de tu coño, Aubrey.

—Sí... —Me retorció debajo de su mano—. Sí...

—Dilo. —Me impidió moverme—. Necesito que lo digas.

Un escalofrío recorrió mi espalda y finalmente le devolví la mirada. — Sí... Eres su dueño.

Sonrió y metió la cabeza entre mis piernas de nuevo, devorándome, haciéndome gritar con toda la fuerza de mis pulmones, pero no me dejó acabar.

En cambio, me giró. —Boca abajo, en cuatro patas.

Me quedé sin aliento y lo complací lentamente, y lo siguiente que sentí fue él palmeando mi culo, besando mi espalda.

—Todavía no he reclamado cada centímetro de ti... —dijo, apretando mis nalgas con dureza—. Pero lo guardaré para cuando piense que estás lista.

Me quejé mientras se deslizaba en mi coño centímetro a centímetro, inclinándose hacia delante. Quitó la banda elástica de mi cabello y me jaló hacia atrás, susurrando—: Se va a sentir como esto... Tal vez incluso mejor...

—Ahhhh...

—Y cuando suceda, dejarás que me corra dentro de ti... —Su otra mano acarició mi costado y apretó mis pechos—. Quiero que sientas hasta la última gota...

—Andrew. —Me aferré a las sábanas.

—¿Sí?

No le respondí. No pude.

Palmeaba mi trasero mientras embestía dentro de mí, dándomelo duro mientras susurraba mi nombre.

Lo encontré embestida tras embestida, incapaz de soltar las sábanas, y cuando me sentí alcanzando el borde, acercándome mientras torturaba mi clítoris con los dedos, me lo negó nuevamente.



Salió de mí, haciéndome gemir, y entonces me hizo enfrentarlo de nuevo. Inmediatamente se enterró dentro de mí, mirándome a los ojos, deslizando su polla lentamente una y otra vez, sofocando mis gritos con su boca.

Sentía su polla palpitando dentro de mí, sentí mis músculos contrayéndose mientras él maldecía contra mis labios, y cuando nos miramos a los ojos de nuevo, los dos llegamos al mismo tiempo.

Caí hacia adelante contra su pecho, jadeando. — Andrew, yo...

Me interrumpió con un beso. — También te amo...

Nos quedamos allí conectados durante lo que pareció una eternidad, él pasando sus dedos por mi cabello, yo acariciando su pecho con mis manos.

— ¿Estás bien? — preguntó.

— Sí...

Salió de la cama y se puso de pie para tirar el condón. — Ven aquí.

No me podía mover. Todavía me sentía débil por mi último orgasmo.

Sacudió la cabeza y deslizó las manos debajo de mis muslos, levantándose y cargándose fuera de la habitación, comprobando cada puerta que pasamos. Cuando llegamos al cuarto de baño, me bajó.

— No creo que pueda mantenerme de pie el tiempo suficiente para una ducha... — susurré.

Me ignoró y encendió el agua. — No vamos a tomar una ducha. — Me alzó y me puso suavemente en la bañera.

Subiendo detrás de mí, agarró una botella vacía y la llenó con agua tibia. Luego la derramó gentilmente sobre mi cabeza.

Tomó un poco de champú de la repisa y puso unas gotas en mi cabello, enjabonando hasta hacer espuma.

Lo escuché hacerme preguntas, algo sobre cómo me sentía o si quería hablar con él acerca de lo que tenía en mi mente, pero cuando sus dedos continuaron masajeando mi cuero cabelludo, todo se volvió negro.

Me desperté en la cama sola.

No había ninguna nota de Andrew, y toda su ropa desapareció.



Empezaba a pensar que tener sexo con él fue un sueño, pero vi su billetera sobre mi mesita de noche. Me quité las mantas y sonreí cuando vi que me vistió con ropa interior de seda.

Salí de la habitación y al pasillo, donde se encontraba parado en mi balcón fumando un cigarrillo.

—¿Desde cuándo fumas? —Me detuve detrás de él.

—No lo hago a menudo —dijo—. Sólo cuando tengo que pensar.

Asentí y miré el cielo nocturno, pero de repente sentí que me jalaba contra él.

—¿No vas a preguntarme lo que estoy pensando? —Sonrió—. Seguramente tienes preguntas.

—Sí las tengo, *Liam*.

—Podemos hablar de ello.

—¿Ahora?

—Si eso es lo que quieres... —Apagó su cigarro y me acercó a una silla, colocándose sobre su regazo—. ¿Cuánto tiempo hace que sabes sobre esto?

—Un par de semanas...

—Mmm.

Sacudí la cabeza. —¿Bach y Greenwood saben quién eres en realidad?

—Sí, lo saben.

—Entonces, ¿por qué tienes que ocultarlo de todos los demás?

—Abogado estimado o no, nadie quiere contratar a alguien que tiene una historia en los periódicos... Hace que una empresa de alto perfil se vea mal. — Me besó en la parte posterior de mi hombro.

—¿Cómo era Emma?

Suspiró, mirándose. —Era perfecta...

Pensé en una manera de cambiar el tema, pero siguió hablando.

—Ella odiaba cuando me iba a trabajar, y me rogaba que la llevara a veces, así que la llevaba... —Su voz era baja—. Y entonces, no conseguía terminar nada porque el parque se hallaba justo al cruzar la calle y siempre quería jugar... Siempre.

—¿Te seguía en casa? —le pregunté.

—Era mi sombra. Se dormiría en el sofá si estaba trabajando, y si me veía salir de la habitación para tomar una llamada, se cruzaba de brazos y me



miraba ofendida si no la invitaba a escuchar. —Dejó escapar una pequeña risa, pero no dijo nada más.

—¿Puedo preguntarte algo? —Me apoyé en su pecho.

—Si digo que no, no creo que eso te detenga...

—¿A dónde vamos desde aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... ¿Qué pasa ahora con nosotros?

Me miró, confundido. —¿Nosotros?

—¿Estamos en una relación? ¿Vas a quedarte conmigo, o vas a regresar a *Date-Match*?

Se me quedó viendo durante mucho tiempo. —No puedo quedarme en Nueva York, Aubrey. Creo que puedes entender por qué...

—No tienes planes para quedarte más allá de esta noche ¿verdad?

—No.

—¿Y te vas por la mañana?

—Sí. —Trató de besar mi cabello, pero me alejé—. Entonces, ¿esta era alguna forma de arreglar a tu Aubrey antes de ir a casa? ¿Decir todo lo correcto para que puedas sentirte mejor contigo mismo cuando te vayas?

—Quería que supieras que te amaba antes de irme a casa.

—Y para conseguir algo de coño, por supuesto.

—Por supuesto. —Sonrió, pero no se la devolví.

—Te dije que no me ilusionaras, Andrew. —Di un paso atrás—. Y de todos modos lo hiciste.

—¿Qué quieres que haga, Aubrey? ¿Qué me mude contigo? ¿Qué jodidamente te lo proponga?

—Quiero que te quedes... Y si no puede quedarte, quiero que te vayas...
Ahora

—Aubrey...

—Ahora —dije—. Todavía podemos ser amigos, pero no quiero que...

—Detente. —Me acercó y presionó su boca contra la mía—. Somos más que amigos... siempre lo fuimos. Sólo no puedo estar contigo en este momento.

Abrí la boca para protestar, pero me besó una y otra vez, susurrando cuando ahuecó mis pechos—: Realmente preferiría si nos pasamos el resto de la noche en la cama y no discutiendo...



Suspender la sesión (v.):

Suspender los procedimientos: Suspender los asuntos de una corte, congreso o comité indefinidamente.

Traducido por Alysse Volkov

Corregido por SammyD

Aubrey

Semanas más tarde...

Me puse de puntillas tras bastidores, inclinando mi cabeza hacia el techo, ensayando el movimiento final de la producción por última vez. Debería estar feliz y sonriente, contenta por el hecho de que me hallaba a punto de debutar en el papel principal en una producción de la Compañía de Ballet de Nueva York, pero no. Me encontraba lejos de ello.

Me sentía sola, y sabía que ninguna cantidad de aplausos o elogios alejaría esos sentimientos.

Todavía retenía mis últimos momentos con Andrew: El sexo mañanero en la ducha, el sexo contra mi puerta, el sexo en la limusina de camino al aeropuerto. (Y también el último rapidito en el baño del aeropuerto...)

Me dijo que me amaba todo el tiempo, que no quería dejarme, pero se fue de todos modos.

Nuestra relación fue relegada ahora a hablar por teléfono todas las noches, recapitulando nuestros días, haciéndonos venir entre fantasías, pero no era suficiente. Y sabía que no sería suficiente para mí por mucho más tiempo.

Lo necesitaba aquí.

—¡Todo el mundo, quedan cuarenta minutos! —Un ayudante de escenario se deslizó junto a mí—. ¡A sus lugares en cuarenta!

Tomé una profunda respiración y caminé hacia un espejo que colgaba cerca del ala. Mirándome fijamente, aprecié el traje de esta noche, un resplandeciente rostro blanco que parecía sacado de un sueño: cristales



brillantes adornaban cada centímetro del leotardo, el tutú se encontraba recién esponjado y rociado con brillo, y mi diadema con plumas tenía más capas y era mucho más definida que la que usaba en Durham.

—¿Aubrey? —dijo una voz familiar detrás de mí.

—¿Mamá? —Me di la vuelta—. ¿Qué haces tras bastidores?

—Queríamos venir a desearte buena suerte en persona. —Asintió hacia mi padre.

—Gracias...

—También queremos que sepas que a pesar de que todavía deseamos que continúes con la escuela de derecho, estamos muy orgullosos de ti por perseguir tus propios sueños.

Sonreí. —Gracias, otra vez.

—Y también estamos muy, *muy* honrados de tenerte como nuestra hija porque eres una gran inspiración para todos los estudiantes universitarios que visitarán las urnas en las elecciones de este año, estudiantes que tienen sueños y ambiciones similares con respecto a las carreras en las artes.

—¿Qué?

—¿Conseguiste todo eso? —Se giró a la reportera detrás de nosotros que apagaba su dispositivo—. Asegúrate de utilizar esa última parte como un extracto para el siguiente comercial.

—¿En serio?

—¿Qué? —Se encogió de hombros—. Dije en serio cada palabra, pero también es bueno tenerlo grabado, ¿no crees?

No me molesté en refutar.

Mi padre dio un paso adelante y me abrazó, posando para una antinatural foto, pero cuando el fotógrafo se alejó, sonrió.

—Estoy feliz por ti, Aubrey —dijo—. Creo que aquí es donde perteneces.

—Sólo dices eso porque piensas que el que esté aquí significa que no arruinaré la campaña en casa.

—No, *sé* que el estar aquí significa que no arruinarás la campaña en casa. —Se rió—. Pero aun así, estoy feliz por ti.

—Que reconfortante...

—Es cierto —chilló mi madre—. Estamos emocionados por ti.

—¡Damas y caballeros, estamos a punto de comenzar nuestro espectáculo en exactamente una hora! —rugió el señor Ashcroft—. Si no eres una bailarina,



un bailarín, o un ayudante de escenario, por favor, salgan de mi escenario.
¡Ahora!

Mis padres me abrazaron, reteniéndome por un largo rato. Cuando retrocedieron, se turnaron para besar mi mejilla antes de que se alejaran.

Acomodé mi diadema una última vez y comprobé mi teléfono. Efectivamente, tenía un correo electrónico. Andrew.

Asunto: Buena suerte.

Lo siento, no pude llegar a tu primera noche de estreno, pero estoy deseando escucharlo esta noche cuando me llames.

Estoy seguro que será memorable para todos en el público.

— Andrew.

P.D.: Te extraño.

Asunto: Re: Buena suerte.

No te llamaré esta noche. Deberías haber estado aquí. *Pensaré sobre recapitularlo para ti la próxima semana.*

— Aubrey.

P.D.: Tu “te extraño” podría ser mucho más convincente si el asunto del correo que enviaste hace dos horas no fuera “extraño tu coño”.

Asunto: Re: Re: Buena suerte.

Sé que debería haber estado allí. Por consiguiente, ya he mencionado una disculpa.

Y me llamarás.

— Andrew

P.D.: Las extraño a ambas.

Asunto: Re: Re: Re: Buena suerte.

Realmente te quería aquí...

— Aubrey

Apagué mi teléfono para no continuar enviándole mensajes. Necesitaba concentrarme.

Todos los ensayos y clases de baile que tomé en los últimos veintidós años me habían traído a este momento. En treinta y seis minutos, cada



movimiento sería expuesto para una de las audiencias más grandes en el mundo de la danza.

Reuniría las opiniones de los más acérrimos críticos, la mayoría viejos admiradores del ballet, y los periódicos tendrían las primeras críticas que podrían hacer o romper el camino de la producción restante. Pero ahora mismo, en este momento, nada de eso importaba.

Este era mi sueño, finalmente lo vivía, y sólo podía asegurarme de dar lo mejor de mí.

—¿Lista, señorita Everhart? —El señor Ashcroft colocó sus manos sobre mis hombros—. ¿Lista para mostrarle a esta ciudad que pertenece aquí?

Asentí. —Mucho, señor.

—Bien, porque también estoy listo para hacerles ver eso. —Aplaudió por encima de su cabeza, avisándole al resto de los bailarines que se reunieran.

—Damas y caballeros, es oficialmente la noche de estreno —dijo—. Han trabajado duro durante meses, registrado cada hora necesaria y algo más, y realmente creo que la presentación de esta noche del *Lago de los Cisnes* será la mejor presentación que esta audiencia verá jamás. —Hizo una pausa—. Si no es así, me aseguraré de que lo paguen en el ensayo de mañana.

Hubo gemidos. Sabíamos que no bromeaba.

—Estaré sentado en el balcón al centro del escenario, y no ofreceré ningún elogio, ningún indicio de aplauso, si la presentación es nada menos que perfecta. ¿Estamos claros?

—Sí, señor —murmuramos colectivamente, aún intimidados por su poder.

—Bien. Ahora ocupen sus lugares. —Se alejó de nosotros y chasqueó sus dedos—. Háganme sentir orgulloso.

Tomé mi lugar en el centro del escenario y di la espalda a la cortina, levantando mis manos sobre mi cabeza. Escuché a la orquesta dándole a sus instrumentos una última afinación, escuché al pianista reproduciendo el estribillo que se perdió en el ensayo de esta mañana, y luego escuché el silencio.

Silencio ensordecedor.

Las luces de la galería parpadearon, lento primero y después más rápido, y todo se volvió negro.

Cinco... Cuatro... Tres... Dos...

El pianista tocó la primera estrofa de la composición y las cortinas se levantaron, apuntando el brillante reflector en mi espalda.



El cuerpo de baile del cisne, veinte bailarinas vestidas completamente con tutús blancos, formaron un círculo a mí alrededor, y cuando se pararon en puntillas, inclinando la cabeza hacia atrás, lentamente giré para enfrentar la audiencia haciendo una pausa, mirando todos los rostros sin nombre y luego me perdí en mi propio mundo.

Era Odette, la Reina Cisne, y me enamoré de un príncipe a primera vista, bailando con él debajo de una esfera brillante de luces, diciéndole que necesitaba prometer su amor por mí si quería romper el hechizo de mi lago.

Se oían los gritos de asombro de la audiencia sobre la música, pero mantuve mi concentración.

Haciendo la transición perfectamente del dulce cisne blanco, que no quería nada más que enamorarse, al malvado cisne negro, Odile, que no quería nada más que evitar que esto sucediera.

Ilustré el amor, desamor y la devastación a lo largo de dos horas, nunca parando para recobrar el aliento, nunca perdiendo el ritmo.

Al final, donde el amor de mi vida se compromete a morir conmigo en lugar de honrar su promesa errónea al cisne negro, no pude evitar desviarme de la coreografía.

En lugar de tomar su mano y dejarlo llevarme al “agua”, salté en sus brazos, dejándolo sosteniéndome en alto para que todos los otros cisnes vieran. Y entonces, los dos giramos en el olvido, “muriendo” juntos.

La música comenzó su decrescendo, medio sombrío y medio ligero, y las luces se apagaron, dejando nada. Todo termina con oscuridad.

Y silencio.

De repente, surgió un ruidoso aplauso del público y elogios colectivos. “¡Bravo!” “¡Otra vez!” “¡Bravissimo!” se hicieron eco en las paredes.

Las luces del escenario se encendieron y saludé al público, dando una mirada al mar de rostros bien entretenidos: El señor Petrova se hallaba al frente y al centro, asintiendo mientras aplaudía, murmurando—: Bien hecho, Buen trabajo. —Mi madre se limpiaba una lágrima de sus ojos y miraba a mi padre, diciendo—: Es nuestra hija. —Incluso el señor Ashcroft, todavía con su rostro de piedra, se encontraba de pie y aplaudiendo, deteniéndose al momento en que sus ojos se encontraron con los míos.

—Bravo —gesticuló antes de alejarse.

Mantuve una sonrisa enyesada en mi cara mientras exploraba la habitación, buscando a la única persona que quería, la única persona que *necesitaba* ver, pero no se encontraba allí.



—Gracias, damas y caballeros, por asistir a la noche de estreno —dijo uno de los directores que subió al escenario—. Por nuestra tradición de estreno, presentaremos ahora a los miembros de nuestro cuerpo de baile para ustedes...

Traté de concentrarme en las presentaciones, traté de concentrarme en alguien más aparte de Andrew, pero cuando levanté mi cabeza de otra reverencia al público, lo vi.

Se encontraba allí en la primera fila, en el último asiento de la izquierda. Me miraba y sonreía, gesticulando—: Felicitaciones.

—Y por último, pero no menos importante, nuestra protagonista de la noche y nueva bailarina principal aquí en la CBNY... ¡Aubrey Everhart! —dijo el director en el micrófono y el público ovacionó ruidosamente.

—¿Señorita Everhart? —Me dio un codazo, susurrando—: Señorita Everhart, necesita hacer su saludo final al público y dejar el escenario...

No me moví. Seguí mirando fijamente a Andrew.

—¿Señorita Everhart? —susurró, más duramente ahora—. Haga una reverencia al público y vaya tras bastidores... *Ahora...*

Me alejé de ella y caminé directamente hacia Andrew, tomando mi tiempo para bajar los escalones del escenario. Me paré delante de él, mirando directamente a sus ojos, ignorando los murmullos confusos de la multitud.

La directora dijo unas palabras más, el señor Ashcroft dio sus saludos y las cortinas se cerraron sin mí.

Mientras la audiencia daba un aplauso final y comenzaba a salir del lugar, finalmente encontré mi voz.

—Pensé que dijiste que no vendrías... —susurré—. ¿Viniste sólo a ver mi presentación o te quedarás un poco más?

—Me quedo un poco más.

—¿Eso significa permanentemente?

—No. —Limpió mis lágrimas—. Significa que permaneceré aquí hasta que te des cuenta de lo terrible que es esta ciudad, hasta que te encuentres lista para irte.

—Firmé un contrato por tres años.

—Cada contrato es negociable. —Sonrió y me jaló a sus brazos—. Y si no te disculpas por arruinar los créditos de cierre esta noche, podrán tomarlo como una infracción y despedirte...

—¿Dónde trabajarás? —pregunté—. ¿Vas a ejercer el derecho? ¿Puedes ejercer el derecho?



Besó mis labios. —Daré clases en la universidad de Nueva York.

—¿Qué? —Mi corazón inmediatamente lo sintió por los futuros estudiantes—. ¿Por qué?

—¿Qué quieres decir con ese por qué?

—Eres un terrible profesor, Andrew... Todos los internos en GBH te odiaban.

—Me importa un carajo.

—Lo digo en serio... —Estaba realmente preocupada—. Creo que deberías reconsiderarlo. Enseñar no es algo para todos, así que...

—En primer lugar —dijo, cortándome y apretando su agarre a mí alrededor—, *soy* un jodido buen profesor. Sólo depende de la materia... —Pasó su dedo por mis labios—. Recuerdo enseñarte cómo hacer algo muy bien...

Me ruboricé.

—En segundo lugar, la última vez que comprobé, todos los internos en GBH eran bastante imposibles de enseñar y tontos como piedras, todos excepto una.

—¿Esa que era una maldita mentirosa?

—Sí —dijo—. Esa.

—Escuché que rompió todas tus reglas. —Levanté mi mano hasta su cara—. Escuché que terminó con tu racha de una cena, una noche, sin repeticiones...

—Estoy bastante seguro que no lo hizo.

—¿Es eso cierto? —Entrecerré los ojos—. ¿Sigue sucediendo? ¿Sigue siendo tu lema personal?

—En cierta medida —dijo, presionando sus labios contra los míos—. Puesto que todavía me gusta el sonido de eso, y estaré saliendo con ella de aquí en adelante, sólo reemplazaré la palabra "una" con "más"...



Epílogo

*Traducido por Snow Q
Corregido por Adriana Tate*

Andrew

Seis años después...

Nueva York, Nueva York.

Me encontraba de pie delante de un salón de clases en la Universidad de Nueva York, contando los segundos, preguntándome por qué alguna vez acepté hacer esto.

— ¿Hay alguna pregunta? — Miré mi reloj.

Varias manos se alzaron.

— Sólo responderé tres. — Señalé a una joven estudiante en la fila delantera—. Sí, tu. ¿Cuál es?

— Eh... — Se sonrojó—. Buenos días, profesor Hamilton. Mi nombre es...

— No me importa cuál sea tu nombre. ¿Cuál es tu pregunta?

— Eh, ya han transcurrido dos semanas desde que comenzó el semestre y todavía tiene que entregarnos el programa...

La ignoré y apunté a un deportista en la fila del fondo. — ¿Sí?

— Tampoco nos ha dicho cuáles libros tenemos que comprar...

— ¿Alguien en este salón de clases conoce la definición de la palabra "pregunta"? — Escogí a la última estudiante, una pelirroja sentada cerca de la ventana—. ¿Sí?

— ¿Es verdad que estamos obligados a turnarnos para traerle café todos los días?

Miré la taza de café en mi escritorio, y luego a la hoja de registro que enlistaba cuál estudiante lo había traído hoy.



—No es una obligación —dije, recogiendo la taza—, pero si pierdes tu día de traerme café, me aseguraré de que todos en la clase se arrepientan.

Gruñeron en conjunto y sacudieron la cabeza. Un par de ellos todavía tenía las manos levantadas, pero había terminado oficialmente por el día.

—Lean de la página 153 a la 260, de lo impreso para la próxima clase. Espero que conozcan las variantes de cada caso. Pueden retirarse. —Salí, sin decir nada más.

Entrando en el auto, noté un nuevo correo electrónico en mi teléfono.

Asunto: Baño.

Gracias por enviarme esa nota muy inapropiada con las flores. Ahora todos mis compañeros saben que todavía tenemos que follar en nuestro baño nuevo.

¿Por qué eres tan ridículo?

—Aubrey.

Asunto: Re: Baño.

De nada. Espero que te hayan gustado.

Y esa no fue una “nota” la que te envié. Es una orden que será cumplida en las próximas horas.

¿Por qué niegas que te encanta?

—Andrew.

Podía imaginarla rodando los ojos ante mi último mensaje, así que encendí el auto y aceleré hacia nuestro hogar.

Aunque había pasado los últimos seis años aquí, todavía trabajaba en tolerar las cosas que una vez odié, cosas que ahora me molestaban cada vez menos, pero todavía me quedaba un largo camino por recorrer.

Algunos recuerdos nunca pueden ser reemplazados...

Sin embargo, Aubrey se hallaba completamente cautivada y atontada por la ciudad. En cada oportunidad que no estaba en una gira sin descanso con la compañía de ballet, insistía en que probáramos cada restaurante, teatro, y atracción turística posible, en un esfuerzo por lograr que me enamorase de todo de nuevo.

Aparqué delante de la construcción de piedra rojiza; un edificio de ladrillo comprado recientemente en Brooklyn, y subí las escaleras.

—¿Aubrey? —dije cuando abrí la puerta—. ¿Estás aquí?



—Sí —dijo a la distancia—. Y no estoy en el *baño*.

—Lo estarás eventualmente. —Recorrí el pasillo, deteniéndome cuando la vi colgando otro marco en su oficina.

Las paredes se hallaban cubiertas de fotos suyas de pie en medio del escenario, una foto diferente por cada noche en la que había abierto una presentación.

—¿Tengo que construir otra habitación para ti y para tus fotos? —pregunté—. Te estás quedando sin espacio.

—No, creo que ésta es la última.

—¿Todavía te retirarás para fin de mes? —Me detuve detrás de ella y besé su cuello—. ¿O todavía no has cambiado de opinión?

—No cambiaré de opinión. —Se giró para enfrentarme—. Creo que es momento de concentrarme en algo nuevo.

—¿En convertirte en la versión femenina del señor Ashcroft cuando enseñes?

—No seré tan mala —dijo—, pero necesito un descanso como dijiste, creo...

Asentí. Le había dado todo mi apoyo a lo largo de su carrera profesional, viajaba con ella fuera del país para ver algunas de las presentaciones, contraté un masajista profesional que estuvo a su entera disposición y documenté todos sus logros de los periódicos.

Pero recientemente noté un cambio, un cambio en su actitud: Aunque era feliz cuando iba a las prácticas, e incluso más feliz cuando me contaba las cosas nuevas que la compañía ponía a prueba, parecía estar más interesada en una vida fuera de la compañía, así que le sugerí que se tomara un pequeño descanso.

Todavía trataba de descubrir como interpretó mi sugerencia de un “descanso” como un “retiro”.

—Me encantó bailar en Rusia. —Sonrió, señalando la foto—. ¿Recuerdas eso?

—Sí, lo recuerdo... —dije, continuando mi ataque a su cuello, deslizando mi mano debajo de su camisa.

Gimió mientras frotaba mi pulgar sobre su pezón y mordisqueaba su piel. Pero luego se alejó. —De hecho, necesito que envíes por fax mi contrato revisado a la compañía... Tengo que hacerles saber oficialmente a las cinco en punto.

—*Después* del baño. —Tomé su mano—. Tenemos cuatro horas.



Rodó los ojos, pero se rindió, dejándome guiarla hacia el baño.

Giré el grifo y le saqué el vestido por la cabeza. —Si te retiras de una vez por todas de las presentaciones y sólo enseñas, tendremos más tiempo juntos.

—¿Más tiempo para que me convenzas de abandonar Nueva York?

—En realidad, no tenemos una razón para quedarnos —dije, pasando mis dedos por su cabello—. Si vas a enseñar, puedes viajar al trabajo todos los días.

—¿Y si no enseño? ¿Si decido continuar bailando?

—Compraré boletos para la temporada. —Acuné su rostro en mis manos, arqueando las cejas—. Nunca te pedí que retiraras, Aubrey... Simplemente creo que necesitas un descanso. No te has tomado una semana libre en más de seis años...

—Voy a tomarme un descanso...

—¿Va a durar más de dos días?

—Mucho más...

—¿Dos semanas?

—Serán al menos nueve meses.

—¿Qué? —Retrocedí, sorprendido. Dejamos de usar protección cuando comenzamos a vivir juntos, pero ella todavía tomaba la píldora—. ¿De qué estás hablando, Aubrey?

—Hablo de que vas a ser papá —dijo, casi susurrando—. Y creo que es una buena razón para que nos quedemos...

Estuve en silencio por varios segundos, presionando mis palmas contra su estómago plano.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Esto es algo que no querías? Quería decírtelo esta mañana, pero estabas tan apresurado, así que...

La interrumpí con un beso profundo y la acerqué, acariciando su espalda desnuda. —Estoy más que bien... —La miré a los ojos—. Es algo que quería...

Murmuró "Te amo", contra mis labios y le respondí de la misma forma.

Sin aliento, se inclinó contra la puerta de la ducha. —¿Puedes enviar mi carta ahora? Sería realmente agradable, si por una vez, no terminara retrasada en algo porque no tienes autocontrol y te encontrabas muy ocupado follándome.

—Definitivamente enviaré la carta... —Metí su labio en mi boca y apreté su trasero—. Después del baño.



Ella intentó alejarse una vez más, pero la apreté contra la pared y la besé hasta que su cuerpo se relajó.

Alejándome mientras ella jadeaba por aire, levanté una de sus piernas hasta mi cintura, deslizando mi polla centímetro a centímetro en su interior.

Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuello al elevar sus caderas, mientras yo apretaba sus costados y la abrazaba contra mí.

—Cuando volvamos de cenar... —susurré y pasé una mano por su estómago hasta su clítoris, moviendo mi pulgar alrededor—, voy a follarte hasta que ya no puedas más...

Gruñó y arrastró sus uñas contra mi piel. —*Ahhh...*

—Ahora que estás renunciando, estaré dentro de ti todos los días...

—*Andrew...*

Sentí su cuerpo tensarse y levanté su otra pierna alrededor de mi cintura, presionando su espalda aún más contra la baldosa. —Todos los días...

Su coño apretó mi polla aún más fuerte y tembló contra mí, así que la abracé con fuerza y observé cómo llegaba a su clímax, cómo se dejaba ir por completo.

Mordiéndose el labio inferior, la mantuve cerca de mí mientras otro orgasmo se abría paso por su cuerpo. —Deja de luchar contra ello...

—No... no estoy...

—Aubrey... —Miré sus ojos profundamente mientras me venía segundos después que ella, y ambos nos mantuvimos entrelazados por varios segundos más mientras el agua de la ducha caía sobre nosotros.

—A veces te odio... —murmuré, indicándome que le soltara las piernas.

—También te amo. —La puse sobre sus pies gentilmente.

Tomé una esponja y lentamente la pasé sobre su cuerpo, deteniéndome cuando alcancé su estómago. —¿Ya fuiste al doctor?

—No. —Sacudió la cabeza—. Sólo me hice una prueba... Iré mañana.

—*Iremos* mañana.

Lucía como si fuese a decir algo más, pero simplemente gimió cuando presioné la esponja contra sus muslos.

—Ven —dijo, tomando otra esponja cuando terminé—. Déjame...

—No. —Tomé su muñeca y apunté al banco de la ducha—. Puedes sentarte.

—¿Qué?



—Ve a sentarte.

—¿En serio? —Cruzó los brazos y entrecerró sus ojos en mi dirección—. ¿No me dejarás devolverte el favor porque estoy *embarazada*? ¿De eso se trata?

—Sí. —Lavé mi pecho—. Se trata exactamente de eso.

Suspiró. —Andrew...

—No puedo perder otro. —La miré a los ojos—. No quiero que hagas absolutamente nada.

Asintiendo lentamente, retrocedió y se sentó en la banca, manteniendo su mirada pegada a la mía.

Cuando terminé, cerré el agua y la envolví en una toalla. Apretando su mano, la llevé hasta nuestra habitación.

—¿Debo poner una hoja de portada sobre tu carta? —pregunté.

—No, pero si estás en modo complaciente, preferiría que nos saltáramos tu elegante cena de la facultad.

—Eso no sucederá. —Rodé los ojos y tomé su hoja de la cama—. Tienes tiempo más que suficiente para arreglarte. Regreso en un rato.

Ignorando sus suspiros profundos, salí de la habitación y me dirigí a mi oficina de la casa. La oficina también se encontraba cubierta de cuadros con sus fotos de recitales. Y, para mi enorme molestia, había puesto una foto de nosotros besándonos justo encima de mi escritorio; una foto que siempre lograba encontrar su camino hasta allí, sin importar cuántas veces ponía mi título de leyes enmarcado allí.

Encendí la máquina de fax y saqué la bandeja, deteniéndome una vez que leí la carta:

Querido señor Ashcroft, personal de la CBNY y actual cohorte,

Le escribo esta carta para renunciar oficialmente como bailarina principal de la compañía. Como discutimos previamente, me gustaría tomar otro rol más instructivo durante al menos dos años, en los cuales estaré persiguiendo algunos de mis sueños personales. Tengo completamente pautado volver al escenario cuando sea el momento correcto, pero en este instante, necesito hacer lo que es mejor para mí y para mi futura familia.

—Aubrey Everhart.



Aubrey

Ajusté mi cinturón de seguridad y miré a Andrew. —¿Cuánto tiempo piensas quedarte en este evento esta noche?

—Hasta que termine.

Rodé los ojos, pensando en la última muy aburrida cena de la facultad a la que fuimos. La mitad de los ganadores se encontraban dormidos a sólo una hora de haber comenzado la ceremonia.

—¿Estás nominado para un premio o algo? —pregunté.

—¿Qué te hace pensar que alguien me nominaría *alguna vez* para un premio?

—Al ver que de alguna manera lograste ganar el “Profesor del Año” tres veces seguidas, estoy muy segura que no es imposible.

—No. —Sonrió—. El banquete para “Profesor del Año” es la semana que viene.

—¿Y esta noche qué es?

—¿Acaso importa? —Colocó una mano sobre mi muslo expuesto, acariciándolo suavemente—. Quiero que estés aquí. ¿Cuándo planeas decirle a tus padres que estás embarazada?

—Mañana... ¿Le contarás a alguien?

Estuvo en silencio durante unos minutos. —A Jessica.

—¿Jessica? —Me reí—. ¿En serio?

—En serio —dijo—. Es una buena amiga.

No podía negar eso. Aunque en algún momento estuvo inexorablemente enamorada de él, no ha sido más que un apoyo para nosotros desde que nos mudamos a Nueva York. Llamaba una vez al mes para saludar, pero también le pedía consejos de citas. Incluso a veces me preguntaba a mí.

Llevando el auto hasta el estacionamiento, me miró. —Dejaste de tomarte las pastillas anticonceptivas hace meses, ¿no es cierto?

Asentí.

—¿Por qué?

—Porque hablabas sobre querer un hijo más de lo que alguna vez podrías admitir...

—Te dije que quería que tuvieras una carrera, que alcanzaras todo lo que querías primero.



—Lo hice —dije mientras se estacionaba.

Acunó mi rostro en sus manos y me miró, observándome profundamente. Abrió la boca para decir algo, pero de pronto alguien tocó la ventana.

El aparcacoches.

Suspiró y retrocedió, permitiendo que un hombre en traje blanco tomara las llaves mientras otro me ayudaba a salir del auto.

—Disfruten su noche —dijeron ambos al mismo tiempo.

Andrew me abrazó y ascendimos por un camino que se encontraba adornado con luces brillantes. Mientras nos acercábamos a la entrada de vidrio del restaurante, un anfitrión asintió en nuestra dirección.

—Buenas noches, señor Hamilton —dijo, al abrir las puertas—. Señorita Everhart.

—Buenas noches —dije, preguntándome cómo sabía mi nombre.

Sentí a Andrew besarme el cabello mientras entrábamos al salón medio iluminado, donde los clientes se encontraban sentados alrededor de las mesas vestidas de blanco.

Me dirigió hasta un lugar junto a las ventanas y sacó mi silla.

Miré alrededor del salón, notando que los usuales anuncios para el evento por las nubes de la facultad no se encontraban por ningún lado. Ningún rostro se me hacía familiar, y no había mención especial de nada relacionado a la Universidad de Nueva York en el menú del restaurante.

Al girarme para mirar de nuevo a Andrew, para preguntarle lo que sucedía, noté que había puesto una pequeña caja en medio de la mesa.

—Iba a esperar hasta después de la cena... —Tomó mis manos y mi corazón se detuvo—. Pero...

Todo a mí alrededor se empañó y tomé varias respiraciones profundas. —Pero, ¿qué?

—Quiero darte esto ahora. Creo que he sido muy paciente en cuanto a este asunto, así que...

—Sí. —Solté sus manos—. Digo que sí... ¿Puedo abrirlo?

Sonrió. —Seguro.

Respiré profundamente una última vez antes de abrir la caja, antes de sacar el...

—¿Aretes? —pregunté, intentando mantener una sonrisa en mi rostro mientras miraba los diamantes brillantes en forma de zapatilla de ballet.



—Sí. —Asintió, sonriendo—. Hace dos semanas mencionaste que querías unos de esos, así que pensé que con tu noticia del bebé...

No escuché el resto de su oración y miré la joya.

—¿No te gustan? —Levantó mi barbilla.

—Sí, pero yo... pensé que... —Habían lágrimas acumulándose en mis ojos—. Sí... Sí, me gustan mucho, *Andrew*.

Alzó la ceja. —¿Por qué pareciera que estás a punto de llorar?

—No voy a... —Me levanté—. ¿Podrías disculparme por un minuto?

No esperé su respuesta. Me alejé y tomé el codo de una mesera, preguntándole dónde quedaban los baños.

Me dirigí a esa dirección lo más rápido que pude, y revisé todos los compartimientos hasta dejar salir un chillido. —¿Es en serio?! —lloriqueé. Luego, permití que el resto de las lágrimas cayeran por mis mejillas.

Debí haberlo sabido...

Sacudí la cabeza, sabiendo que no podría terminar la cena de esta noche sin demostrar mis emociones. Inmediatamente saqué mi teléfono y comencé a escribirle un mensaje, pero en eso entró por la puerta.

—Este es el baño de *mujeres* —dije—. Sal. Ahora.

—¿Para que puedas enviarme un email? —Sonrió.

—Sí. Para poder enviarte un email. —Di un paso atrás—. Casi termino con lo que tengo que decir, así que si simplemente pudieras...

—¿Por qué estás llorando, Aubrey? —Se acercó a mí, haciéndome retroceder hasta que me encontré presionada contra la pared—. ¿Fue algo que dije?

—Estoy por tener tu bebé, Andrew. Vamos a ser padres...

—Soy consciente de ello. —Miró mi estómago y secó las lágrimas de mis ojos—. Sin embargo, estoy muy seguro de que tus hormonas no deberían estar afectándote tan rápido si apenas tienes unas semanas de embarazo.

—¿Alguna vez vas a proponérmelo? —Ya no podía aguantarme la pregunta—. Han pasado *seis años*...

—No recuerdo fijar un período de tiempo.

—Dijiste que cuando estuviera establecida con mi carrera y... —Suspiré mientras secaba otra ronda de lágrimas—. Sólo quiero saber si sí o no, para así no llenarme de esperanzas de nuevo... Si nunca piensas casarte conmigo debido a tu pasado, porque piensas que te lastimaré como lo hizo Ava, o si



simplemente no sientes deseo de alguna vez comprometerte conmigo a largo plazo, sólo necesito que me lo digas en este instante para así yo poder...

Dejé de hablar cuando lo sentí deslizar un anillo en mi dedo.

—Sólo tenías que esperar veinte minutos más. —Besó mi frente, y bajé la mirada hasta el anillo, jadeando una vez que lo tuve frente a mi rostro.

Era un enorme diseño de corte princesa acompañado con pequeñas partes en azul zafiro alrededor de la banda de platino. Y alrededor del ajuste que mantenía la piedra principal en su lugar, una línea entrelazada de letras "A" brillaban debajo de la luz.

Lo miré en shock. —¿Ibas a proponerme matrimonio aquí?

—No. —Besó mis labios—. En el techo.

Silencio.

—¿Ibas a arrodillarte? —Otra lágrima cayó por mis mejillas.

Asintió.

—¿Frente a otras personas?

Asintió de nuevo.

—¿Aun puedes hacerlo?

—¿Por qué lo haría?

—Por el bien de los recuerdos.

—Ya dijiste que *sí*.

—Lo sé, pero puedo quitarme el anillo temporalmente para así poder escuchar lo que sea que ibas a decir. —Lo giré alrededor de mi dedo, pero me detuvo.

—Si te quitas el anillo, asumiré que tu respuesta es *no*... —Me lanzó una mirada—. Pero ya que sé que nunca lo dejarás pasar si en verdad no digo las palabras, las diré por el bien de los recuerdos. —Tomó mi mano y me dirigió fuera de los baños hasta unas escaleras.

Abriendo las puertas frente a nosotros, me sacó a la sección al aire libre del restaurante, donde los clientes se encontraban sentados debajo de un toldo blanco. Caminó conmigo hasta el rellano y puso su chaqueta sobre mis hombros, antes de alzarme y ponerme sobre una roca helada.

Luego, miró por encima de sus hombros hacia los comensales que ahora nos miraban con sospecha mientras él se arrodillaba.

—¿Quieres la versión editada o la no editada? —Me miró a los ojos.

—La no editada...



—De acuerdo. —Agarró mi mano derecha y la tomó entre las suyas—. Aubrey... El inicio de nuestra relación fue una mentira, una enorme jodida mentira, pero por alguna extraña razón, no podría estar más feliz de que ese haya sido el caso.

Se detuvo. —Durante los últimos seis años, hemos cavado nuestro camino hacia la verdad, y por más que duele a veces, puedo decir con honestidad que todo valió muchísimo la pena.

Me sonrojé cuando las personas detrás de él guardaron silencio, mientras se enderezaban para escuchar lo que decía.

—Quería proponerte matrimonio hace varios años, pero no quería retenerte ni distraerte de tu carrera, así que compré el anillo y decidí esperar hasta que hubieses alcanzado todo lo que querías, hasta que en verdad pudiésemos disfrutar algo de tiempo juntos.

Una mujer se levantó y puso una mano sobre su corazón, murmurando—: Aww...

—Y aunque me haces enojar como ninguna otra persona, y me empujas continuamente fuera de mi zona de confort... No hay nadie con quien preferiría estar, y no hay nada que me gustaría más que follar tu coño durante el resto de mi vida.

Hubo un jadeo masivo, y un coro de—: ¿Qué acaba de decir?

—Así que... —Tomó mi anillo con su pulgar—. ¿Te casarías conmigo?

Asentí, sintiendo nuevas lágrimas caer por mi rostro, mientras se ponía de pie y me atraía a sus brazos.

—¿Era muy necesario decir esa última línea? —murmuré cuando reclamó mi boca con la suya.

—Sí. —Deslizó su lengua por mis labios—. Quiero que tengas muy presente que con anillo o sin él, aún soy el mismo Andrew.

—O Liam...

—No, *Andrew*. —Me besó de nuevo, esta vez con mucha más pasión—. Liam se enamoró de la mujer equivocada... "Andrew" no...

